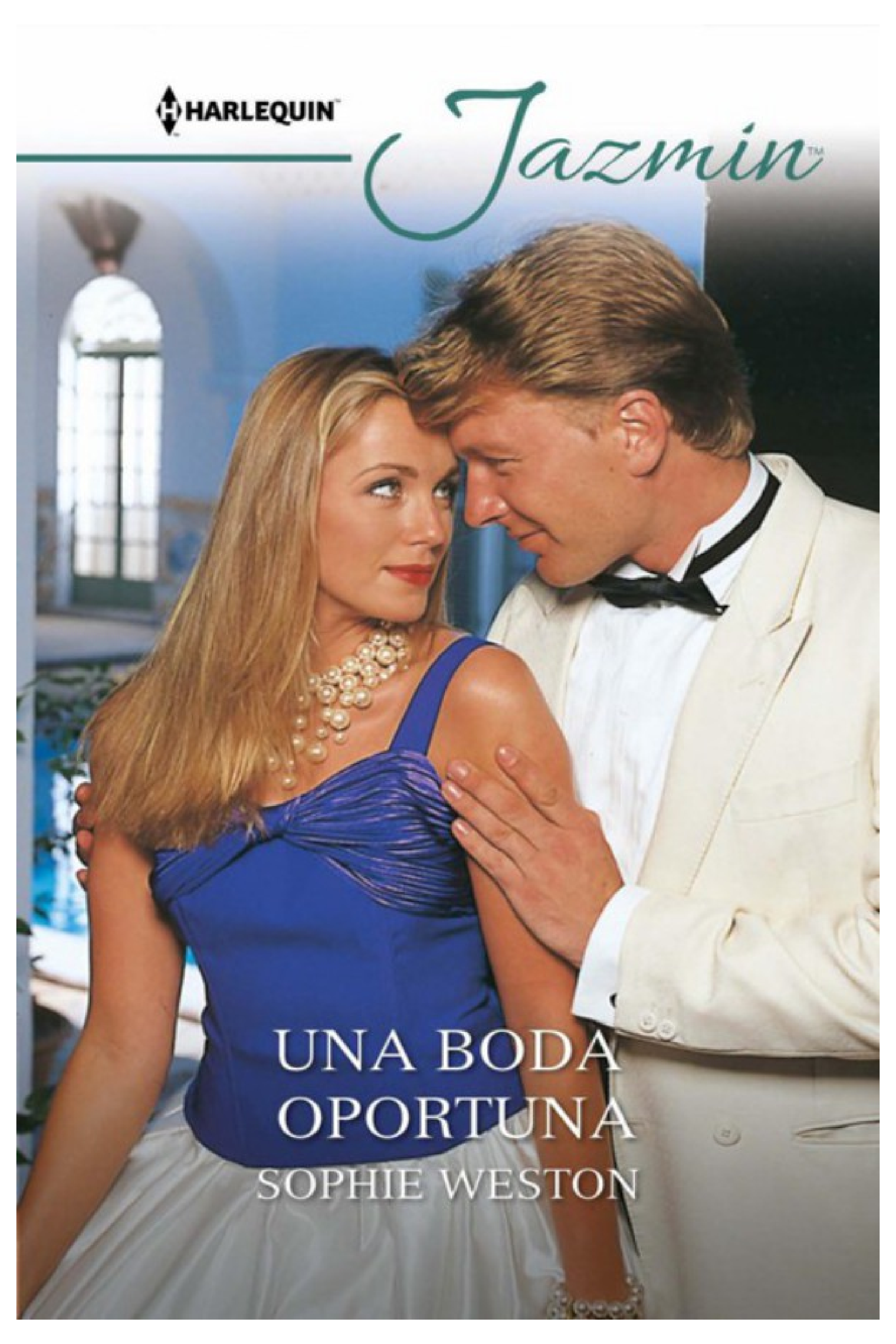

HARLEQUIN
Jazmin
UNA BODA
OPORTUNA
SOPHIE WESTON

Jazmín

SOPHIE WESTON

Una boda oportuna



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Una boda oportuna, n.º 1666 - agosto 2019
Título original: The Bridesmaid's Secret
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-1328-440-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

POR SUPUESTO que Bella será tu dama de honor. ¿Por qué no iba a serlo?

Nerviosa, Annis barajó las invitaciones de la boda.

–Oh, no lo sé –contestó vagamente–. Solo lleva un par de meses en Nueva York. A lo mejor prefiere estar instalada del todo antes de volver a Londres.

–Y por eso no vino en Navidad –respondió la madre de Bella–. Pero ahora se trata de tu boda. Eso es diferente. Bella lleva toda la vida esperando el día de tu boda.

Annis sonrió con desgana.

–En eso tienes razón. Bella parece haber nacido para vestirse de dama de honor.

Instintivamente, ambas miraron la fotografía que descansaba sobre la estantería. Era una fotografía de estudio en blanco y negro. La falta de color no hacía justicia ni al pelo dorado de Bella ni al azul inolvidable de sus ojos. Pero lo que sí reflejaba era su expresión divertida. Los ojos chispeaban. A pesar de la solemnidad de la pose, Bella parecía a punto de estallar en carcajadas.

Lynda Carew sonrió mientras contemplaba la fotografía de su hija.

–Sí, todavía le encanta disfrazarse, ¿verdad?

–Eh, ya no podemos decir que se disfraza. Ahora está trabajando para Elegance Magazine, es periodista del mundo de la alta costura.

Lynda reprimió un suspiro.

–Desde luego, ha encontrado el trabajo ideal. Pero me gustaría que no hubiera tenido que irse tan lejos para conseguirlo.

Annis tenía la sensación de que los miles de kilómetros que separaban la casa de los Carew en Londres, y las oficinas de Elegance Magazine, era una de las razones por las que Bella había aceptado aquel trabajo. Ella no lo había dicho. Y, al fin y al cabo, era solo una impresión. Una débil impresión basada en un par de cosas que Bella había comentado dos meses atrás y a las que Annis no había prestado entonces demasiada atención. Dos cosas que había que unir, por supuesto, a todo lo que no había dicho cuando Annis había anunciado que iba a casarse con Kosta Vitale.

Y después había surgido aquella brusca salida a los Estados Unidos.

Pero, por otra parte, Bella siempre hacía las cosas sin pensar.

Olvidándose de la lista de invitados, Annis mordisqueó el bolígrafo. Bueno, quizá no fuera nada. Las sensaciones nunca habían sido su fuerte. Era Bella la que siempre comprendía los motivos por los que la gente hacía determinadas cosas, no Annis, que era la más cerebral de las dos hermanastras.

–Annis…

Esta alzó la mirada. Lynda la estaba observando con los ojos entrecerrados. La joven pestañeó. Quería y respetaba a su madrastra, pero todavía le costaba enfrentarse a su agudeza y astucia.

–¿Hay algo que debería saber? –preguntó Lynda quedamente.

Era una pregunta que Annis había estado esperando durante semanas. En parte, porque no conocía la respuesta. Y en parte, porque a veces, durante la madrugada, cuando Kosta dormía y ella soñaba despierta entre sus brazos, no podía evitar preguntarse si estaría consiguiendo su felicidad a expensas de la de Bella.

–No –contestó poco convencida.

Lynda no era un ogro, pero cuando algo no la convencía, no renunciaba fácilmente.

–¿Le ocurre algo malo a Bella?

–Yo…

–Cuéntamelo, Annis.

Esta alzó los ojos hacia el retrato de su hermanastra.

Bella le devolvió la mirada con aquel aire travieso apenas disimulado. Su boca no solo estaba haciendo esfuerzos para no reír, sino que tenía una forma tan sensual que sería capaz de elevar la tensión de un hombre hasta límites peligrosos.

Por supuesto que no ocurría nada malo con Bella. Era rubia, maravillosa y, a los veinticuatro años, había conseguido un trabajo con el que la mayoría de la gente solo se atrevía a soñar. Estaba viviendo en la ciudad más emocionante del mundo. Podía tener a cualquier hombre que deseara. De modo que era imposible que le ocurriera nada malo.

–No –dijo Annis, convenciéndose también a sí misma–. Bella está maravillosamente.

Le dirigió a Lynda una sonrisa radiante.

Esta tardó algunos segundos en responder.

–Bella te contaría cualquier cosa –dijo, casi para sí–, ¿pero me la contarías tú a mí?

–Si de verdad pensara que le ocurre algo malo a Bella, lo haría –le aseguró Annis–. Pero no lo creo. Sinceramente. Creo que lo que me pasa es que empiezo a ser víctima de los nervios previos a la boda. Ya sabes lo poco que me gusta tener que aparecer en público.

–Una razón más para que Bella sea tu dama de honor. Ya sabes que ella te ayuda a vencer tus miedos.

Annis recordó los grupos de teatro de la adolescencia, los conciertos en el instituto… Dos minutos antes de actuar, Annis siempre se quedaba paralizada. Entonces le correspondía a Bella hacer alguna trastada. De tal manera que, cuando Annis salía a escena, se había olvidado completamente de sus nervios, pensando en la gamberrada de su hermana.

–Todo el mundo pensaba que yo era una gran oradora y Bella una gamberra –comentó, recordándolo–. Nadie se daba cuenta de que las dos cosas iban juntas.

Lynda soltó una carcajada.

–Será mejor que no repitáis el numerito ante el altar. Consigue que mi hija venga, ¿quieres? La necesitas.

Annis no lo negó. Y en ese mismo instante, decidió llamarla.

La oficina era un enorme espacio abierto, todo madera y diseño. No había escritorios. Los escritorios eran algo anticuado. Los periodistas utilizaban ordenadores portátiles sobre mesas de diseño minimalista. Había cientos de espejos. Y todos los muebles tenían ruedas.

–Fluido. Dinámico. Nos gusta que todo pueda moverse –le había explicado Rita Caruso, su jefa, el día que le había mostrado su lugar de trabajo–. La decoración nos recuerda que el mundo está en constante movimiento.

Aquello había sido en el mes de noviembre. Para Navidad, Bella ya era campeona de carreras en silla con ruedas. El premio había consistido en salir una noche por la ciudad bajo la dirección de Bella. Todo el mundo se había mostrado de acuerdo en que la salida con Bella había sido una experiencia única. Era divertida, sabía bailar y disponía de una magnífica lista de contactos.

A las cinco de la tarde, Bella estaba sentada frente a una mesa minúscula, intentando hablar por teléfono con un estilista de Los Ángeles y tomando notas, al tiempo que intentaba evitar que sus papeles cayeran al suelo. Bella era consciente de las agujetas que tenía en la pierna, del inicio de una tortícolis en el cuello y de la velocidad a la que se estaba evaporando su paciencia. De hecho,

estaba tan concentrada en no dejarse dominar por el genio que al principio ni siquiera registró la llamada.

–¡Eh, inglesa! Te estoy hablando a ti.

Bella miró entonces a su alrededor. Tras ella, Sally Kubitchek la saludaba alzando los brazos al cielo. Bella posó la mano sobre el pequeño micrófono que tenía cerca de la boca y vocalizó una pregunta.

–Tu hermana –gritó Sally.

–Ah –Bella volvió a dirigirse a su interlocutor de Los Ángeles–. Lo siento, Anton, ha surgido algo. Te llamaré cuando vuelva –haciendo caso omiso de las protestas del estilista, se quitó los audífonos y desconectó el teléfono móvil.

Sally le aconsejó:

–Vete al despacho de Caruso. Esta mañana está entrevistando al millonario del mes en el Museo Guggenheim. No creo que vuelva.

–Muy bien, gracias.

Rita Caruso tenía una de las pocas sillas cómodas de la empresa. Todos la usaban cuando podían. Bella voló hacia el asiento de cuero y descolgó el teléfono.

–Hola, Annie, ¿qué tal?

–Hola, Bella. Yo muy bien, ¿y tú?

–Genial.

–¿Y el trabajo?

Bella soltó una carcajada.

–He tenido un par de roces por culpa del estilo policial de la empresa, pero aparte de eso, todo va bien.

–¿Estás segura?

–Claro que sí. Caruso dice que tengo un desagradable sentido del humor inglés. Y le gusta. Si soy buena chica, incluso me dejará entrevistar a uno de sus millonarios. No, corrige eso. Si soy una chica mala e ingeniosa.

–Caramba. Lo de ingeniosa lo comprendo. Pero tú nunca has sido mala.

–Estoy trabajando en ello –se estiró perezosamente–. Pero háblame de ti, ¿qué tal va la boda?

–Cada vez parece más aparatosa –respondió Annis apesadumbrada.

Bella sonrió.

–Te lo dije. Mi madre no es capaz de imaginar una boda tranquila.

–Quizá sea capaz de hacerlo cuando te toque a ti.

Era una suerte que Annis estuviera al otro lado del Atlántico.

Porque la sonrisa de Bella desapareció de su rostro. Afortunadamente, Annis ni siquiera lo sospechó.

–Yo ni siquiera soy su hija –añadió–. Y las bodas y yo siempre hemos pertenecido a universos separados, ¿pero crees que me hará algún caso?

–No –respondió Bella–. En lo que a una madre concierne, la experiencia de una boda ocupa todo el universo conocido –estaba haciendo un enorme esfuerzo. Y lo estaba consiguiendo. Su voz no sonaba demasiado mal.

Y, de hecho, Annis no detectó ninguna preocupación en sus palabras.

–Tienes toda la razón –vaciló un instante–. Eh… Esta es la razón por la que realmente te llamaba.

Bella se aferró con fuerza al auricular, suplicando en silencio que no le pidiera que fuera a su boda. Estaba aterrada.

–¿A qué te refieres?

–Necesito ayuda.

Si Annis la hubiera golpeado, Bella no se habría asustado más.

–No me la pidas a mí –contestó en cuanto fue capaz de respirar–. Yo nunca he organizado una boda. Si no confías en mamá, inténtalo con una de las amigas de Kosta. Y si no, seguro que tiene que haber alguna agencia que ayude a preparar bodas.

–Probablemente –dijo Annie, con la indiferencia de una persona tan segura de que era adorada que apenas se fijaba en las mujeres que rodeaban al arquitecto que la amaba–. Pero no es un consejo técnico lo que quiero.

Bella sintió que se le cerraba la garganta.

–¿Ah, no?

–Quiero a mi hermana –dijo Annis directamente.

Por un instante, Bella se quedó literalmente sin habla. Todo su ser gritaba «¡NO!». Oh, aquello era realmente injusto.

–¿Bella? ¿Estás ahí? ¿Bella?

–Sí –farfulló Bella–. Sí, estoy aquí. Ha debido haber algún problema en la línea.

–¿Y bien?

Bella se sentía como si se estuviera ahogando.

–Annie, ¿eres consciente de cuánto me ha costado conseguir este trabajo? Si vuelvo, no tengo la seguridad de que me dejen entrar al país otra vez –improvisó desesperada–. Este es el sexto mes que llevo aquí y es el primer trabajo que he conseguido que tiene algo que ver con mi carrera. No puedo permitirme el lujo de arriesgarlo.

El silencio que siguió a aquella respuesta estaba lleno de

desilusión. Bella se sentía terriblemente mal, pero no cedió. Notó que las lágrimas que empapaban su rostro. No sabía cuándo había empezado a llorar.

–Oh, bueno, si no puedes, no puedes –respondió Annis al cabo de un rato.

Era obvio que estaba dolida. ¡Maldita fuera!, pensó Bella. Aun así, era preferible que su hermana se sintiera dolida en ese momento a arruinarle el día de su boda llorando por el hombre con el que se iba a casar.

–Mira, tengo que irme. Hay un tipo con el que tengo que hablar hoy mismo sin falta. Te llamaré para que vayas dándome noticias sobre la boda. Ponme un correo electrónico, si lo prefieres. Al fin y al cabo, para eso sirve Internet –dijo Bella, intentando mostrarse animada.

–Sí, por supuesto, te llamaré –respondió Annis y colgó el teléfono.

Bella dejó el auricular en su lugar y se sonó con fuerza la nariz.

Si al menos Annis no se hubiera ocupado de ella desde el momento en el que Tony Carew se había casado con Lynda. Si no la hubiera enseñado a navegar. Si no hubiera jugado con ella, y le hubiera leído cuentos, y le hubiera prestado su maquillaje…

Y si las dos no se hubieran enamorado del mismo hombre…

Pero había ocurrido. Y a Kosta Vitale, con su dulce sofisticación, le había bastado mirar a Annis para enamorarse de ella. Y era indudable que Kosta tenía razón. Annis era una mujer de la que los hombres se enamoraban. Bella, sin embargo, era el tipo de mujer con el que a los hombres les gustaba salir de fiesta.

Pero eso no significaba que ella no pudiera enamorarse. El problema era que no debía esperar que nadie la tomara en serio cuando lo hiciera. Y además, debería superar aquel enamoramiento cuanto antes.

Bueno, por lo menos lo estaba intentando. Y no le estaba saliendo del todo mal. A veces era capaz de no pensar en Kosta durante una hora. Estaba segura de que con el tiempo conseguiría quitárselo de la cabeza. Pero no si volvía a Londres y lo veía recorrer el pasillo de la iglesia con Annis.

Bella nunca le había contado a nadie que estaba enamorada. Pero Kosta conocía su secreto. Cada vez que sus miradas se cruzaban, Bella era consciente de ello. Y su corazón revivía una y otra vez el dolor de su rechazo.

–Amor –dijo Bella furiosa–. ¿Quién lo necesita?

Pero lo superaría. Por supuesto que lo superaría. Siempre y

cuando Annis y Kosta continuaran en Londres y ella se quedara en Nueva York, dando tiempo al olvido para operar su magia.

–Annis, necesito que vengas conmigo a Nueva York –anunció Gilbert de la Court sin ningún preámbulo.

Annis, que estaba sentada en su despacho, alzó la mirada sobresaltada.

–¿Qué?

Gilbert le dirigió una de sus rarísimas sonrisas.

–Necesito camuflarme.

Annis se puso inmediatamente en guardia. Llevaban meses trabajando juntos y Annis conocía el trabajo que Gilbert realizaba para la empresa, pero no sabía nada sobre su vida privada.

Salvo que tenía treinta y tres años y estaba soltero. También que era atractivo, al menos si se pasaba por alto su permanente desconexión del mundo. Aunque para algunas mujeres, aquel aire reservado podía llegar a ser un auténtico desafío. Además, ¿quién sabía con cuantas mujeres podía estar haciendo juegos de manos cuando se apartaba de su ordenador? Al pensar en ello, recordó que la semana anterior se había tomado algunos días libres. En cualquier caso, ella no pensaba dejarse involucrar en sus batallas domésticas.

–Yo soy asesora de dirección. De modo que si lo que quieres es una carabina, tendrás que buscarla en otra parte.

Gilbert consideró en silencio su respuesta, e inmediatamente después le aclaró:

–Alguien está intentando hacerse con el control de la empresa.

Su voz era tan inexpresiva que, por un instante, Annis creyó no haber oído bien. Gilbert continuó en el mismo tono:

–Es un asunto completamente confidencial, supongo que no necesito decírtelo.

–No –respondió, atónita–. ¿Y se sabe quién?

–Una pregunta interesante.

Annis pensó en la estructura legal de la empresa.

–Tiene que ser alguien de dentro. Alguno de los socios –comentó, pensando en voz alta.

–Exacto.

Los ojos de Annis volaron hasta su rostro, apesadumbrada. Gilbert tenía tres socios, y todos ellos eran antiguos amigos. Si eso era verdad, entonces aquella sería una traición más allá de lo meramente empresarial.

–Oh, Gil, cuánto lo siento.

Gilbert se encogió casi imperceptiblemente de hombros.

–Puedo manejar este asunto. Simplemente, necesito ir a Nueva York sin levantar sospechas. Y he pensado que si dijera que quiero que analices parte de mi trabajo y que tú me has pedido hacerlo antes de tu boda, podría justificar el adelanto de un viaje que normalmente hago todos los años en abril.

–Esa sería tu coartada –dijo Annis, comprendiendo sus intenciones.

–Sí. ¿Vendrás conmigo?

Annis vaciló. Pensaba quedarse en Londres hasta el día de la boda. Tenía muchas cosas que hacer.

Pero Bella estaba en Nueva York y Annis estaba completamente segura de que si hablaba con ella cara a cara podría hacerla cambiar de opinión.

–Sí –dijo con repentina firmeza–. ¿Cuándo salimos?

–Esta noche.

Annis tragó saliva.

–Le pedí a Ellen que te reservara un billete –comentó Gil–. Lo único que necesitas es el pasaporte y el cepillo de dientes.

–Y una maleta –dijo Annis con aspereza. Comenzaba a recuperarse–. De acuerdo. Pero será mejor que me vaya ahora mismo.

Salió a buscar a la secretaria de Gilbert.

–Ellen, ¿de verdad tienes un billete de avión para mí?

–Y también un taxi para que te lleve ahora mismo a Londres. Y una reserva de hotel por si pierdes el vuelo. Hay que preverlo todo, como hace Gil. Qué pena de hombre –dijo Ellen, suspirando–. Supongo que continúa pegado a su ordenador, ¿verdad? Alto, moreno, atractivo… y en lo único que es capaz de pensar es en Watifdotcom.

–Una verdadera pena –contestó Annis con aire ausente. Miró el reloj–. Me voy. Tengo que hacer algunas gestiones si quiero salir esta misma noche hacia Nueva York.

A la mañana siguiente, a pesar de los efectos del viaje y de la desaprobación de Gil, su primera visita fue a las oficinas de Elegance Magazine.

–¿Annie? –preguntó Bella con incredulidad por el interfono cuando la recepcionista la llamó–. ¿Annie? ¿De verdad eres tú? ¿Estás aquí?

–En persona. Pero tengo una reunión dentro de un par de horas. ¿Podríamos comer juntas?

–Claro. Voy a buscar mi abrigo. Dentro de cinco minutos estaré abajo.

Fueron casi diez. Y en ese tiempo, Bella tuvo oportunidad de recuperarse de la primera sorpresa. Besó a Annis con cariño, pero continuaba mostrándose recelosa.

Aun así, la tomó del brazo mientras se dirigían hacia su restaurante italiano favorito.

–¿Por qué cuando hablamos no me dijiste que pensabas venir?

–Porque entonces no lo sabía. Estoy trabajando para uno de esos tipos cuyo lema es «dicho y hecho». Me sorprende continuamente.

–No pareces una mujer que deje que un hombre la sorprenda.

–No conoces a Gil. Solo es capaz de pensar en una cosa.

–Espero que esa cosa sea el trabajo –dijo Bella, intentando bromear. Pero no le gustó como sonaba su voz.

Sin embargo, Annis no advirtió en ella ningún recelo. Sonrió.

–Como te acabo de decir, no conoces a Gil. Si tiene algún sentimiento, cosa que dudo, lo ha enterrado hace mucho tiempo.

–Parece un tipo insoportable.

–No, no lo es. De hecho, es estimulante trabajar para él. Pero solo es capaz de pensar en su trabajo, en los ordenadores.

–Uf –los ordenadores aburrían terriblemente a Bella–. Un loco de los ordenadores.

Pero Bella no tenía ningún interés en los clientes de Annis. Después de que el camarero tomara nota de lo que iban a pedir, le dirigió una mirada crítica a su hermana.

–Tienes buen aspecto, cerebrito.

–La influencia de Kosta, supongo –comentó Annis–. Me ha renovado el guardarropa.

–Y es evidente que te quiere –dijo Bella con aprobación.

El dolor casi cesó cuando recordó lo feliz que Kosta Vitale había hecho a su querida hermana.

–Sí, claro que me quiere –respondió Annis con una sonrisa que reflejaba todo el amor que sentía.

–Estupendo.

–Bella…

Pero en ese momento se acercó el camarero y lo que Annis iba a decir se evaporó con la llegada de los condimentos y un par de botellas de agua y vino. Cuando se fue, le preguntó: –¿Y tú como estás? Tan guapa como siempre, claro –no puso ningún «pero». Sin embargo, este flotaba en el ambiente.

Y Bella sabía lo que significaba.

El día anterior, Bella había ido a la peluquería. Le habían cortado su rubia melena de tal forma que realzaba la elegancia de su cabeza y caía suavemente por sus hombros. A su dorado habitual, Raúl le había añadido algunas mechas para darle profundidad y luz. Continuaba teniendo unas piernas perfectas y su figura era capaz de despertar el deseo de cualquier hombre. Pero había adelgazado mucho y sabía que Annis lo advertiría.

–Me estoy adaptando –dijo, con mucho cuidado–. Todo esto puede llegar a ser un poco estresante.

–Lo comprendo. ¿Qué piensa tu jefa de ti?

Una sonrisa sincera iluminó de pronto el rostro de Bella.

–Está impresionada. Por primera vez en su vida, aparentemente.

–¿De verdad? Supongo que escribes como un ángel.

–No tiene nada que ver conmigo. Tú eres el motivo.

–Explícate.

–Bueno, a Caruso no le gustan los cambios, y tampoco tener bajo su mando a extranjeros o a personas sin experiencia. Pero resulta que tu empresa consultora consiguió una mención especial en el Wall Street Journal. Caruso la vio y me preguntó que si eras mi hermana. Contesté que sí y a partir de entonces estoy disfrutando de parte de tu gloria –Bella se echó a reír al ver la expresión de Annis–. ¿Sabes? Aquí no solo leemos noticias relacionadas con la moda y las estrellas de cine. Caruso se encarga de una sección de la revista dedicada al millonario del mes. Si sigues así, terminaremos escribiendo algo sobre ti.

–Gracias –contestó Annis divertida.

Bella soltó una carcajada.

–Bueno, todavía no tengo tanta influencia en la revista. Pero poco a poco la voy consiguiendo. Caruso me ha dejado escribir un artículo sobre la vida en Nueva York para un recién llegado. Se llama «Nueva en la Ciudad». Saldrá en la edición de abril. Te enviaré una copia.

–Compraré la revista, mejor.

–No hace falta. Ya sé que tú solo lees prensa financiera.

–Ya te he dicho que Kosta me está reeducando.

Bella se sobresaltó. No pudo evitarlo. El nombre había surgido de repente y no estaba preparada para oírlo.

Afortunadamente, Annis estaba concentrada en los fettuccini y no lo notó.

–Entonces, espero tu carta de admiración –comentó Bella, tras una mínima pausa.

Su alegría ni siquiera sonaba forzada, advirtió, felicitándose por ello.

–Cuenta con ella –Annis removió la pasta con expresión ausente–. Bella, mira, no quiero interferir en tu trabajo, por supuesto, pero mi boda… No sé lo que está pasando. Ya sabes que queríamos una ceremonia sencilla. Pero me encuentro con gente que me dice que va a venir, a pesar de que ni Kosta ni yo la hemos invitado. Y estamos recibiendo regalos de personas a las que no he visto desde hace más de veinte años –elevó la voz–. Lynda dice que todo va estupendamente, que todo está bajo control, pero no me escucha. Y yo no sé qué hacer –alzó entonces la mirada–. Cuando te dije que te necesitaba, era completamente cierto.

Bella la miró horrorizada. Y de pronto, sufrió el asalto de los recuerdos. Annis dejó entonces de ser la ejecutiva que tanto había impresionado a Caruso. Y se convirtió en aquella Annis que había subido a un manzano para rescatarla; en la Annis que había trepado aterrada y con torpeza, pero que había conseguido atajar las lágrimas de Bella.

¿Cómo podía abandonarla en un momento así?

¿Pero cómo no iba a hacerlo? Seguramente, lo mejor para Annis era que Bella se alejara del hombre del que ambas estaban enamoradas.

–Oh, Annie –gimió.

–Mira, si no puedes venir hasta el día de la boda, no me importa. Podré llorarte por teléfono, o enviarte algún mensaje por Internet. Siempre y cuando sepa que estarás a mi lado el día de la boda.

–No sé. Es tan complicado…

–¿Podremos al menos hablar sobre ello?

–Ya estamos hablando.

–Me refiero como Dios manda. Sin verte mirando el reloj continuamente. Esta noche, por ejemplo. ¿Qué vas a hacer después del trabajo?

Bella hizo una mueca.

–Llevar a un ilustre visitante a conocer la ciudad. Se supone que soy la persona más indicada del departamento para mostrar la Gran Manzana.

–Oh –repuso Annis desilusionada, pero no se dio por vencida. Buscó en su bolso de mano y sacó una hoja mecanografiada–. Veamos.

–¿Qué es eso?

–Mi horario. Es idea de mi cliente. Cuando le dije que iba a venir a verte, me dio el itinerario del día, para que no me retrase

cuando tenga que volver con él.

Bella la miró indignada.

–Ese loco de la informática, ¿también está obsesionado con el tiempo?

Su hermana sonrió.

–Piensa por adelantado –volvió a su lista–. Cena, reunión de negocios, bla, bla, bla. No ahí no. ¡Eh! ¿Y eso que es? «En el club Hombre y Mujer a las diez y media».

–Si pretendes hablar en Hombre y Mujer, nos estallarán los tímpanos –comentó Bella.

–No tenemos por qué hablar allí. Podemos quedar en ese local y después podemos ir a tu casa.

Y de esa forma, Bella tendría diez horas para inventar una excusa creíble. Magnífico.

Así que dijo:

–Estupendo. Nos veremos allí.

Cuando Bella regresó al trabajo aquella tarde, todo el mundo notó lo callada que estaba.

–¿Estás enamorada, inglesa? –le preguntó Sally mientras le tendía el calendario revisado de producción.

Bella hizo una mueca.

–Constantemente.

Pero Sally sospechó de que no estaba bromeando.

–¿No te apetece llevar a ese japonés a conocer la ciudad esta noche? Los japoneses pueden llegar a ser de esos tipos posesivos capaces de amarte durante toda una vida.

Bella se limitó a sacudir la cabeza y soltar una carcajada, pero Sally advirtió que la risa no era sincera. Lo único que consiguió alegrar a Bella aquella tarde, fue un mensaje de su hermana diciéndole que se encontraba demasiado mal para reunirse con ella en el club. Bella se quedó preocupada, por supuesto, pero Sally notó que también experimentaba un gran alivio.

–¿Qué te pasa? –le preguntó Bella a Annis, cuando la llamó al hotel.

–Supongo que me ha sentado mal algo que he comido. Y todavía no me he recuperado de los efectos del viaje. Será mejor que lo dejemos para mañana. ¿Podemos vernos mañana por la noche?

–Sí –contestó Bella, resignada–, claro.

En cualquier caso, ella fue al club. El japonés se había mostrado entusiasmado cuando le había sugerido ir a Hombre y Mujer. Se trataba de un local estupendo, con una música magnífica y una decoración que no le iba a la zaga. Y la comida era tan sabrosa como el son cubano. La gente de dinero no había descubierto todavía aquel club. Y como resultado, decía Paco, aquel era un lugar en el que todavía podía bailarse como si se estuviera en Río o en La Habana.

Y aquella noche, pensó Bella, bailaría para sacar fuera todos sus demonios. Lo necesitaba. Jamás se había sentido tan desesperada como aquel día. Aquella noche guardaba un secreto que le abrasaba el alma. Un secreto que nunca iba a poder compartir. Porque Annis era la persona con la que compartía sus secretos. Annis era su mejor amiga. Y confesar aquel secreto significaría acabar para siempre con su amistad.

Ese era el motivo por el que guardaría aquel secreto bajo llave. Y continuaría viviendo. Un poco herida, un tanto recelosa. Y muy, muy sola. Pero la soledad no estaba del todo mal, se dijo Bella a sí misma. Podría arreglárselas sola.

Así que se atusó el pelo, sacudió la cabeza y caminó lentamente hacia la pista de baile.

Capítulo 2

CUANDO Gil entró en el club, este estaba ya repleto de gente. Sorteó la cola de la entrada y se dirigió directamente a la persona que estaba en la puerta.

–Buenas noches –saludó–. Paco me está esperando.

–Ah, sí, profesor –contestó el portero–. Me ha dicho que le espera en el piso de arriba. Primer pasillo, una puerta marcada con el rótulo de «Privado».

Sujetó la pesada puerta para permitirle el paso. Gil subió rápidamente las escaleras.

Paco estaba en su despacho, sentado detrás del impresionante escritorio desde el que capitaneaba su industria. Pero en cuanto Gil llamó a la puerta y la abrió, se incorporó y corrió hacia él con el entusiasmo del novato que en otro tiempo había sido.

–¡Gil! Cuánto me alegro de verte –lo abrazó–. ¿Y ese traje? Pareces un tipo serio.

–Y tú pareces un pirata –respondió Gil, fijándose en el pañuelo negro y en el pendiente que llevaba en la oreja.

Paco sonrió.

–Imagínate. Justo como nos decían en la universidad. El mercado lo es todo.

Ambos regresaron al pasado. Se habían conocido en la época en la que ambos tenían que trabajar de camareros para ir a la universidad.

Gil miró a su alrededor, inspeccionando las fotografías y un par de discos enmarcados.

–Desde luego, has conseguido hacer tu propio máster en administración de empresas.

–Y tú también, por lo que he oído.

–¿Qué es lo que has oído exactamente? –preguntó.

Paco se sorprendió por la brusquedad de su tono.

–Solamente que tu empresa es una de las punteras en la investigación de software. Eso es lo que dicen –lo miró con los ojos entrecerrados–. Ah, ya entiendo. Estamos hablando de espionaje industrial. Ese es el motivo por el que has venido a Nueva York, ¿verdad?

Gil se dejó caer en una silla.

–¿Tan transparente soy? Debe ser condenadamente fácil… –se interrumpió y apretó los dientes con fuerza.

–Eh, solo estoy intentando mantener una conversación. ¿Qué te ocurre?

Gil lo miró con el ceño fruncido durante un instante. Después, se encogió de hombros.

–He vuelto a equivocarme a la hora de juzgar a la gente –dijo, con voz dura.

–Ah –replicó Paco tras una ligera pausa.

–Sí –añadió Gil, respondiendo a aquel silencioso comentario–. Supongo que pensabas que Rosemary Valeri me había enseñado todo lo que había que saber sobre mujeres mentirosas, ¿verdad? Pues estás equivocado.

–Ah, así que se trata de una mujer. ¿Es esa inglesa con la que se suponía que ibas a venir esta noche?

–No. Se trata de mi directora comercial. Ha estado con nosotros desde el principio. Yo pensaba que era una amiga.

Paco lo miró con compasión.

–A todos nos ha ocurrido alguna vez.

–Todos pensábamos que era una amiga. Pero ha traicionado a todo el equipo. Yo confiaba en ella.

–Tremendo error –Paco le tendió una cerveza–. Pero todos lo hacemos. No te castigues por eso.

–Ha establecido contacto con algunos grandes inversores que están intentando hacerse con el control de la compañía. Hoy mismo he averiguado quiénes son y lo que piensan hacer.

–Mala cosa. Pero estoy seguro de que podrás manejarlo, ¿verdad?

–Sí –contestó Gil entre dientes–. Claro que sí.

–Si hay alguien que puede hacerlo, ese eres tú. En clase eras uno de los mejores. Te deseo suerte, amigo. ¿Y ahora qué quieres hacer? ¿Piensas quedarte o volver al hotel para dedicarte a tus trapicheos?

–Los trapicheos los dejaré para mañana. Esta noche tengo que descargar adrenalina.

Paco lo miró entusiasmado.

–Genial. Primero a cenar y después a bailar. Esta noche tenemos comida brasileña. Nuestro chef nos ha preparado *feijoada*.

–Magnífico –dijo Gil, comenzando a levantarse.

–Y además contamos con un par de disc jockeys geniales. Auténticos entusiastas, ¿me entiendes? Y también tenemos muy buenos relaciones públicas. Algunos de esos chicos saben moverse

de verdad –le dio un golpe en el hombro–. Si quieres descargar adrenalina, estás en el lugar adecuado. ¡Vamos de rumba!

Disfrutaron de la comida hablando de viejos amigos y buenos negocios. Era como haber vuelto a la universidad, pensó Gil. Las mismas bromas y la misma sensación de que podían hacer todo lo que quisieran con solo proponérselo. A medida que iba pasando el tiempo, el ruido de la pista de baile iba haciéndose cada vez más fuerte.

Al cabo de un rato, Paco arrastró la silla hacia atrás.

–Ya es hora de que me deje ver por ahí. Y de que tú salgas a la pista. Vamos.

Mientras se movía por el club, Paco parecía una persona diferente, advirtió Gil divertido. Desaparecía por completo su aspecto casero. Caminaba a grandes zancadas por su local, con un vaso lleno de un líquido incoloro, rodajas de lima y unas hojas inidentificables. Gil sabía que las hojas eran de albahaca y el líquido, agua mineral, pero el aspecto de la bebida era casi peligroso.

–Eres un embaucador.

–Eso es lo que esperan mis clientes –repuso Paco, adoptando una pose de esgrima.

Ambos exclamaron al unísono:

–¡Renegado, morirás mordiendo el acero! –e hicieron un par de pases imaginarios de esgrima.

Gil rio por primera vez desde hacía semanas. Se quitó la chaqueta, la dejó detrás de la barra y se fue a dar una vuelta por el club. Paco tenía razón, era un buen sitio para bailar. El local vibraba al ritmo de la música latina. El sonido de las maracas se superponía a una base roquera, provocando una sensación tan física como si le estuvieran agarrando el corazón con una mano. Observó bailar a una mujer morena, flexible como un jaguar; después a una joven que parecía haber salido directamente de la oficina; a una pelirroja llena de glamour, a una cubana sonriente…

Y entonces la vio. No parecía latina. Era rubia. Tenía el pelo dorado y la piel luminosa. No era alta. Ni tenía el aspecto atlético de aquellas bailarinas semiprofesionales que abarrotaban la pista. Pero se movía de una manera…

Gil se paró en seco. Algo le atenazó la garganta mientras la observaba.

Bailaba sola, sin fijarse en nadie. Su concentración era total. Se movía como un caballo fogoso, grácil y fuerte al mismo tiempo. No era consciente de que alguien la estaba observando. Entregaba todo

su cuerpo a la música. La melena flotaba sobre sus hombros desnudos. Pero no ofrecía la abierta sensualidad de la mayoría de las bailarinas. Su baile era punzante, salvaje incluso. ¿Estaría enfadada con alguien? ¿Con ella misma quizá?

Gil analizó rápidamente la situación. Paco debería saberlo. Si era un buen hombre de negocios, conocería a su clientela.

Abandonó la pista de baile y se acercó a la barra.

–¿Quién es esa chica? –le preguntó a Paco con repentina urgencia.

Paco no tuvo que preguntar a quién se refería. Gil no apartaba la mirada de ella. Y tampoco otros de sus clientes. Cosa que, en un club tan animado como aquel, resultaba inaudita.

Aquella mujer era luminosa y fiera como el fuego. Y completamente ajena a las miradas que se fijaban en ella.

Pero a Gil lo enfurecía el deseo que reflejaban aquellas miradas. Más aún, le entraban ganas de sacudir a aquella joven y hacerle ver las reacciones que estaba provocando. Tanta concentración, tanta pasión, podían llegar a ser peligrosas. ¿Es que no se daba cuenta?

–Viene del mundo de la moda –contestó Paco–. Es nueva. Empezó a aparecer por aquí en Navidad. No sé cómo se llama. Podría ser una bailarina. ¿Quieres que pregunte quién es?

Gil sonrió. Paco no había sido capaz de disimular su sorpresa. Y Gil sabía por qué. Paco lo conocía muy bien. Y sabía que Gil no era un hombre en el que fuera fácil despertar el deseo.

Y no lo era. Ni siquiera en aquel momento, cuando todo su ser palpitaba. Aquella joven era mucho más que un simple objeto de deseo. Parecía difícil. Exigente. Un enigma, un desafío. Y… «mía», pensó Gil.

Se sentía exultante, y, al mismo tiempo, extrañamente tranquilo.

–Puedo intentar averiguar algo sobre ella –se ofreció Paco.

Gil no apartaba la mirada de la bailarina, pero alargó la mano hacia la barra y tomó una botellita de agua.

–Creo que ha llegado el momento de que lo haga yo –comentó, intentando parecer divertido.

Ni siquiera se volvió para despedirse de Paco mientras se encaminaba hacia la pista.

Bella lo estaba pasando maravillosamente. Siempre lo pasaba maravillosamente. Era el rasgo que la caracterizaba. La chica ideal para las fiestas, dispuesta a cualquier cosa. Siempre estaba riendo y haciendo reír a los demás.

Aquella noche, el equipo editorial japonés, envuelto en aquel ritmo cubano, se había dejado atrapar por su entusiasmo. La tensión de las largas reuniones del día se había disuelto en aquella música caliente. Viéndolos contentos, Bella se permitió relajarse y dejarse llevar por el ritmo latino.

La música cambió. Uno de los chicos con los que había estado bailando la agarró de la mano. Siguiendo sus pasos, Bella fue capaz de reproducir exactamente el baile de la cantante que salía en el vídeo. Su compañero de baile rio. Y ella le devolvió la carcajada.

Estaba disfrutando, se decía. Y eso era precisamente lo que mejor se le daba.

Aunque en aquella etapa de su vida, cada vez le resultaba más difícil. Oh, podía salir hasta tarde, bailar o charlar con los amigos. Pero al final todos querían irse a casa. Y cuando volvía al apartamento que había alquilado, Bella sentía frío. La calefacción de su edificio funcionaba a la perfección. Pero su frío era el de la soledad, que se incrustaba en los huesos. Y aquella noche iba a ser todavía peor, a causa de la conversación que debería mantener con su hermana al día siguiente.

Pero no tenía que pensar en ello todavía. Deslizó ambas manos por su pelo y lo alzó, dejando que sus hombros marcaran el ritmo mientras bailaba provocativamente alrededor de su pareja.

Solo para descubrir que alguien más estaba respondiendo a aquella provocación.

De lo primero que fue consciente fue de la mano de un hombre sobre su hombro desnudo. Bella se asustó tanto que estuvo a punto de perder el paso. Miró indignada a aquel intruso.

–Hola –la saludó él.

O al menos era eso lo que se suponía que había dicho. La música estaba demasiado alta para oírlo, así que prácticamente tuvo que leerle los labios. Unos labios que percibió con una nitidez peculiar bajo aquellas luces parpadeantes. Eran unos labios perfectamente esculpidos, llenos y sensuales, con una tensión que evidenciaba un deliberado control.

En medio de aquella luz estroboscópica, vio que era un hombre alto y delgado. Fue consciente de la profunda intensidad de su mirada. Y del ritmo endiablado de sus movimientos. Tras él, Bella vio a su anterior pareja alzando la mano a modo de pesarosa despedida y dirigiéndose hacia otra chica sin perder el ritmo.

Y sin más, Bella se sintió arrastrada hacia un cuerpo que parecía hecho de acero.

Por primera vez desde hacía años, Bella perdió varias veces el

paso mientras intentaba seguir su secuencia de baile.

El desconocido se inclinó hacia delante, haciéndole echar la cabeza hacia atrás y le susurró al oído:

–Déjame llevarte.

Aquello iba en contra del carácter de Bella, que era una excelente bailarina, pero aun así, obedeció. No tardó en intuir los pasos de Gil antes de que este los diera. Su cuerpo de acero se moldeaba contra el de Bella, indicándole lo que tenía que hacer y ella respondía. Eran una pareja perfecta.

Cuando terminó aquel tema, Bella se volvió hacia él, casi sin respiración.

–¿Quién eres? –se preguntaron al unísono.

Gil sacudió la cabeza.

–Tú primero.

Le tendió la botella de agua. Bella bebió con sed y después dejó caer el agua por su frente. El agua se deslizó por sus mejillas, su garganta… Y vio a su pareja de baile observando cómo se deslizaba una gota solitaria entre sus senos.

–Esta noche soy Tina, la bailarina de tango. ¿Y tú?

–¿Esta noche?

–Estamos en Nueva York. No puedes pretender que le diga mi nombre al primero que se acerca a bailar conmigo.

Gil la miró divertido.

–Pero si pareces una chica a la que le gusta vivir al límite.

Bella hizo una mueca. Eso era lo que todo el mundo pensaba. Incluso su familia pensaba que Bella podía enfrentarse a cualquier cosa. La veían como una mujer de corazón liviano. Una aventurera. Nunca, nunca, vulnerable.

Y no lo era, se dijo con dureza. No lo era.

Ese era el motivo por el que estaba sola en aquella maravillosa ciudad, intentando recomponer su vida y diciéndose que la soledad era soportable siempre y cuando no dejara que nadie la viera.

–Hay límites y límites –le devolvió la botella–. Todavía no me has dicho tu nombre.

–Me llamo Gil.

–¿Solo Gil?

A pesar de su aparente diversión, posó la mirada en los hombros desnudos de Bella como si estuviera hambriento. Bella lo vio. Y sintió una extraña emoción en su interior.

–Si tú eres Tina, entonces yo soy solo Gil –contestó él.

Le gustaba aquella mirada. La hacía sentirse viva. Como la música, y las luces, y las calles heladas de la noche.

–Estupendo –respondió, preparándose para disfrutar.

El disc jockey dejó de hablar. Y el latido irresistible de la música comenzó otra vez. Casi inmediatamente, Bella empezó a moverse: las caderas, los hombros, los pies. Todo su cuerpo respondía a los dictados de la música.

Gil, o quienquiera que fuera, también bailaba. Pero lo hacía dejando muy claro que no iba a permitir que lo abandonara. Cada vez que Bella giraba o saltaba, posaba la mano en su espalda, para hacerla volver a su lado.

Poco a poco iba creciendo el nivel de provocación. Bella lo desafiaba, confiando en que no la dejaría marchar.

Al final de aquella pieza, estaba acalorada y jadeante. Gil bajó la mirada hacia ella, con los ojos resplandecientes. Él ni siquiera respiraba con dificultad.

Uno de los visitantes japoneses se acercó en aquel momento a Bella. Incluso sin la corbata, parecía impresionantemente cortés.

–Ha sido extraordinariamente amable con nosotros. Muchísimas gracias.

Bella comprendió inmediatamente lo que quería decirle.

–¿Quieren marcharse ya?

El señor Ito estaba apesadumbrado, pero tenían que tomar un avión a primera hora de la mañana.

–No importa –dijo Bella, separándose de Gil e intentando apartarlo de su mente–. Iré a buscar su abrigo.

La molestó un poco que Gil no intentara retenerla. Después de aquellas muestras de posesividad machista durante el baile, esperaba que al menos le pidiera el número de teléfono.

Bella no se lo habría dado. Por supuesto que no. Pero al menos podría habérselo pedido. Sin embargo, cuando miró a su alrededor, no vio a Gil por ninguna parte.

Se encogió de hombros, intentando tomárselo a risa.

En el guardarropa, encontró a Rosa, una de las habituales del club.

–¿Quién era ese hombre? –le preguntó a Bella.

–No lo sé.

–Vaya, pensaba que ibas a quedarte con él.

–Ya me conoces. De la misma forma que llegan se van.

–Hacíais tan buena pareja bailando…

Bella le dirigió una mirada irónica, comprendiendo perfectamente lo que estaba insinuando Rosa, y se fue a buscar sus cosas. Llevaba un abrigo de lana que le llegaba casi a los tobillos, una bufanda de cachemira y unos guantes de visón. Durante el mes

de febrero en Nueva York, no había que dejar un solo centímetro de piel al descubierto. Incluso se guardó las sandalias en el bolso y sacó sus botas forradas en piel.

Como aquella noche se había hecho cargo de la diversión de los japoneses, tenía una limusina disponible. Sacó el teléfono móvil del bolso y marcó un número de teléfono.

–Ya estoy preparada para irme, Arnie. Volvemos al hotel. ¿Podrías dejarme después en mi casa? Magnífico.

Rosa se estaba retocando el lápiz de labios.

–¿Vas a verlo otra vez?

–No me lo ha pedido.

–¿Y? ¿Por qué no se lo has pedido tú? Estamos en el siglo veintiuno.

–Sí, eso dicen. Pero ya he estado allí, he hecho lo que tu dices y no ha funcionado.

–Eso es que no lo hiciste bien –replicó Rosa con convicción.

«Oh, claro que lo hice bien. El problema fue que no me deseaba a mí, sino a mi hermana», pensó. Pero dijo en voz alta:

–Sí, supongo que tienes razón.

–¿Por qué no vas a buscar a ese tipo?

«Porque no pienso volver a repetir la experiencia nunca más».

–Sí, quizá lo haga. Pero no esta noche. Tengo que llevar a nuestros distinguidos invitados a su hotel.

–Es una pena. ¿Te veré el sábado?

El sábado era la gran noche del club. Bella había sido una cliente habitual de aquellas noches desde que había llegado a Nueva York.

–Cuenta con ello.

Sus invitados se despidieron de ella dándole efusivamente las gracias. Bella permaneció en la puerta del hotel estrechando manos y haciendo inclinaciones de cabeza hasta que pensó que se le iba a helar la cara. Pero al cabo de un rato, los japoneses se metieron en el hotel y ella pudo refugiarse en la limusina.

El chófer estaba mirando por el espejo retrovisor.

–¿Quién es ese tipo?

–¿Quién?

–El que acaba de salir del taxi. Viene hacia aquí.

Bella se volvió para mirar. Un taxi se alejaba tras haber dejado en su camino a una figura solitaria.

Se trataba de un hombre alto como un árbol cuya negra silueta

se recortaba contra el fondo oscuro de la noche. Llevaba los zapatos muy limpios, pensó. Podía ver el letrero luminoso del hotel reflejándose en ellos mientras caminaba.

Era como un fantasma. Como un dios antiguo que se hubiera perdido temporalmente en la tierra. Parecía extrañamente poderoso.

–No lo conozco –contestó, estremecida.

Pero él continuaba caminando hacia el coche, repicando con las suelas de sus zapatos sobre el pavimento helado. Llegó a la puerta y se inclinó.

–¿Algún problema? –le preguntó Arnie, sin bajar la ventanilla.

Bella acababa de reconocer a aquella oscura figura. Era el hombre que no le había pedido el número de teléfono.

–Creo que ya sé quién es. Era un hombre que estaba en el club.

Gil golpeó suavemente la ventanilla. Arnie lo miró con ojo de experto.

–Bueno, es posible que sea un loco, pero no es un vagabundo. Lleva un abrigo de mil dólares. ¿Quieres hablar con él?

–Sí –contestó Bella. Y salió del coche–. Esto no es una coincidencia, ¿verdad? –le preguntó al recién llegado.

Gil asintió.

–Lo siento –no parecía sentirlo en absoluto–. Me voy mañana.

–¿Y eso es una excusa para seguirme?

–Es una razón, no una excusa.

–Y eso es un juego de palabras. Supongo que sabes que es un delito acosar a una mujer –pero su voz sonaba más curiosa que amenazadora, y lo sabía.

Gil respondió con una sonora carcajada.

–Vaya, en esta ciudad la gente está paranoica.

–No creo que tenga nada que ver con esta ciudad. Te habría dicho lo mismo en Londres o en París.

–Si crees que te estoy acosando, ¿por qué has salido del coche?

–He salido del coche porque quería evitar que me montaras una escena.

–¿Y por qué debería importarte que hiciera el ridículo?

–Lo que me importa es hacer el ridículo yo. Acabo de dejar en este hotel a un grupo de personas influyentes. No quiero que piensen que soy… –se interrumpió bruscamente, comprendiendo, cuando ya era demasiado tarde, adónde podía llevarla la frase.

–El tipo de chica que sale de un coche en medio de la noche para hablar con un desconocido.

Bella lo fulminó con la mirada. Gil la miró con absoluta

inocencia.

–¿Qué pasa?

Bella se dio entonces por vencida.

–De acuerdo, ¿qué quieres?

–Hablar contigo.

–Ya hemos hablado.

–No, no hemos hablado –repuso con calma–. Hemos intercambiado feromonas. Ha sido muy reconfortante, pero ahora me gustaría ir a algún sitio caliente y hablar.

Bella lo miró indignada. ¿Pensaría acaso aquel hombre que porque hubieran bailado juntos iba a acostarse con él?

–De ningún modo –contestó furiosa.

–No he dicho que tenga que ser una conversación íntima. Podemos ir a algún restaurante que esté abierto toda la noche, si quieres.

Bella miró a su alrededor con exagerada ironía.

–Oh, claro. ¿Ves algún restaurante abierto por alguna parte?

–Bueno, entonces podemos ir a la cafetería del hotel.

–Sí, magnífico, para que aparezca mi jefa y me vea charlando contigo. No, lo siento –agarró el tirador de la puerta del coche.

–No te vayas –le pidió Gil, casi suplicante.

Aquello la dejó paralizada. Pero solo un instante. Sin mirarlo, replicó:

–Si fueras una persona normal, me habrías pedido el número de teléfono.

–No tengo tiempo para esas cosas.

Bella buscó en su bolso. El afilado tacón de la sandalia le arañó la muñeca, pero ignoró el escozor y sacó su tarjeta. Se la tendió: –Inténtalo.

Él no la tomó. Estaba mirándola fijamente, con expresión impaciente y suplicante al mismo tiempo.

–Estoy hablando en serio. Mañana tengo un día lleno de reuniones y después volveré a Londres para solucionar una crisis en el trabajo. Solo cuento con esta noche.

Sonaba increíblemente dramático en medio de la noche. No sabía por qué, pero Bella estaba convencida de que aquel no era un hombre dado al melodrama. Tuvo la impresión de que estaba terriblemente solo.

Y aquel era un sentimiento que ella conocía perfectamente. Se metió la tarjeta en el bolsillo y dijo bruscamente:

–De acuerdo. Seguro que Arnie conoce algún café que esté abierto a estas horas. Entra.

Pero cuando se metieron en el coche, fue ella la que le indicó a Arnie la dirección de un café que estaba cerca de su casa.

A los pocos minutos, Arnie los dejaba en un pequeño café italiano situado a solo dos bloque del edificio en el que Bella vivía.

Gil demostró tener los modales de un caballero. Le sostuvo la puerta para permitirle entrar al café. Había pocos clientes, la mayoría eran taxistas o transportistas que se estaban tomando un descanso antes de volver a las calles solitarias. Gil pasó por delante de ellos para acercarse a una de las mesas y permaneció de pie hasta que Bella se sentó. Tomó una silla y sonrió a la camarera de ojos cansados que se acercó a ellos.

–¿Queréis desayunar?

Bella sacudió la cabeza y comentó:

–Eres inglesa.

La camarera sonrió.

–Pero no lo utilices contra mí. ¿Café? ¿Agua?

–Litros y litros de agua. Y una infusión.

–Claro –la camarera la conocía. Bella pasaba a menudo por allí, de modo que no tuvo que preguntar qué tipo de infusión quería–. ¿Y tú?

Gil pidió un café sin apartar la mirada de Bella.

Cuando la camarera se marchó, se inclinó hacia delante.

–De acuerdo. Tina, pongamos las cartas sobre la mesa.

Por alguna razón, a Bella le dio un vuelco el corazón al oírlo.

–Por fin –contestó, intentando disimular su reacción.

–Cuando te vi en el club, pensé que te conocía.

–No nos conocemos. Me acordaría de ti.

Gil parecía impaciente.

–Ya sé que no nos conocemos. Yo también me acordaría. Creo que no me he expresado demasiado bien. Quizá lo que pensé fue: «voy a conocer a esa chica» –alzó de pronto la mirada.

Bella no retiró la suya a la velocidad suficiente. Y se sintió como si acabaran de aplicarle una descarga eléctrica.

–Eso está mejor –contestó.

–Y tú también lo has sentido –replicó él, como si acabara de descubrirlo.

–No, yo…

–Quizá no entonces. Más tarde. ¿Cuándo? –Bella lo vio rememorar su breve encuentro–. Afuera, en el hotel, ha sido entonces. Has sabido que había algo en mí que has… reconocido.

Bella sacudió la cabeza con vehemencia. Estaba intentando olvidar el instante en el que había pensado que estaba solo, y en el

que, al reconocer su soledad, se había visto obligada a admitir la suya propia.

La camarera les llevó las bebidas. Gil miró su café como si no hubiera visto nunca nada parecido.

–Es café con leche –le explicó Bella amablemente.

–No cambies de tema. Lo sabías, ¿verdad?

El té de limón y jengibre estaba demasiado caliente para empezar a beber. Bella se negaba a mirarlo a los ojos. Se reclinó contra la pared.

Ni siquiera era capaz de recordar cuándo se había sentido por última vez tan insegura. Estaba acostumbrada a flirtear. Era una persona sofisticada y sociable. Los hombres se habían acercado a ella de todas las formas imaginables. Pero en aquel momento, la cabeza le daba vueltas y el pulso le latía violentamente. Como si temiera algo de sí misma. Algo completamente nuevo.

–Lo único que he sabido es que eres un buen bailarín y a mí me gusta bailar –contestó, tanto para ella como para él.

Gil se inclinó hacia delante. Bella podía sentir la intensidad de su mirada sobre su cabeza.

–Eso ha sido todo –insistió.

Había un par de obreros desayunando en una de las mesas. Bella advirtió que los miraban con curiosidad.

Debían resultar extraños. Gil con su elegante abrigo y los zapatos relucientes y ella con los restos del maquillaje y un minúsculo top debajo del abrigo. Formaban una pareja completamente fuera de lugar. Y hacía mucho tiempo que Bella no se sentía parte de una pareja.

Gil sonrió, como si le hubiera leído el pensamiento.

–No –dijo con amabilidad–. Eso no es todo y lo sabes. Igual que lo sé yo. Me ha pillado en un momento muy poco oportuno, pero no tiene sentido mentir sobre lo que siento.

Bella se miró las uñas.

–No creo que haya momentos más o menos oportunos. El problema son las prioridades.

Gil la miró divertido.

–Hablas como una asesora de dirección.

Bella se sobresaltó.

–Mi hermana es asesora de dirección –dijo al cabo de un momento.

–¿Y estás diciéndome que la solución de una asesora podría cambiarme la vida?

–Quizá. Si estás dispuesto a cambiar tu lista de prioridades –se

interrumpió bruscamente–. Diablos, ¿y qué sé yo de todo eso? Nunca he sido el cerebro de la familia.

–¿Y qué eres en tu familia? ¿La guapa?

Bella rio suavemente.

–Podría decirse así. Supongo que para mí ya es mucho.

Gil alzó la taza de café, brindando en silencio.

–Eres maravillosa.

Pero no parecía un cumplido, sino como una especie de sobria declaración.

Bella respondió lentamente:

–Y no parece gustarte en absoluto.

–¿Gustarme? Claro que no. Eso solo añade una complicación más.

Bella se quedó mirándolo fijamente.

–¿Qué clase de complicación?

Bella lo miró a los ojos. No quería hacerlo. Pero no podía resistirse a aquella silenciosa insistencia. Y vio lo que él pretendía.

Gil tomó su mano enguantada entre las suyas, como si con aquel gesto pudiera hacérselo entender.

–No puedo hacerte comprender lo inoportuno que es este momento. Mañana, no, hoy mismo sale mi vuelo. Y no sabes cuántas cosas tengo que solucionar antes de poder pensar siquiera en pedirte que salgas conmigo.

Bella apartó inmediatamente la mano.

–Estás casado –dijo con vehemencia.

Gil pareció quedarse completamente desconcertado.

–¿Qué?

De pronto, Bella comenzó a sentir que había retomado el control de la situación.

–¿Tu esposa no te comprende? –sugirió–. Seguro que en cuanto me viste te diste cuenta de que yo era una mujer capaz de comprender lo duro que es tu trabajo. O la cantidad de tiempo que te ves obligado a pasar con tus clientes.

Gil permanecía en completo silencio. Por primera vez, la miraba como si se tratara de una completa desconocida.

–Has salido con muchos hombres casados, ¿verdad? –preguntó por fin.

–No hace falta salir con muchos hombres casados para saberse su perorata.

El rostro de Gil volvió a cambiar. Incluso bajo la cruda luz de neón de aquel café, su boca continuaba resultando elocuente. Le daba el aire misterioso de un poeta. Y el aspecto de un hombre que

sabía perfectamente lo que quería.

–¿Eres de naturaleza cínica? –preguntó Gil, sobresaltándola–. ¿O alguien te ha hecho daño?

Bella retrocedió como si se hubiera clavado una astilla entre las uñas.

–Todavía estás en proceso de recuperación, ¿verdad?

Ella apretó los labios, esforzándose para que dejaran de temblarle.

–Eso no es asunto tuyo.

–No te preocupes. Lo superarás. Todos lo superamos.

De pronto, Bella ya no quería seguir hablando con él. No le importaba lo excitante que hubiera sido bailar a su lado. Aquello estaba siendo demasiado peligroso para su paz mental.

Vació la taza y miró el reloj.

Gil suspiró.

–De acuerdo. Soy un insensible. Siempre lo he sido. Pero ya tendré tiempo de ser sensible más tarde, cuando llegue el momento. Esta noche…

–Esta mañana –lo corrigió Bella con una falsa sonrisa–. Y es tarde. Tengo que volver a casa –se levantó.

–Quédate –le pidió Gil–. Solo quince minutos…

Pero Bella ya no lo estaba mirando.

–Pero si todavía no sabemos nada el uno sobre el otro –protestó Gil.

–Oh, ya me has quitado varias capas de piel –repuso Bella secamente–. ¿Qué más quieres?

Salió de detrás de la mesa, se enderezó y se colgó el bolso al hombro.

–Tú no sabes nada sobre mí –insistió Gil.

–Sé todo lo que necesito saber.

Le tendió la mano para despedirse de él. Pero Gil no se la estrechó. Se levantó y dejó algunos billetes en la mesa.

–Al menos déjame acompañarte a un taxi.

Bella negó con la cabeza.

–No lo necesito. Vivo cerca de aquí, puedo ir andando. Si encontramos un taxi, será mejor que te subas tú en él.

–Te acompañaré.

Bella se encogió de hombros con indiferencia.

–No estás en absoluto preocupada, ¿verdad? Crees que puedes manejarme –preguntó Gil, con voz extraña.

Bella alzó las solapas del abrigo.

–No creo que vayas a abalanzarte sobre mí en medio de la calle.

Hace demasiado frío.

–¿El frío es el máximo asesino de la pasión?

Su respiración se transformaba en vapor en el aire gélido de la noche. Bella volvió a ser consciente de un repentino estremecimiento. Bajo su fría piel, nacía un extraño calor.

–Normalmente funciona, sí –dijo con un hilo de voz.

Caminaba a grandes zancadas. Prácticamente corría. Para entrar en calor, se aseguró a sí misma. No para huir de la inquietante sensación de que si se dejaba abrazar por aquel hombre, se sentiría segura eternamente.

Gil comenzó entonces un firme monólogo:

–Tengo treinta y tres años. No estoy casado, no tengo ataduras de ningún tipo. Vivo en Cambridge, Inglaterra, pero viajo mucho. No me gusta sentirme atado a ningún lugar. Y me gusta hacer las cosas de una en una.

–¿A qué te dedicas? –preguntó Bella, a pesar de sí misma.

–A la investigación. Soy una especie de cerebrito.

Bella rio con desprecio.

–¿Un cerebrito que necesita una asesora? ¿Y qué investigas? ¿Las posibilidades de hacerse millonario con Internet?

Gil la miró furioso.

–Tienes buena memoria. Apenas había mencionado a mi asesora.

–Ya te he dicho que sabía algo sobre ti.

–Me has dicho que sabías todo lo que querías saber –parecía receloso–. ¿De qué va todo esto? ¿Un hombre con una asesora de gestión podría llegar a ser un buen objetivo?

Entonces fue Bella la que se enfadó.

–¿Qué te crees que soy? ¿Una espía industrial? No sé si te acuerdas, pero has sido tú el que te has acercado a mí –señaló–. De hecho, yo he estado intentando deshacerme de ti durante toda la noche.

Estaban a solo dos puertas del edificio en el que tenía su apartamento.

–Y ahora, me voy a mi casa. Así que buenas noches.

Le tendió irónicamente la mano. Pero Gil no la rechazó como había hecho en la cafetería. La tomó y tiró suavemente de ella.

Bella sintió que sus pies resbalaban sobre el pavimento helado. Se inclinó hacia delante y cayó en sus brazos.

Y, en un segundo que pareció durar toda una vida, vio cómo los ojos de Gil iban estrechándose y fijándose en su boca al tiempo que se deslizaba sobre ellos el oscuro velo del deseo.

Bella descubrió entonces que no hacía demasiado frío para un

beso. Un beso tan apasionado que pareció iluminar el cielo. Un beso tan íntimo que le hizo recordar que bajo el abrigo estaba prácticamente desnuda. Un beso tan nuevo que la dejó temblando y en silencio cuando Gil se separó de ella.

Él también parecía estar temblando. La miró muy serio y dijo en un susurro:

–Esto es una locura.

–Sí –contestó Bella, completamente atónita.

Gil desvió la mirada hacia los escalones de la entrada.

–Déjame subir a tu apartamento.

Bella estuvo a punto de hacerlo. Y no solo porque no quisiera estar sola en aquella fría mañana. Pero alzó la mirada hacia sus labios y tomó una decisión.

–Oh, no debes arriesgarte a que te saque todos tus secretos –le contestó con malicia.

Y salió corriendo. Sus pies resbalaban sobre el hielo, pero no le importó. Sacó la llave y subió los escalones de la entrada a toda velocidad. Sin comprobar siquiera si Gil había intentado seguirla, metió la llave en la cerradura, abrió, cerró la puerta y se inclinó contra ella con el corazón palpitante. Corrió hacia las escaleras y subió a su piso como si Gil estuviera mirándola y fuera una cuestión de amor propio no detenerse para mirar atrás.

Capítulo 3

FUE UNA noche interesante.

Durante semanas, meses, cada vez que cerraba los ojos, Bella no había sido capaz de pensar en otra cosa que en sus terribles errores. En aquella ocasión, sin embargo, tenía otra cosa en la cabeza. Cada una de las palabras de Gil se repetía en su cabeza como un eco.

«Pareces una chica a la que le gusta vivir al límite».

¿Por qué habría dicho eso? ¿Sería verdad?

«Hemos intercambiado feromonas».

–Oh, sí –musitó Bella en la intimidad de la cama. Se estremeció y se tapó con el edredón hasta la barbilla.

«Tú también lo has sentido».

Bella se sentó de pronto en la cama como impulsada por un resorte.

–No, yo no.

¿Y si fuera verdad que lo había sentido?

Aquello era una locura, se dijo. Demasiadas emociones. Ella nunca había reaccionado de aquella manera ante un hombre. Y, además, ni siquiera estaba buscando una relación. ¿Pero qué demonios le estaba pasando?

No podía contestar a aquella pregunta. Lo intentó durante horas. Y a las seis y media renunció. El cielo todavía estaba oscuro, pero la negrura de la media noche había desaparecido.

El tráfico comenzaba a rodar. Los invictos pájaros que todavía sobrevivían en Nueva York comenzaron a gorjear. Bella normalmente les dejaba migas de pan y agua en la escalera de incendios. Y todas las mañanas tenía que romper la capa de hielo que se formaba en el agua.

Al recordarlo, saltó de la cama. Se puso un chándal, los guantes y un gorro de lana y comenzó a luchar con los cerrojos de la puerta.

«Déjame subir a tu apartamento».

Bella no había dejado entrar a ningún hombre en su nido. La soledad podía ser dolorosa, pero también algo muy preciado. Hasta ese momento, no había sentido la tentación de invitar a ninguno. ¿Y por qué habría sido Gil el primero con el que había experimentado aquella oscura tentación?

La respuesta era sencilla. Se trataba de un hombre atractivo. Le gustaba la forma en la que se movía. Y cómo la había besado.

Pero tenía que olvidarse de aquel beso, se dijo. Aquel hombre se iba marchar ese mismo día de Nueva York. Y no podía manejar tantas complicaciones en su vida al mismo tiempo.

Abrió la puerta de la escalera de incendios. Los pájaros permanecían alineados sobre la barandilla, esperando su llegada. Bella tomó un palo que había guardado con ese propósito y rompió el hielo.

¿Qué tenía aquel hombre?, se preguntaba mientras lo hacía.

De acuerdo, era un buen bailarín. Como, por otra parte, lo eran la mitad de los hombres de Nueva York. Y ni siquiera en sus días más locos de diversión se había acostado con un hombre con el que solo había bailado una vez.

Los pájaros la observaban. Parecían niños jugando en el patio antes de entrar en el colegio. De vez en cuando se peleaban entre ellos, pero en general se mostraban amistosos. Bella sonrió al recordar cómo había aprendido a patinar en la calle cuando había ido al primer colegio al que Tony, su padrastro, la había enviado. No le había costado mucho adaptarse. Y tampoco le estaba costando demasiado acostumbrarse a aquella ciudad. Era solo que…

El frío del destierro la sacudió de pronto, como siempre ocurría. Era tan impactante como una puñalada. Bella se mordió el labio hasta hacerse sangre.

La culpa era suya. No tenía por qué haber estado sola aquella mañana… Pero, aunque hubiera permitido subir a Gil a su apartamento, habría continuado estando sola, pensó. Estaba sola desde que Annis y Kosta se habían enamorado. Y desde que había empezado a fingir.

Volvió al interior de la casa, temblando de frío, pero no le apetecía meterse en la cama. Así que se preparó un café y se sentó a desayunar, intentado dejar de preguntarse qué demonios le había podido ocurrir el día anterior.

Gil tuvo un desayuno de trabajo con un grupo de abogados. Nunca había tenido tantos problemas como aquel día para concentrarse.

Debería haberlo intentado con más insistencia, se decía. Aunque, por otra parte, quizá no debería haber insistido tanto. O al menos debería haber aceptado la tarjeta que le había ofrecido. ¿Cómo había permitido que se alejara de él de aquella forma?

Cuando uno de los abogados le intentó explicar la evolución de la legislación sobre la propiedad intelectual, prácticamente no entendió nada. Una figura danzaba en su campo de visión. Sabía que solo era su imaginación, pero su cuerpo respondía como si estuviera allí delante.

Tenía que intentar dominarse. Había mucha gente que dependía de lo que él hiciera allí. Y Tina, la bailarina de tango, era una cuestión al margen del trabajo.

–Lo siento –le dijo al abogado–. Creo que no he terminado de comprenderlo. ¿Podría explicármelo otra vez?

Tina no invadió aquella reunión porque Gil tomó la precaución de estar haciendo preguntas continuamente. Gil siempre había encontrado muy útil la disciplina. Pero nunca le había hecho tanta falta como en aquel momento.

Le pidió a Annis que lo acompañara a la reunión que tenía con los banqueros. Cuando estaban en el taxi, ésta le preguntó:

–¿Te encuentras bien?

–Claro, ¿por qué? –le preguntó Gil, sorprendido.

–Pareces distinto.

No le extrañó en absoluto. Se sentía diferente. Nunca se había sentido tan vivo.

–Todo esto es nuevo para mí.

–Para mí también –respondió Annis.

Le dirigió una animosa sonrisa, pero ella también estaba muy pálida aquella mañana. Gil se lo comentó.

–Las cosas con mi hermana no van tan bien como esperaba –admitió–. Vamos a volver a hablar sobre ello esta noche. Pero francamente, no me hago demasiadas ilusiones. Bella es una persona adorable, pero cuando se le mete algo en la cabeza…. Oh, pero este no es el momento de pensar en ello. Dime cómo quieres plantearte la reunión.

Gil eliminó de su cerebro al fantasma rubio. De aquella reunión dependía en gran parte la supervivencia de la compañía. Cuando hubiera garantizado el futuro de las personas que trabajaban para él, podría preocuparse de su vida privada. De momento, tenía otras prioridades.

Una hora más tarde, se encontraba sentado frente a una mesa de trabajo, rodeado de rostros serios. Contuvo la respiración. Había hecho su exposición lo mejor que había podido. Y si los banqueros no se decidían a comprar su producto, tendría que renunciar a las

posibilidades de autonomía de su empresa.

No mostró su preocupación, por supuesto. Después del curso acelerado que le había dado Annis para aprender a manejarse en las altas esferas del mundo empresarial y financiero, a veces tenía la sensación de que se le había congelado el rostro. Por supuesto, continuaba teniendo la misma cara de siempre cuando se miraba al espejo: pómulos marcados, nariz aguileña y ojos castaños salpicados de puntitos dorados que, según sus alumnas, suavizaban su dureza. Y después estaba el problema de su boca. No solo a sus alumnas, sino que, a cada una de las mujeres que conocía, le bastaba ver su boca para decidir que era un ser indomable y voluptuoso. Había necesitado el consejo de una profesional para atreverse a decírselo a sí mismo. Y había necesitado más de un consejo para refrenar aquel efecto.

Incluso después de meses de práctica, Gil era consciente de que no podía permitirse el lujo de bajar la guardia ni un instante. Necesitaba que aquellos banqueros lo vieran como un hombre de negocios y no como un soñador. Y, por supuesto, no como a un objeto sexual. Así que dominó sus facciones e intentó olvidar que había tenido sentimientos espontáneos.

–Está muy seguro de su sistema –dijo una de las ejecutivas–. ¿Por qué?

–Porque lo necesito. He diseñado este sistema porque necesito utilizar todo lo que me ofrece. Ninguno de los programas que está en el mercado puede ofrecerme tantas prestaciones.

–Uno solo quizá no –repuso un especialista–. Pero seguramente se podrían comprar distintos programas y acoplarlos…

–No –contestó Gil–. Eso ya lo intenté –miró alrededor de la mesa–. Créanme, yo no tenía intención de diseñar un sistema. Pero no he encontrado nada que pueda proporcionarme todo lo que me ofrece mi nuevo sistema. Y Watifdotcom permitirá que cualquiera que compre el programa pueda adaptarlo a sus necesidades.

Todos lo miraron intrigados. Gil se olvidó de que eran banqueros neoyorquinos. Se trataba de personas que querían comprender algo que los extrañaba. Como sus alumnos. O como sus empleados. Y él era muy pedagógico en sus explicaciones.

Su ordenador portátil todavía estaba conectado a la pantalla dispuesta al final de la sala.

–Miren –dijo, tecleando enérgicamente. Los iconos empezaron a aparecer en la pantalla–. Aquí tienen las fuentes de información. Son prácticamente infinitas. Y aquí las posibles funciones.

Se levantó y se acercó a la pantalla. Se sentía cómodo. Aquello

era lo que mejor hacía. Para dar una clase le bastaba con una pizarra y las dosis de entusiasmo que nunca le habían faltado.

Los banqueros lo miraban expectantes. Gil sonrió repentinamente, seguro de que iba a alcanzar su objetivo.

–¿Quieren algo original? De acuerdo, en ese caso necesitan controlar su material y elegir –señaló uno de los iconos y se volvió de nuevo hacia ellos–. Pero también necesitan un elemento sorpresa. La atracción del azar que nos impulsa a abandonar los caminos conocidos…

Cuando terminó, no estaba tan seguro de si había sido una buena idea convertir la reunión en un seminario. Algo le decía que el ambiente había cambiado.

En principio, los asistentes a la reunión permanecían todos tan impasibles como él mismo. Seis meses atrás, Gil se habría desesperado al verlos. E incluso estuvo a punto de hacerlo.

Pero su asesora, que permanecía en aquel momento educadamente sentada a su lado, había insistido en que aprendiera a leer el lenguaje del cuerpo. Gil lo había hecho, y a conciencia, como hacía con todo lo que se proponía.

De modo que sabía lo que tenía que buscar. Dedos tamborileantes sobre la mesa, hombros ligeramente girados, desconexión visual… Todas ellas eran malas señales. ¡Pero no advirtió ninguna! Todo el mundo lo estaba mirando.

Inspirado, añadió:

–Es un sistema genial. Seguro que terminaremos acostumbrándonos.

Una de las asistentes soltó una carcajada. Era una carcajada amistosa.

Por primera vez desde hacía días, Gil comenzaba a sentirse esperanzado. Realmente esperanzado.

«Tina, me has traído suerte», le dijo a su compañera invisible.

–Estoy de acuerdo. Sería una verdadera pena vender ese sistema a cualquiera. Supongo que prefiere ponerlo en manos de personas que puedan sacarle todo su potencial –comentó el especialista industrial.

–Eres un creyente incondicional, Mick –comentó la mujer que anteriormente había reído–. De acuerdo, profesor de la Court. Ha conseguido convencerme de que estoy mirando al siglo veintidós. Ahora convénzame de que fuera de aquí hay suficientes fanáticos de la informática como para querer comprarlo.

Y Gil lo hizo.

La cuestión de las ventas no lo emocionaba tanto como los

sistemas informáticos, pero en una breve cantidad de tiempo, consiguió dar respuesta a todas las preguntas que le hicieron y salir de la reunión con la promesa de que volverían a ponerse en contacto con él.

Una vez fuera, Gil le dijo a Annis:

–Tengo que ir a ver una cosa, ¿quedamos a última hora de la tarde en el hotel?

–Voy a ir a ver a mi hermana antes de marcharme –respondió Annis.

–En ese caso, será mejor que nos encontremos en el avión –alzó la mano para parar un taxi.

Annis vio algo en su rostro que le hizo decir:

–¿Qué te propones, Gil?

Él la miró, divertido.

–¿Por qué lo preguntas?

–Porque podría pensar que luchar por la vida comercial de tu empresa te resulta excitante, pero la verdad es que hasta ahora no te había visto con una expresión tan luminosa.

–Ya, se trata de un auténtico desafío.

Annis elevó los ojos al cielo.

–No me lo digas: ayer por la noche conociste a un genio de la informática en el club. Y piensas contratarlo.

Gil soltó una carcajada.

–Espera y verás –contestó, y se metió en el interior de un taxi.

Annis pateó el suelo helado, resopló con frío y se volvió caminando hacia al hotel.

Gil no tuvo mucha suerte en el edificio de Tina. Una mujer con gafas de media luna y naturaleza recelosa se negó a decirle cómo se llamaba de verdad. Había seis nombres para escoger en los buzones y ninguna de las iniciales era una T.

Así que no se llamaba Tina. Se acercó al café en el que habían terminado la noche, pero allí tampoco parecían conocerla. O, si la conocían, no querían admitirlo.

De hecho, tampoco le prestaron demasiada atención. Una de las camareras llevaba una rosa de tallo largo atada al cinturón y las dos camareras exclamaron entusiasmadas al ver un enorme ramo de rosas envuelto en celofán que les había comprado un transportista.

–¿Es el cumpleaños de alguien? –preguntó Gil, intentando ganarse su simpatía.

Las chicas lo miraron con expresión burlona.

–Es el día de San Valentín –no añadieron «idiota», pero iba implícito en el tono.

–El día de San Valentín –repitió Gil, admirado por el descubrimiento–. Justo lo que necesito.

Bella fue temprano a trabajar después de su agitada noche. Nadie en la oficina lo notó. Todos estaban demasiado concentrados en sus asuntos. Y, más tarde, cuando hubo terminado la reunión del día, la habitación de espejo, y cristal se llenó de gritos al ver las cestas llenas de flores que iban llegando.

–Oh, mira esa –dijo Sally, señalando una cesta de rosas carmesí, que reposaba sobre la mesa circular en la que Bella trabajaba aquel día–. Alguien está enamorado de ti.

–No creo –contestó Bella alegremente–. Esas rosas deben ser para Rita.

–Lo dudo. Ninguno de sus hombres la sobrevive lo suficiente como para enviarle flores –replicó Sally.

Bella soltó una carcajada.

–En cualquier caso –insistió Sally–, quédatelas. No querrás ser la única mujer de la oficina a la que no le envían rosas el día de San Valentín, ¿verdad?

–No sabía que era una competición.

–Eso es porque hasta ahora no habías trabajado en una oficina. Por supuesto que es una competición.

–Me temo que en Inglaterra no nos tomamos tan en serio el día de San Valentín.

Sally la miró asombrada.

–¿Nada de rosas? ¿Ni de gestos románticos?

–Sí que se reciben tarjetas, pero normalmente son de broma –admitió Bella.

Sally musitó algo acerca de la estupidez y la falta de imaginación de los hombres ingleses.

Pero Bella no quería oír hablar de hombres ingleses. Tenían la mala costumbre de susurrar «déjame subir a tu apartamento» al oído, cuando debería haber estado concentrada en su trabajo o en reunir valor suficiente para ir a la boda de su hermana. Así que contestó precipitadamente: –Quizá el problema sea yo. Al fin y al cabo, tampoco me ha enviado flores ningún neoyorquino.

–Eso es porque nunca quieres ir más allá de la primera cita. Incluso así, no me sorprendería que el tipo que se encarga de las finanzas…

–No lo creo.

–¿Por qué no? Si hasta Caruso recibe flores cuando todo el mundo sabe que se come a un hombre vivo cada vez que hay luna llena; seguro que tú también tienes alguna probabilidad de recibir flores.

–Rita es una mujer poderosa. Yo no escribo artículos sobre nadie.

–Tan joven y tan descreída –musitó Sally. Y sonrió de repente–. Estás aprendiendo, inglesa.

Bella soltó una carcajada, pero aun así, ser la única mujer sin flores de la oficina le resultó sorprendentemente incómodo. Mientras intentaba hacerse un hueco entre la multitud que abarrotaba el metro cuando se dirigía al encuentro de su hermana, se aseguró a sí misma que se alegraba de no tener que luchar con un ramo. Pero el habitual olor a humedad y sudor de los vagones, aquel día iba aderezado con la fragancia de las flores de invernadero.

Annis estaba esperándola en el vestíbulo del hotel con su bolsa del viaje en la mano.

–¿Ya no piensas volver al hotel? –le preguntó Bella, sorprendida.

–Iré directamente al aeropuerto. Así tendremos toda la tarde para nosotras.

–Magnífico –contestó sin demasiado entusiasmo.

No fue Annis la primera en sacar el tema de la boda.

–Pensé que habíais decidido hacer una ceremonia sencilla –dijo Bella, en un momento en el que estaban hablando de Lynda–. ¿Cómo has dejado que mamá lleve las cosas a ese extremo?

–Hay que ser realista. Tony es un hombre rico y famoso. Y Kosta… –sus ojos se iluminaron al recordarlo–, también es conocido en determinados círculos sociales.

Bella sonrió. Le costó un gran esfuerzo, pero merecía la pena hacerlo. No podía fingir que Kosta no existía. Annis podría sospechar algo.

–Claro que sí. Es un hombre muy codiciado. Me temo que la mitad de Londres va a sufrir cuando lo saques de circulación.

–Tienes toda la razón. Y deberías pensar en ello.

–¿Por qué?

–La mitad de Londres de la que tú hablas examinará con lupa las fotografías de la boda y se dará cuenta de que no estás allí. ¿Y qué crees que dirán de la hermana ausente?

Bella no había pensado en ello. Annis tenía razón. Era probable que algún columnista sugiriera que la hermana de la novia estaba

demasiado celosa para asistir a la boda.

–Puedes impedir que aparezca algún comentario en prensa –murmuró.

–Podemos intentarlo. Pero no creo que lo consigamos –Annis se interrumpió–. En cualquier caso, el problema no es solo la prensa, ¿verdad?

–Yo pensaba que habías dicho…

–Bella, somos hermanas. Quiero que vengas a mi boda.

Bella apretó los dientes hasta que le dolió la mandíbula.

–Sí, lo sé, y siempre he pensado que estaría allí, detrás de ti, sosteniendo el ramo y asegurándome de que no te caigas.

Annis rio divertida.

–Bueno, entonces….

Por un instante, Bella se preguntó si esconder sus sentimientos habría sido la mejor opción. Quizá hubiera sido más saludable para todo el mundo que desde el primer momento dijera la verdad.

Annis la vio vacilar y malinterpretó su gesto.

–Por favor –le suplicó.

¿Qué podía hacer Bella en aquella situación?

–Pensaré en ello.

–Nunca he sacado el tema a colación, pero supongo que sabes cómo deberían ser las cosas: tú querrías ser mi dama de honor y yo querría que lo fueras.

–Lo sé –se mostró de acuerdo Bella, sintiéndose muy triste.

Y como a pesar de todo Annis continuaba siendo su mejor amiga, le dio un enorme abrazo y dijo:

–Y ahora vamos a comer y te hablaré de mi vida en Nueva York. Y la próxima vez que vengas te quedarás conmigo. Oh, me alegro tanto de verte…

Y era cierto. Claro que era cierto. Para cuando Annis llamó a un taxi para que la llevara al aeropuerto, ambas estaban riendo como colegialas. Era como si nunca hubieran estado separadas.

Aquella sensación la acompañó mientras viajaba en el metro. Y continuaba sintiéndose así cuando caminaba hacia su edificio. Afortunadamente, estaba convencida de que aquello no podía ser el final de tantos años de amistad.

–Hola, Bella –dijo una voz por encima de su cabeza.

Bella se sobresaltó y resbaló, cayendo torpemente en la acera. Miró furiosa a su alrededor.

La señora Portney estaba asomada a la ventana. Bella alzó la mirada, boquiabierta. A nadie se le ocurría tener las ventanas abiertas con un tiempo como aquel.

–Estaba esperándote –dijo la señora Portney, a modo de explicación–. Tengo algo para ti, creo. Será mejor que subas.

La señora Portney, además de no moverse casi nunca del edificio, era una gran aficionada a los chismorreos.

Intentando disimular su desgana, Bella se acercó a grandes zancadas hasta su puerta. Encontró a su vecina emocionada.

–Es tan romántico –exclamó, después de hacerla pasar a su casa–. Y parecía muy atractivo, también. Por supuesto, no le he contado nada sobre ti. Me ha dicho que solo te había visto una vez. Es como una película.

Bella tuvo inmediatamente un presentimiento.

–¿A qué se refiere?

La señora Portney la condujo hasta una sala en la que no habían cambiado los muebles desde los años cincuenta. No paraba de hablar.

–Ha debido de elegir las flores personalmente.

Las sospechas de Bella comenzaban a cristalizar.

–¿A quién se refiere?

–Puedes comprobarlo por ti misma –respondió, retrocediendo con un gesto teatral.

Las flores lo merecían.

Bella se quedó mirándolas fijamente. No había visto un ramo tan grande en toda su vida.

Realmente, parecía que su desconocido admirador había elegido personalmente las flores. Ninguna florista profesional habría agrupado una colección de rosas que reunía todas las tonalidades posibles del rojo. Quienquiera que fuera el que le había enviado aquel ramo, no era un hombre moderado. Sintió un agradable cosquilleo al pensar en ello.

–Caramba. Hace daño a la vista –comentó casi involuntariamente.

¿Qué había dicho Sally? ¿Que los ingleses no tenían imaginación?

La señora Portney sonrió.

–Supongo que piensa que es tu color favorito.

Bella no preguntó quién. No necesitaba hacerlo.

La señora Portney le tendió una hoja de papel.

Bella no reconoció ni la firma ni la dirección, pero sí el nombre que aparecía arriba.

Para Tina, la bailarina de tango:

Feliz día de San Valentín. Pronto volveremos a bailar. Si no me

pongo en contacto contigo esta noche, llámame.

Llámame de todas formas.

A eso le seguía toda una ristra de números y direcciones. Así que su amigo era Gil@dcourt.com. Pero no hacía falta que se molestara en poner su nombre… Ni en recordarle cuándo y dónde se habían conocido. Pero él no tenía por qué saberlo, pensó Bella al instante.

–¿Quieres un café? –le ofreció la señora Portney, mirándola intrigada.

–Gracias –contestó Bella, todavía enfadada.

¿Cómo se atrevía a enviarle un mensaje tan imperioso sin firmarlo siquiera?

–¿Te gusta el rojo? –le preguntó la señora Portney, cuando volvió con el café y unas galletas.

–Lo odio –replicó Bella.

La señora Portney pestañeó. Bella se arrepintió al instante. Se recordó a sí misma que su vecina no tenía la culpa de que Gil le hubiera enviado aquel mensaje.

–Me ha dicho que había estado en el mercado de las flores –le explicó la señora Portney en tono conciliador.

–Muy oportuno –dijo Bella entre dientes–. Pero hacen daño a los ojos.

La señora Portney suspiró con placer.

–Es el color del amor. El color de la pasión. Recuerdo que cuando yo tenía tu edad, mi Sam…

Amor, pensó Bella, pasión… Por el amor de Dios. Un baile, una conversación y un beso no eran suficientes para despertar la pasión.

Pero no estaba teniendo en cuenta la calidad del beso. Incluso en aquel momento, después de las horas que habían pasado, se estremecía al recordar la repentina y total conciencia física de él y de sí misma. Y del frío de la noche. Y de la sangre corriendo a toda velocidad por sus venas. Y del calor de su abrazo, y de la facilidad con la que podrían haberse desprendido de la ropa.

¿Habría sido aquello alguna clase de pasión?

Si lo era, pensó Bella, no quería tener nada que ver con ella. Ya había hecho caso de su instinto cuando se había enamorado de Kosta y había terminado completamente sola, separada de su familia y amigos.

No, Bella Carew no iba a escuchar nunca más a su intuición. Los besos apasionados eran divertidos, pero no eran ningún indicador de futuro. Y era en el futuro en lo que tenía que concentrarse si quería superar la tristeza. De modo que lo que necesitaba era menos

intuición y una buena dosis de dignidad.

Y fue en ese momento cuando Bella tomó tres decisiones: haría de dama de honor en la boda de su hermana; jamás llamaría a un hombre que no estuviera dispuesto a darle su nombre completo; y al día siguiente iba a llevarse aquel ramo al trabajo.

Capítulo 4

BELLA intentó sacar a Gil de su mente. Lo intentó de verdad.

Él no volvió a ponerse en contacto con ella y Bella se decía que se alegraba. Por supuesto que sí. Las flores se habían marchitado, y con ellas, se aseguraba a sí misma, se iría también aquel incómodo eco que la perseguía en sueños.

El cielo sabía que tenía muchas cosas que hacer. Rita Caruso había aceptado darle unos días de vacaciones para que pudiera asistir a la boda de su hermana. A cambio, le había encargado una enorme cantidad de trabajo.

Cuando por fin salió aquel día de la oficina, el resto de la jornada fue igualmente ajetreada. Tenía que comprarse ropa nueva para poder demostrar a todo el mundo lo bien que le iban las cosas en Nueva York. Y sacar el billete de avión. Y comprar un regalo de boda, aunque eso le parecía prácticamente imposible.

¿Qué podía regalarle al amor de su vida cuando pretendía casarse con otra? ¿Y qué regalarle a una hermana cuando iba a contraer matrimonio con su única esperanza de felicidad?

En cualquier caso, con todas las tareas que tenía pendientes, consiguió no pensar en la falta de noticias de Gil más de tres veces al día.

Y para cuando llegó el momento de volver a Londres, solo unos días antes de la boda, prácticamente había conseguido olvidarlo.

Casi.

Iba a ver a Annis muy pronto. El avión aterrizó a las diez de la mañana y sabía que el encuentro no podía postergarse. Solo llevaba una bolsa de mano, de modo que no tuvo que esperar a que descargaran el equipaje. Estaba extrañamente nerviosa, como si fuera a ver a un hostil desconocido, en vez de a la hermanastra que siempre había sido su mejor amiga.

Quizá el problema fuera ir al piso de Annis y tener que enfrentarse a los cambios que se habían producido en la vida de su hermana desde la última vez que había estado allí. A esa hora, Kosta estaría trabajando, por supuesto, de manera que no tendría que verlo todavía. Pero sus cosas estarían por allí.

–Podré soportarlo –dijo entre dientes–. Por supuesto que podré

soportarlo.

Pero sentía el estómago revuelto cuando salía de la terminal para tomar un taxi.

El taxi tenía teléfono y aprovechó para llamar a Annis.

–El avión ha llegado antes de lo que esperaba. ¿Sigue pareciéndote bien que vaya directamente a tu casa?

–Claro –Annis tenía una voz adorable, cálida y llena de alegría. Su cariño ayudó a suavizar los problemas estomacales de Bella.

–Acaba de llegar un cliente –aunque Annis valoraba en mucho su intimidad, había clientes que llegaban a convertirse en amigos y a veces los citaba en su piso–, pero habremos terminado para cuando llegues.

–¿Estás segura?

–Desde luego. Date prisa. Iré preparando el café.

–Te he echado de menos –dijo Bella, casi involuntariamente.

–Yo también. Estoy deseando verte.

Annis colgó. Bella se recostó en el asiento, intentando dominar las lágrimas, pero sonrió.

Cuando llegó al lujoso edificio de apartamentos, casi entró bailando en el vestíbulo. Saludó con un gesto al portero y subió canturreando en el ascensor. Cuando Annis le abrió la puerta, Bella lo abrazó con un grito de alegría.

–Oh, es tan maravilloso estar en casa. Te he echado mucho de menos. Tienes un aspecto maravilloso. Cuéntame…

Las palabras murieron en su garganta.

Detrás de Annis, con expresión insondable, estaba el hombre que tanto se había esforzado en olvidar.

Bella dejó caer los brazos soltó un grito de pánico.

–¡Oh, no!

Annis no la comprendía, por supuesto. Le dirigió una rápida y perpleja mirada antes de decir:

–No pasa nada. No has interrumpido una reunión. Gil estaba a punto de marcharse.

Gil. No parecía desconcertado en absoluto. Bella lo miró a los ojos.

Estaba esperándola, pensó, con repentina certeza. ¿Pero cómo sabría quién era? Apretó los dientes.

–¿Bella? –le preguntó Annis extrañada.

–Eh… lo siento.

No sabía por qué se estaba disculpando, pero necesitaba llenar aquel horrible silencio mientras Gil la miraba sin decir absolutamente nada.

Bella levantó su bolsa de viaje. Se sentía terriblemente débil. Intentó mirar a cualquier parte que no fuera el rostro de Gil mientras se la colocaba al hombro.

Y fue entonces cuando él se decidió a hablar.

–Gil de la Court –le tendió la mano.

Bella no se movió. Conocía demasiado bien aquella voz. Había compartido su almohada más a menudo de lo que le gustaba recordar. Miró su mano, hipnotizada.

Cada vez más perpleja, Annis la presentó:

–Mi hermana, Isabella Carew.

–Encantado de conocerte –contestó Gil, en un tono completamente indiferente.

Bella se sentía como si estuviera en medio de una pesadilla. Gil le tomó la mano y se la estrechó brevemente antes de volverse hacia Annis.

–Te llamaré cuando me haya enterado de lo que tienen que decir los banqueros.

–Magnífico. Si quieres, podemos vernos más tarde.

–¿De verdad? –preguntó él en tono escéptico.

Annis se echó a reír.

–No me caso hasta el sábado, Gil. Hasta entonces soy toda tuya.

Bella dio un respingo. Y Annis la miró sorprendida y preocupada al mismo tiempo.

Pero a Gil de la Court no lo sorprendió en absoluto.

–Supongo que tu hermana piensa que deberías concentrarte en los preparativos de la boda.

–De ningún modo. También tengo que ocuparme de mi trabajo –repuso Annis con vehemencia–. Buena suerte con los banqueros. Hasta luego.

–Adiós, Annis –le hizo un gesto a Bella y dijo en un tono absolutamente indiferente–: Encantado de conocerte.

¿Indiferente? ¿Cómo podía mostrarse indiferente?

Le había enviado flores. Todas rojas, del color de la pasión. Y había intentado pasar una noche con ella.

A Bella le entraron ganas de gritarle. Pero, por supuesto, no lo hizo.

Sabía por qué se mostraba indiferente. Aquello había sido entonces, el momento había pasado. Entonces ella era una chica atractiva aficionada a la salsa. En aquel momento era la hermana de su asesora.

–Adiós –le contestó sin ningún entusiasmo.

Annis cerró la puerta y fijó la mirada en el pálido rostro de su

hermana.

–¿Estás sufriendo los efectos del ajuste horario?

Bella agradeció la posibilidad de tener una excusa.

–Ayer estuve trabajando hasta tarde. De la oficina me fui directamente al aeropuerto.

Annis arqueó una ceja. Aquello no parecía propio de Bella.

–¿Tan interesante era el trabajo?

Bella soltó una carcajada. Parte del color volvió a su rostro.

–Necesario. No tenía derecho a vacaciones. He conseguido que me dieran unos días libres porque mi jefa adora las bodas. Además cree que podré regresar con un artículo sobre las bodas en la alta sociedad londinense.

Annis la condujo a la cocina, donde el aroma del café le dio la bienvenida.

–Pues tendrás que inventártelo. Esta va a ser una ceremonia a la que solo acudirán la familia y los amigos –Annis rodeó a su hermana por la cintura y exclamó–: Oh, cuánto me alegro de que estés aquí. Tengo la desagradable sensación de que me va a entrar un ataque de pánico cuando me vea en la puerta de la iglesia.

–¿Quieres decir que necesitas que te impida escapar?

Annis le sirvió un café.

–Quizá. Este es un gran paso en mi vida.

–Y a ti siempre se te han dado bien los grandes pasos –dijo Bella animadamente–. Mira cómo has levantado tu propio negocio.

–Esto es diferente.

–Sí, claro.

–Claro que lo es –Annis alzó rápidamente la mirada. Parecía preocupada–. Yo sabía que podía llevar un negocio, que es algo que se me da bien. Pero no soy tan buena en… –se interrumpió.

–¿Te refieres a los hombres? De acuerdo, has cometido algunos errores, pero eso le pasa a todo el mundo.

–No, tú nunca te has metido en tantos líos como yo. No has tenido que soportar rupturas dolorosas. Cuando le dices adiós a un hombre, continuáis siendo amigos.

–Quizá sea porque con ninguno me he sentido realmente comprometida –contestó Bella alegremente, aunque le dolía–. Ya me conoces, cerebrito. Tan fácilmente como vienen, se van.

Se dirigió hacia la elegante sala de la casa de Annis y se dejó caer en el sofá. Se quitó los zapatos y subió los pies.

–Cuéntame quién va a estar en ese lío que habéis organizado.

Annis hizo una mueca.

–Afortunadamente, la iglesia es muy pequeña. Eso es lo único

que ha conseguido ponerle límites a Lynda. Vendrán unas doscientas personas. La familia de Kosta se desplazará desde todos los rincones del mundo.

–Estupendo –dijo Bella sin ningún interés–. ¿Y también va a ir Gil?

–Por supuesto. ¿No te ha gustado?

Bella se encogió de hombros.

–Parece el típico hombre de negocios, un tipo aburrido –estaba realmente orgullosa de la indiferencia que estaba consiguiendo imprimir a su voz.

Annis soltó una carcajada.

–Deberías oír hablar de él a sus empleadas. Lo consideran como una mezcla de Robin Hood y el dios Apolo.

–¿De verdad?

–Bueno, en este momento está intentando salvar su empresa y, con ella, sus puestos de trabajo –le explicó Annis–. Ha conseguido que su compañía desarrolle las más altas tecnologías. Además, se ha comprometido a compartir los beneficios con sus trabajadores. Creo que incluso para mí es una especie de héroe.

Bella enterró la nariz en el café, sin decir nada. Parte de ella se sentía exultante ante aquellas alabanzas. Y no sabía por qué, la otra parte de ella, la más sensata, se sentía incómoda.

–Háblame de mi vestido –dijo, intentando cambiar de tema.

–Será una especie de túnica, como el mío, pero de color azul.

–¿De color azul cielo, como una niña pequeña?

–No, no. Un color mucho más sofisticado.

Bella apretó los labios.

–Bueeno –repuso, burlona–. Pero nada de tules ni encajes, ¿de acuerdo?

Annis reprimió una sonrisa.

–Nada de tules y nada de encajes –se mostró de acuerdo.

–Entonces me lo pondré. He traído un vestido de Nueva York, pero puedo dejarlo para el baile de después de la boda. Porque habrá baile, ¿verdad?

–Conoces demasiado bien a mamá –dijo Annis con pesar–. Le dijimos que no, pero no nos hizo ni caso. De modo que habrá baile.

–Magnífico –dijo Bella con entusiasmo.

Montones de músicos y antiguos amigos con los que bailar. Con un poco de suerte, podría reducir su conversación con Kosta al mínimo.

–Tú y tus fiestas –dijo Annis con cariño–. Lynda ha dicho que ha llamado la mitad del condado a casa para saber si ibas a quedarte.

–Me voy el domingo. Tengo un trabajo en el que pensar. Y ahora, enséñame el vestido. Y te lo advierto, cualquier insinuación de cursilería y me largo.

Pero era un hermoso vestido de seda, con un remate de color turquesa en el cuello y las mangas bordadas en oro.

–Es precioso –dijo Bella, volviéndose para mirar su imagen en el espejo–. Y ahora, veamos el tuyo.

Annis iba a llevar también un vestido suelto, aunque el suyo era de color crema y con un brocado de perlas.

–Increíble –dijo Bella sin envidia–. Es ideal para ti. ¿Cuándo comenzó tu pasión por los vestidos orientales?

Annis se mordió el labio.

–Precisamente, de eso quería hablarte.

Bella la miró alarmada.

–Annis, estoy dispuesta a hacer lo que quieras, pero esperaba que esta fuera una boda inglesa estándar.

–No, no –dijo Annis divertida–. Será una clásica boda inglesa. Pero hemos tenido que ser flexibles a la hora de tomar las medidas. De hecho, hay algo que creo que debería decirte.

Pero en ese momento sonó el teléfono. Annis contestó y mantuvo una breve conversación. En cuanto colgó, volvió a sonar. Y así continuó durante casi una hora.

–Lo siento –le dijo a su hermana, interrumpiendo su última conversación–. Gil está a punto de realizar un importante lanzamiento. Ha estado intentando mantener el secreto. Quería anunciarlo para finales de abril. Pero parece que todo se nos está yendo de las manos.

–¿Ah sí? –Bella no podía parecer más aburrida.

–Probablemente tenga que convocar una conferencia de prensa. Algo que él odia.

–¿No le gusta la publicidad?

–No le gusta hacer nada hasta que no se siente perfectamente preparado.

¿Ah, no?, pensó Bella. La voz volvió a susurrarle al oído: «déjame subir a tu apartamento».

–Qué aburrido.

–En realidad es un hombre adorable, pero reconozco que no es tu tipo –admitió Annis. Y continuó con su conversación telefónica.

Bella tomó unas revistas y se puso a hojearlas.

¿Que no era su tipo? ¿Por qué?, se preguntó enfadada. Aunque no sabía el motivo de su irritación, y eso la enfadaba todavía más.

Cuando Annis terminó por fin de hablar por teléfono, Bella dejó

la revista a un lado y se levantó.

–Debería irme a casa.

–¿Por qué tan pronto? Todavía no hemos podido hablar.

–Ni parece que vayamos a tener muchas posibilidades de hacerlo.

–Estando yo metida hasta las cejas en la conferencia de prensa de Gil, quieres decir –respondió Annis, agobiada–. Lo siento, de verdad. No podría haber ocurrido en un momento peor.

–No te preocupes. Ya nos veremos más tarde.

Annis la miró todavía más agobiada.

–No creo que podamos. Los padres de Kosta están en la ciudad y estamos intentando conocernos. Porque supongo que no te apetecerá venir a una cena familiar esta noche, ¿verdad?

–No –contestó Bella, horrorizada.

–No, claro.

Sonó el teléfono.

–Contesta –dijo Bella, tomando su bolso y el elegante vestido de dama de honor–. Ya tendremos oportunidad de hablar en otro momento.

Y salió del apartamento dejando a Annis hablando por teléfono. Se sentía muy extraña.

Pero nada le resultó tan extraño como llegar a casa y encontrarse con un distraído beso de su madre, en vez de la calurosa bienvenida que esperaba. Lynda Carew había intentado persuadir a su hija para que celebrara la boda del siglo. Había planificado una ceremonia en una catedral, una fiesta en un castillo medieval y fuegos artificiales a media noche. Como Annis y Kosta se habían opuesto a sus padres, había decidido emplear su considerable talento organizativo en celebrar la ceremonia más elegante del siglo.

Bella se metió en el baño en cuanto le hubieron tomado medidas para ajustarle el vestido. Y acababa de salir cuando su madre y su padre la dejaron para ir a cenar con la familia de Kosta.

Bella salió a la escalera envuelta en una toalla para despedirlos.

–¿Estás segura de que estarás bien? –le preguntó Lynda preocupada.

–Contenta y dispuesta a disfrutar de la noche –le aseguró Bella.

–No montes tanto alboroto –gruñó Tony Carew–. Seguro que en cuanto nos vayamos encarga una pizza y se pone una película infantil.

Bella no lo negó. Al poco tiempo de casarse su madre con Tony, había descubierto que ella y su padrastro compartían una pasión

por las películas infantiles que los otros dos miembros de la familia no comprendían.

–Claro que sí.

Pero en cuanto sus padres se fueron, la sonrisa desapareció de sus labios. Aquella boda, pensó, estaba creándole más dificultades de las que pensaba.

Se puso un antiguo batín de la universidad y fue al cuarto de juegos que antes compartía con Annis.

Allí estaba todo. Sus cuentos favoritos, el conejo despeluchado, las muñecas que Annis vestía para ella, la caja de acuarelas, en la que faltaba el color turquesa porque siempre había sido su color preferido… Bella tragó saliva.

En ese momento, sonó el timbre de la puerta principal.

Decidió no abrir. Pero luego pensó que quizá sus padres hubieran olvidado la llave o algo parecido. De manera que bajó precipitadamente las escaleras, sin molestarse siquiera en calzarse.

–¿Os habéis olvidado el informe de la familia? –bromeó mientras abría la puerta de par en par.

Por segunda vez aquel día, se encontró cara a cara con Gil de la Court.

–¡Oh!

Gil no había sido capaz de creérselo la primera vez que había visto su fotografía en el piso de Annis. Durante algún tiempo, incluso se había acusado a sí mismo de estar tan obsesionado que no era capaz de quitarse a aquella chica de la cabeza.

Pero pronto se había dado cuenta de que no era un espejismo. De hecho, comprendió que debía de haber estado viendo aquella fotografía durante meses, sin fijarse realmente en ella. Esa debía ser la razón por la que nada más ver a Bella había tenido la sensación de reconocerla.

Y, sabiendo por fin quién era y que coincidiría con ella el día de la boda de Annis, había conseguido concentrarse en los planes para salvar su compañía.

Nunca se le había ocurrido preguntarse cómo reaccionaría Bella cuando lo viera. Pero en cuanto había llegado, había comprendido que no tenía sentido intentar hablar con ella delante de Annis. Entre otras cosas, porque Bella no había parecido en absoluto complacida con el curso que habían tomado los acontecimientos.

De modo que había decidido mantener un tono frío e inexpresivo. Al marcharse de casa de Annis, había podido sentir la

frustración de Bella tras él.

Cuando llegó a la puerta de los Carew, esperó unos segundos antes de decidirse a llamar al timbre. ¿Cómo lo recibiría aquella noche? No le iba a dar una bienvenida, de eso estaba seguro. Pero tampoco contaba con ello. Más adelante, cuando lo hubiera perdonado por haber ido a buscarla, quizá lo hiciera.

Llamó. Y cuando Bella abrió la puerta se quedó sin habla.

¿Un viejo batín con el escudo de la universidad? ¿Descalza? Aquella no era su sensual bailarina.

Gil observó la risa desaparecer de su rostro. Y aquel cambio de expresión fue como una ráfaga de aire siberiano en pleno rostro.

–Hola –contestó cuando consiguió recuperarse.

–¿Qué estás haciendo aquí? –preguntó Bella.

–Deberías haber sabido que pensaba venir en cuanto pudiera.

–Pues resulta que no lo sabía.

–Entonces eres mucho más ingenua de lo que dice tu hermana. ¿Vas a dejarme pasar o vamos a gritarnos el uno al otro en la puerta?

–Yo no estoy gritando.

Gil sonrió.

Bella se aferró a la puerta con firmeza.

–No sé qué estás haciendo aquí.

–Claro que lo sabes.

–Y –continuó Bella, sin tomar en cuenta su interrupción– he tenido un día agotador. Así que quiero acostarme pronto.

–Eso suena bien.

–Sueñas despierto.

–En eso tienes razón. Por cierto, ¿qué tal van los tuyos?

–¿Mis qué?

Gil se inclinó contra el marco de la puerta, como si estuviera dispuesto a quedarse allí toda la noche.

–Tus sueños.

–Estupendamente, gracias.

–Deberías hablarme de ellos. Y ahora, ¿vas a dejarme pasar?

–¿Debería?

–Ahora que sabes quién soy, puedes correr el riesgo.

–¿Estás insinuando que si la última vez hubiera sabido quién eras te habría dejado subir a mi casa?

–Claro.

–¿Y por qué iba a hacer algo así?

–Porque estas cosas solo suceden una vez en la vida.
–Debes tener una vida muy aburrida.
Gil no respondió a aquel comentario. Se inclinó hacia ella y bajó la voz, adoptando un tono terriblemente íntimo.
–¿Dónde está esa Tina a la que conocí?
Se miraron a los ojos. Bella se estremeció…. y continuó en silencio.
Gil se enderezó.
–Tienes frío –dijo en un tono completamente diferente.
–Yo… –estaba a punto de negarlo, pero se interrumpió. Era una buena razón para justificar sus temblores–. Será mejor que entres.
Y condujo a Gil al elegante salón de sus padres, decorado en tonos claros y con una sorprendente colección de arte, a la que Gil no dedicó una sola mirada. De hecho, no apartaba los ojos de Bella ni un instante.
–¿Y bien?
–¿Por qué no me llamaste?
–¿Por qué debería haberlo hecho?
–Habíamos dejado un asunto sin terminar.
–¿Ah sí? No lo recuerdo.
–Recibiste mis flores. Tenías todos mis números de teléfono. ¿Por qué no te pusiste en contacto conmigo?
–Creo que tú mismo podrías contestar a esa pregunta.
–¿Qué? –preguntó Gil, mirándola con incredulidad.
–No acepto órdenes –anunció Bella–. Y menos de personas a las que no conozco –añadió.
No terminaba de comprenderse a sí misma. Normalmente era Annis la que se mantenía siempre en sus trece y se negaba a recibir órdenes. Bella era mucho más conciliadora. Pero aquel hombre no la hacía sentirse conciliadora en absoluto.
Gil sacudió la cabeza con incredulidad.
–Estuvimos hablando. Tú sabías tanto de mí como yo de ti.
–Ni siquiera sabía cómo te llamabas.
–Pero sabías más de mi nombre que yo del tuyo.
–Exacto –replicó Bella triunfante–. Soy una mujer moderna. Sé cómo defenderme de los acosadores.
Se hizo un corto y tenso silencio.
–Sabías que no era un acosador. En caso contrario, no habrías aceptado tomarte un café conmigo.
–Eso fue antes de que intentaras subir a mi casa.
–Así que te acuerdas…
Oh, claro que se acordaba. Bella sintió calor, frío… y otra vez

calor. Pero aquel hombre no iba conseguir que se sonrojara, se prometió. Claro que no.

–Creo que ya es hora de que te vayas.

–Cobarde –respondió Gil, suavemente.

Bella se negaba a mirarlo a los ojos.

–En absoluto. Pero mi familia…

–Están todos cenando fuera. Y no volverán hasta dentro de unas horas.

–¿Cómo demonios lo sabes?

–Me lo ha dicho Annis.

A Bella no se le ocurría qué decir.

–Así que has estado espiándome –pero hasta a ella le sonaba falsa su indignación.

–Simplemente, recopilando información. Francamente, hasta ahora no había tenido tiempo de hacerlo.

–¡Que no habías tenido tiempo! ¿Te estás disculpando por no haberme espiado?

–Bueno, es obvio que pretendes que me disculpe por algo.

–No quiero que te disculpes por ninguna maldita cosa –contestó Bella entre dientes.

Lo cual, por supuesto, le proporcionó a Gil exactamente la ocasión que estaba buscando.

–Magnífico. En ese caso, ya podemos empezar a hablar de lo que va a pasar a partir de ahora.

Bella se irguió todo lo alta que era.

–Yo me voy a ir a la cama ahora mismo –dijo con énfasis–. Y tú…

Gil volvió a interrumpirla.

–No, todavía no. Es una buena idea, pero creo que es demasiado pronto.

Bella se quedó mirándolo fijamente, demasiado atónita incluso para enfadarse.

–Pero lo haremos –continuó Gil con una sonrisa odiosamente amable–. Te lo prometo. Aunque no esta noche.

Bella estuvo a punto de tirarle un jarrón de porcelana a la cabeza.

–Y cuando pienses en ello, estarás de acuerdo conmigo en que es mejor así. Es halagador. Pero no quiero que nos precipitemos.

–No era eso lo que quería decir, y lo sabes –gritó Bella.

–Y ahora, enséñame dónde está la cocina. Es evidente que tienes frío, te sentaría bien algo caliente.

–Ni tengo frío ni me apetece tomar nada caliente. ¿Cuántos años

crees que tengo?

Gil se tomó muy en serio su pregunta. Aquello le dio la oportunidad de dejar que su mirada vagara por todo el cuerpo de Bella.

–Yo diría que entre cuatro años y bastante siglos.

Bella se quedó tan desconcertada que se olvidó hasta de lo enfadada que estaba.

–¿Qué? ¿Por qué?

–Tus ojos –dijo con una total sangre fría–. Son tan viejos como los de Cleopatra y dos veces más peligrosos.

Bella se quedó boquiabierta. Los hombres no decían cosas como esas. Nadie decía cosas como esas.

–Por otra parte, pocas personas permanecen de pie a la pata coja después de salir de la guardería –añadió amablemente.

Bella bajó la mirada hacia sus pies y rápidamente puso los dos en el suelo.

–Eso explica todas tus posibles edades –le dijo muy serio, pero con una risa bailando en su mirada.

–Sí –contestó Bella atónita–. Supongo que sí. Quiero decir… ¿estás loco, verdad?

–¿Cómo? –entonces fue él el desconcertado.

Bella comprendió que aquel era el momento de volver a tomar la iniciativa.

–Mi padre suele decir que algunos clientes de Annis son auténticos bárbaros. Brillantes, pero completamente locos. ¿Es usted muy inteligente, señor de la Court?

Gil soltó una breve carcajada.

–Vuelve a tutearme, por favor. Es más fácil insultar a alguien tuteándose.

Bella consiguió parecer sorprendida.

–Pero si yo no quiero insultarte.

–Claro que sí. Pero superarás esta etapa.

Bella tuvo que dominar una carcajada.

–¿De verdad?

–Sí, todo el mundo termina superándola, de verdad.

Cuando Gil sonreía de aquella manera, era como estar contemplando la salida del sol. Bella se habría arrojado a sus brazos sin pensar. A pesar de lo imprevisible que era, había una nota de cariño y seducción en su voz que parecía estar prometiendo el paraíso.

Bella se inclinó hacia delante. Lenta, muy lentamente. Sus ojos se encontraron. Y Bella se detuvo justo a tiempo.

–Increíble –musitó.

¿Él también lo habría notado? Por un instante, pensó que Gil de la Court parecía menos divertido que antes. Bella tomó aire antes de hablar.

–¿Qué es lo que quieres? –susurró.

–A ti.

La miraba de forma extraña. Bella no creía que estuviera mintiendo. No creía que fuera capaz de mentir en ese momento.

Tragó saliva.

–No me parece muy buena idea –pero no podía apartar sus ojos de él.

Y entonces Gil consiguió sorprenderla de verdad.

Alargó las manos para apartar el pelo de su rostro. Fue un gesto extraño, torpe, descontrolado. Ni siquiera parecía intencionado. Simplemente, sucedió.

Pero no fue su torpeza lo que la impactó. Fue su ternura. Bella se quedó completamente quieta, como si se hubiera convertido en piedra.

–Bella –susurró Gil, como si estuviera saboreando su nombre.

–Gil, no me conoces –contestó ella en voz alta. Tenía que romper el hechizo. Tenía que romperlo.

–¿Qué? –miraba su boca como si pretendiera arrebatársela.

–Solo has bailado conmigo una vez. Me has besado una vez y me has enviado un ramo de flores. No me conoces.

Gil no retrocedió, pero tampoco la besó. Y Bella descubrió que deseaba que la besara. No podía entenderlo. Había besado a montones de hombres. Para ella era algo tan fácil como respirar. Pero Gil era diferente. Le hacía derretirse con solo mirarla y, además, no estaba preparada para otro de sus besos. No, todavía no.

¿Preparada? ¿Todavía? Aquello parecía ir en serio.

–No sabes nada de mí –no añadió que, en aquel momento, ella tampoco parecía saber nada de sí misma.

–Entonces cuéntamelo tú.

–Yo…

–Estás asustada, ¿verdad? –parecía fascinado.

Aquello le hizo recuperar la cordura. Bella era la chica más popular de su calle. Sabía todo lo que había que saber sobre sexo. Sabía manejar a los hombres. De modo que también sabría manejar aquella situación.

–Claro que no estoy asustada.

–Entonces cuéntame qué es lo que no sé sobre ti.

–Cariño, me encantaría. Pero solo voy a estar en Londres hasta

el domingo por la noche. No sé si sabes que mi hermana se casa.

Gil hizo caso omiso de su ironía.

–Estupendo. Entonces déjame llevarte a la boda.

–No, no puedo. Quiero decir, voy a irme al campo. Mañana. Mi madre me necesita…

–Estás asustada –dijo Gil suavemente.

–No, claro que no. No tengo miedo ni de ti ni de nadie.

–Tienes miedo de mí. Y de ti.

–¿De no poder apartar mis manos de ti, quieres decir? –preguntó, burlona–. Ni lo sueñes.

–Entonces demuéstrame que estoy equivocado.

Bella sabía que la estaba manipulando. Claro que lo sabía. Pero no había rechazado un desafío en toda su vida. Y no iba a empezar a hacerlo en aquel momento. Inclinó la cabeza.

–De acuerdo. Entonces ven a buscarme mañana a las tres.

Tenía la sensación de que, como Annis había dicho que estaba tan ocupado, no tendría tiempo para nada. Pero Gil no vaciló ni un instante.

–Aquí estaré.

Capítulo 5

A LAS TRES en punto, un coche aparcaba en la puerta de su casa.

–Aquí está –dijo Lynda, evidentemente aliviada. Había estado apilando bolsas y cajas en el vestíbulo desde después del almuerzo.

–Así que ha venido –dijo Bella con voz extraña.

–¿Pensabas que te dejaría plantada?

–No debería estar aquí. He hablado con Annis esta mañana y me ha dicho que tenía que preparar las preguntas de la conferencia de prensa.

–Oh, entonces ha sido especialmente amable.

–Pero eso quiere decir que está haciendo novillos.

–Quizá sea eso lo que le apetezca –repuso Lynda, divertida.

Bella no contestó directamente. Observó a Gil saliendo de la limusina.

–Nunca he conocido a nadie como él –contestó, casi para sí.

Lynda colocó un par de cajas de zapatos sobre una caja.

–Bueno, la verdad es que tu padre y yo nos hemos alegrado de que se haya ofrecido a llevarte.

–Me lo imagino –dijo Bella secamente.

Lynda nunca había mencionado los sentimientos de Bella hacia su cuñado, nunca había admitido que hubiera alguna posibilidad de que le gustara, pero su preocupación era palpable.

Quizá lo supiera, pensó Bella alarmada. Quizá su instinto maternal se hubiera puesto en funcionamiento otra vez.

Pero Lynda estaba pensando en algo completamente diferente.

–No hemos dicho nada por supuesto, y estoy segura de que Annis no lo sabe, pero durante una temporada estuvimos pensando que quizá no habría boda.

Aquello sacó a Bella de su ensimismamiento. Se volvió sorprendida hacia su madre.

–Dime ahora mismo a qué te refieres.

–Él no ha dicho nada, por supuesto. Y es posible que esté equivocada.

–¿De qué estás hablando?

Gil estaba ya en el camino del jardín.

–A tu padre y a mí nos pareció que estaba un poco afectado por la boda de Annis. No vino a la fiesta de compromiso.

Bella estuvo a punto de decir que ya lo sabía. Si hubiera ido, lo habría reconocido al encontrarse con él en Nueva York. Pero no dijo nada. Estabas demasiado estupefacta.

–¿Gil de la Court está enamorado de Annis?

En ese momento sonó el timbre.

–Oh, yo no iría tan lejos –contestó Lynda, nerviosa–. Se comenta que él siempre mantiene a las mujeres a distancia. Pero con Annis no lo ha hecho. Alguna gente dice… bueno, eso ahora no importa. ¿Quieres abrir la puerta, cariño? Voy a buscar el velo al piso de arriba.

Bella corrió tras ella.

–¿Quién, mamá? ¿Quién lo dice?

Pero Lynda ya estaba subiendo las escaleras y el timbre de la puerta había vuelto a sonar. Bella renunció y abrió la puerta.

Gil le sonrió.

–¿Estás lista? –fue lo único que dijo.

–Sí, ya estoy preparada. A mi madre le gustaría que nos lleváramos algunas cosas. Pero si no tienes sitio, podemos dejarlas.

–Claro que hay sitio.

Señaló al coche. Bella lo miró. Vio una limusina negra enorme.

–Ya veo. Te gusta viajar con estilo, ¿eh?

Gil rio suavemente.

–¿Por qué me habrá parecido un insulto? No, normalmente no viajo en limusina. Pero he pensado que probablemente traerías una montaña de bolsas que no cabrían en mi coche. Así que he alquilado este.

Bella se mordió el labio.

–Siempre previéndolo todo. Estoy impresionada. ¿Quieres entrar o nos vamos ya?

–Cuanto antes mejor.

¿Eso querría decir que no quería hablar con Lynda? ¿Que había detectado que ella conocía su secreto? Pero Lynda bajó en ese momento balanceando la enorme caja del velo y Gil la saludó sin ningún signo de incomodidad.

–Gil, me alegro tanto de que lleves a Bella… –le dio un cariñoso abrazo–. Me gustaría poder ofrecerte que te alojaras con nosotros, pero la casa está llena.

–No te preocupes. Esa noche la pasaré en vela, participando en la despedida de soltero.

Lynda se echó a reír mientras lo observaba marcharse.

–No dejes que le gasten a Kosta ninguna de esas bromas horribles.

–Haré lo que pueda.

Metió la caja del velo en el coche. Bella lo siguió con más cajas y con su bolsa de viaje. Gil lo guardó todo con una precisión milimétrica.

–Voy a despedirme de mi madre y después ya podemos irnos.

En los escalones de la entrada, Lynda la abrazó.

–No te pierdas, cariño. Te veré a la hora de la cena. Esta será nuestra última cena en familia.

Bella tragó saliva, pero dijo valientemente:

–Y ya era hora de que llegara. ¿Cuánto tiempo pensabas seguir manteniendo el control sobre tus hijas? –besó a Lynda y le acarició la mejilla.

Gil le sostuvo la puerta antes de sentarse en el asiento del conductor.

–¿«No te pierdas»? –le preguntó, repitiendo las palabras de su madre.

Bella pestañeó rápidamente. ¿Por qué se le habría ocurrido a Lynda decirle una cosa así?

–Es una broma familiar –dijo, y volvió la cabeza.

Gil no le preguntó la dirección. Puso el coche en marcha y condujo por aquellas estrechas calles como si fuera un profesional.

–Entonces considérame como parte de la familia –dijo secamente.

Bella buscó un pañuelo en su bolso y se sonó ruidosamente.

–Oh, siempre he tenido fama de perderme en cualquier sitio. Mi padre me compró un coche el día que cumplí veintiún años, para que aprendiera a orientarme. Pero a veces me distraía con la radio o escuchando un nuevo CD, o viendo una puesta de sol… Y terminaba yendo a un sitio al que en realidad no pretendía ir.

–Suena interesante.

Bella rio suavemente.

–Bueno, para mí lo era, pero no para los demás. Terminaban esperándome durante horas hasta que llegaba a cenar.

–¿Esa es la razón por la que tu madre se ha alegrado tanto de que fuera yo el que te llevara?

Bella casi saltó en su asiento.

–Probablemente –contestó.

No quería hablar sobre lo que pensaba Lynda, ni de sus posibles sentimientos hacia Annis.

–Entonces no eres como Annis.

Era como si le hubiera leído el pensamiento. Bella se volvió para mirarlo.

–¿Qué?

–Annis me ha dicho que tú siempre has sido la rebelde y ella era, definitivamente, una buena chica.

Parecía hablar con cariño de Annis. ¿Pero podría decirse que estaba enamorado de ella? Bella no sabía qué concluir.

–Bueno, no exactamente una rebelde. Simplemente no era tan equilibrada como Annis.

–Nadie es tan equilibrado como Annis –respondió Gil entre risas.

¡Aquel cariño otra vez! Pero aquella no parecía la forma de hablar de una mujer de la que se estaba enamorado.

–¿Cómo os conocisteis? –le preguntó.

–Yo era un profesor universitario con una buena idea y sin saber cómo ponerla en práctica. Annis me dio la solución –sonrió al recordar–. Realmente, llegó a darme muchos más consejos de los que en aquella época pensaba que quería. Hizo temblar todos mis cimientos. Watifdotcom cotiza actualmente en bolsa gracias a ella.

–Así que os conocéis desde hace mucho tiempo.

–No. Ha sido una relación corta, pero intensa.

–Oh.

Permanecieron en silencio mientras Gil sorteaba el cada vez más intenso tráfico y no volvieron a hablar hasta que llegaron a la autopista.

–Y dime, Bella, ¿cuánto tiempo llevas en Nueva York y cuánto tiempo piensas quedarte allí? –la miró de reojo–. Aquí tenemos un montón de puestos de trabajo.

Aquel era un tema que había preferido evitar. Pero, al contrario que Annis, Bella siempre había sido una persona sociable. Sabía cómo mantener una conversación sin decir una sola cosa de importancia. Y eso fue lo que estuvo haciendo durante todo el viaje.

Para cuando llegaron a la casa de campo de los Carew, tenía la boca seca de tanto hablar. Gil había permanecido callado durante los últimos veinte minutos. Y Bella tuvo la impresión de que parecía aliviado cuando llegaron al camino de grava de la entrada.

Aparcó bajo un rododendro, apagó el motor y se volvió hacia ella.

–¿Qué te pasa? –le preguntó.

–¿Qué me pasa? Nada –pero incluso a ella misma le parecía forzado su tono–. Te agradezco mucho que me hayas traído.

–¿Te veré esta noche?

–Ya has oído a Lynda. Esta noche será la última cena de la

familia.

–Ya lo sé –contestó Gil con impaciencia–, pero podemos salir después.

–¿Después de cenar?

–No te sorprendas tanto. Supongo que no cenaréis a las doce.

–No, pero…

Gil le tomó entonces las dos manos.

–¿Cuál es tu habitación?

–¿Estás pensando en trepar a mi habitación? –le preguntó Bella con marcada ironía.

–Si es eso lo que hace falta para que hables conmigo…

Bella apartó las manos.

–He estado hablando contigo durante todo el camino.

–No, no has estado hablando conmigo. Has estado hablando.

Bella enmudeció y él siguió hablando.

–¿Entiendes ahora lo que quiero decir? Un fogonazo de sinceridad y desaparece toda tu locuacidad.

Bella alzó la barbilla.

–Siento haberte aburrido.

Al oírla, Gil se volvió para dar un puñetazo al volante, sobresaltándola.

–No me has aburrido –dijo entre dientes.

–¿Entonces por qué estás tan enfadado?

Gil tardó al menos un minuto en contestar.

–No vas a hacerme ninguna concesión, ¿verdad?

–Supongo que tengo derecho.

–¿Pero por qué?

Bella se encogió de hombros y desvió la mirada.

–Cualquiera diría que pretendo hacerte daño –dijo Gil, furioso.

Bella no se movió y él se dio cuenta de que había acertado.

–Es eso, ¿verdad? –continuó–. Ese es el motivo por el que no quieres que me acerque.

Bella intentó reír.

–Tonterías.

–Crees que te voy a hacer daño –repitió Gil, como si acabara de hacer un gran descubrimiento.

–Eso son bobadas –insistió Bella con dureza.

–¿De verdad?

–Claro que sí.

Gil sacudió la cabeza sin creerla.

–¿Qué demonios te he hecho? –dijo, casi para sí.

–Nada –ella elevó la voz–. Todo eso son imaginaciones tuyas.

–O quizá… –se interrumpió de pronto.

–¿Qué?

–A lo mejor no tiene que ver conmigo. A lo mejor el problema es tuyo. ¿Ha habido alguien que te haya hecho daño, Bella?

–No –fue casi un grito e inmediatamente intentó contenerse–. No.

–¿Estás segura?

–Claro que estoy segura.

–¿Ningún hombre te ha abandonado? ¿O te ha engañado?

Oh, ¿por qué tenía que ser tan insistente? ¿Así era como hacía negocios? Bella consiguió mantener la calma, pero no sin esfuerzo. La mandíbula le dolía mucho de tanto apretarla.

–No.

–¿Alguien te ha abandonado? –insistió él.

Ya no podía seguir soportándolo. Se echó el pelo hacia atrás, sabiendo que su fragancia llegaría hasta él. Vio brillar sus ojos con inmenso alivio.

–¿Parezco el tipo de mujer a la que un hombre abandonaría? –dijo alegremente–. No pretendo ser vanidosa, simplemente soy realista –concluyó, y se desató el cinturón de seguridad antes de que Gil pudiera seguir con sus análisis–. Tengo que irme. Si conozco bien a mi madre, estoy segura de que habrá muchísimos detalles de los que ocuparse.

Abrió la puerta del coche y salió sin arriesgarse a mirarlo otra vez. Gil la siguió sin hacer ningún comentario.

Y mientras lo hacía, la puerta de la casa se abrió. Gil se detuvo, impresionado.

–¿Cómo ha podido abrirse la puerta? ¿Es que tenéis sensores?

–Es el ama de llaves –dijo Bella, debatiéndose entre la furia y la diversión.

–¿Qué?

–Estaba en la casa mucho tiempo antes de que mi madre y yo entráramos en escena. Tony la tiene bien entrenada. No le gustan los alborotos. De modo que nuestra ama de llaves no nos hace el tipo de recibimientos que cualquier otra haría.

Se acercó al ama de llaves y la saludó con un abrazo.

–Hola, Ruth. Oh, cuánto me alegro de estar aquí.

El ama de llaves le devolvió el abrazo.

–Bella, mi corderito. Déjame mirarte –se separó de ella–. Estás muy elegante.

–Eso se lo debo a Nueva York –le dijo Bella, sonriendo–. Supongo que ahora ya formo parte de la alta sociedad.

–Ah, pero sigues teniendo esos ojos de bebé travieso. Oh, me alegro de que al final hayas podido venir a la boda.

Gil se acercó con las maletas y miró al ama de llaves arqueando las cejas.

Bella lo presentó precipitadamente.

–Ruth, ¿conoces a Gil de la Court?

Ruth parecía alarmada.

–He oído a Annis hablar de usted, por supuesto. Pero no sabía que vendría hoy.

–No se preocupe, no vengo a quedarme. Dígame simplemente dónde quiere que deje el equipaje y después me iré.

Pero tras descargar el coche, no se marchó inmediatamente, tal como Bella deseaba. Permanecía en el vestíbulo de la entrada mirándolo todo como si fuera un turista y ella tuviera todo el tiempo del mundo para atenderlo.

–Mira –le dijo–, me gustaría poder ser más hospitalaria, pero tengo muchas cosas que hacer.

–A mí no me mires con esos ojos de niña traviesa –replicó Gil, repentinamente divertido–. Yo no voy a derretirme. Y aunque lo hiciera, tú no eres un juguete mimoso.

Bella se quedó sin habla.

Gil caminó a grandes zancadas hasta ella, la miró como si estuviera midiendo a un adversario y dijo suavemente:

–Nunca olvides que te he visto bailar. Que el cielo me ayude, te he sentido bailar. Y piense lo que piense toda esta gente de ti, yo te conozco.

Bella sintió que el rostro le ardía. Pero consiguió decir con firmeza:

–Eso suena como una amenaza.

–Llámalo un recuerdo.

–¿Un recuerdo de qué?

Los ojos de Gil volaron hasta su boca y se echó a reír.

Bella pensó que iba a besarla.

Y, de pronto, deseó que lo hiciera. Quería que la abrazara como la había abrazado en aquella gélida calle de Nueva York. Quería que volviera a hacer de ella una intensa sensación, que su cuerpo dominara nuevamente a su cerebro. Y lo deseaba con una intensidad que la asustaba.

Pero Gil se volvió.

–Adiós –dijo casi con indiferencia. Y se fue.

Bella se sentó en los primeros peldaños de la escalera. Se sentía como si le hubieran robado la respiración.

Había deseado que la besara. Gil sabía que quería que la besara. Y se había marchado.

¡Después de toda esa conversación sobre que quería estar cerca de ella, se había marchado!

Lo había hecho intencionadamente. Bella lo sabía. Hasta el año anterior, había salido con muchas personas habituadas a esas tácticas. Pero nunca se había imaginado siendo ella la receptora de uno de esos movimientos.

En fin, no pensaba permitir que Gil de la Court jugara con ella. De hecho, podría llegar a considerarse afortunado si volvía a dirigirle la palabra.

No se lo contaría a nadie, pensó. Se dijo a sí misma que prefería mantenerlo en secreto porque no quería tener una discusión sobre la falta de consideración hacia un invitado. Pero en el fondo sabía que había algo más que eso.

Su madre ya había insinuado que Gil estaba enamorado de Annis. Y Bella no quería convertirse en la distracción de un amante despechado durante la celebración de la boda. Pero si era eso lo que Lynda tenía en mente, querría que le explicara lo que había pasado.

Bella descubrió entonces que no quería hablar con nadie de sus asuntos con Gil de la Court. Ni siquiera quería admitir que ya se conocían. Y que desde su primer encuentro, no había sido capaz de sacárselo de la cabeza. Que le había bastado tocarla para convertir sus huesos en agua. Y que cada vez que lo veía temblaba ante la posibilidad de que pudiera hacerlo otra vez.

Era algo puramente sexual, se dijo con fiereza. Eso era todo lo que había pasado en Nueva York. Las hormonas y la soledad habían jugado en su contra.

Pero ¿y después? ¿Cómo podía justificar lo que había sentido en Londres cuando la había tocado? ¿O cuando, como había ocurrido hacía solo unos minutos, no lo había hecho?

Se levantó, furiosa. Aquella boda ya prometía ser suficientemente difícil sin la ayuda de Gil de la Court. Que, por cierto, quizá tuviera roto el corazón a causa de su hermana. Hizo una mueca al pensar en ello.

No parecía un hombre que tuviera el corazón destrozado, pensó indignada. Ni por su forma de mirar a Annis ni por su forma de mirarla a ella. Por no hablar de su manera de besarla.

Pero quizá Gil fuera un hombre aficionado a los juegos amorosos.

No, tenía que ser algo más que eso, lo sabía. Era consciente de que lo intrigaba. Y en ello no había ningún fingimiento.

Pero ¿quería intrigarlo?

Una parte de ella decía que no. La parte más honesta lo único que deseaba era la felicidad de Annis. Esa era la parte que deseaba pasar por aquella boda con su dignidad intacta. Pero otra parte de ella, la más sobria, le decía que sí.

Bella no lo entendía. No quería entenderlo. E hizo todo lo que pudo para olvidarlo.

Entretanto, permaneció muy callada. Sin embargo, entre todos los preparativos de la boda, nadie lo notó.

Ya había suficientes preocupaciones con Annis, que además de callada, estaba muy pálida. Llegó más tarde de lo que esperaban y estuvo extrañamente seca con Lynda cuando esta mostró su preocupación.

–No montes tanto alboroto. No lo soporto.

–Pero todos pensábamos que llegarías aquí a la hora del té. Estábamos preocupados.

–Habría estado aquí a la hora del té si Gil de la Court hubiera estado donde debería haber estado. En vez de haciendo de chófer –rompió a llorar y salió de la habitación.

–Está agotada –dijo Lynda, en medio de un incómodo silencio.

Eran diez personas las que iban a cenar aquella noche, y aunque todo el mundo disimuló, era obvio que todos habían oído el incidente que se había producido en la entrada. Todos ellos eran familia, o amigos íntimos, pero aun así, la situación era bastante incómoda.

Lynda le dirigió a su hija una mirada suplicante.

–Bella, ¿podrías…?

Y Bella fue. Subió a la habitación de su hermana y llamó a la puerta.

–¿Quién es?

–Soy yo, ¿puedo entrar, Annie?

Se oyó el sonido de una llave en la cerradura. Annis abrió y se apartó para que su hermanastra pasara.

–¿Estás bien? –le preguntó Bella, preocupada.

Para su consternación, a Annis volvieron a llenársele los ojos de lágrimas. La abrazó con cariño.

–Eh, cerebrito, tranquilízate.

–No sé qué me pasa –lloró Annis.

–Tranquila, son los nervios de antes de la boda. A todo el mundo le pasa, es parte del ritual –le aseguró Bella, palmeándole el

hombro, y continuó hablando, dándole a Annis tiempo para recuperarse.

–Dios mío, Bella, todo esto va a ser un caos.

–No, claro que no.

Annis se sonó ruidosamente la nariz.

–Sí, claro que sí. Mi vestido es ridículo, y los zapatos me están grandes. Seguro que pierdo alguno en el pasillo de la iglesia.

–Yo me ocuparé. Para eso estamos las damas de honor.

Annis la fulminó con la mirada.

–Y luego me caeré. Tu madre ha decorado el pasillo de la iglesia como si fuera una carrera de obstáculos. Está lleno de trípodes con ramos de flores. Estoy segura de que tropezaré con alguno y terminaré aterrizando en el suelo.

–Entonces Kosta te levantará –dijo Bella, divertida.

–Oh, sí. Él me levantará. Y tendrá un aspecto maravilloso –dijo Annis con rencor–. Y todos los invitados a la boda se preguntarán qué habrá visto un hombre tan maravilloso en una chica tan torpe. Oh, maldita sea. Es tan condenadamente perfecto. Lo odio.

Bella comprendió que aquello iba en serio. Tomó a su hermana del hombro, la apartó del espejo del tocador y la condujo hasta un sofá situado al lado de la ventana.

–Annis, esto tiene que parar. Los nervios de antes de la boda están bien, no creo que sean ningún problema. Pero criticar a Kosta porque es maravilloso, me parece una estupidez.

–Oh –musitó Annis con un hilo de voz.

–Kosta está enamorado de ti. No se merece que lo culpes por todas las cosas que no te gustan de ti misma.

Las lágrimas de Annis dieron paso a una simple indignación.

–¿Cuándo has aprendido tú todo eso? –le espetó, beligerante–. Se supone que eres mi hermana pequeña.

–He estado creciendo en Nueva York.

–¿Ah, sí? ¿Y cómo se llama?

–¿Quién?

–Por lo que dices, parece que hayas conocido a alguien.

–No seas tonta –dijo Bella, precipitadamente. Mucho más precipitadamente de lo que debería haberlo hecho.

Annis apretó los labios. De pronto parecía mucho más contenta.

Bella, que estaba a punto de negarlo, se interrumpió. Acababa de tener una revelación: ¡Annis sospechaba su secreto!

No todo, por supuesto. No sabía cuánto había sufrido Bella por Kosta, pero sospechaba lo suficiente como para desear que Bella pudiera acudir a su boda habiendo aclarado todas aquellas sombras.

¿Y qué mejor forma de despejarlas que con un hombre nuevo?

Probablemente ese fuera el mejor regalo de boda que podía hacerle a su hermana. Bella sonrió, suspiró y dejó caer lo inevitable:

–Sí, he conocido a alguien.

Aquella frase tuvo el efecto que esperaba. Annis se levantó de un salto y la abrazó.

–Deberías haberlo traído.

–No creo que sea necesario –musitó Bella, sintiéndose terriblemente incómoda.

Annis le dio un cariñoso apretón en el brazo y dijo muy seria:

–De acuerdo. Mantendré la boca cerrada. Ya se lo dirás tú a todo el mundo cuando estés preparada para hacerlo.

–Gracias –dijo Bella–.

Annis volvía a estar bien y la conversación volvió a centrarse en los temas de la boda.

Más tarde, Bella bajó para tranquilizar a su madre. Los invitados a la cena estaban dando cuenta ya del café y los licores en el salón y se oía el relajado zumbido de sus conversaciones. Bella se sentó con su madre, frente a la chimenea.

–Annis se ha acostado temprano –le susurró al oído–. Le he preparado una tortilla y un chocolate caliente y se ha ido a la cama.

–¿Un chocolate caliente? Creo que no lo había vuelto a tomar desde que tenía seis años. ¿Está bien?

–Deberías verla. Está completamente feliz.

Pero Lynda todavía parecía preocupada.

–Tranquilízate, mamá. Lo único que Annis necesita es que la mimen y un poco de espacio.

–No estará arrepintiéndose…

–Ni por un instante.

–Pero si tiene dudas, aunque sean mínimas, no debería seguir adelante con la boda. Es mucho más fácil detener una boda que soportar un mal matrimonio.

–Lo sé –contestó Bella. Y era cierto, le bastaba recordar a su propio padre–. Pero, sinceramente, no creo que debas preocuparte, mamá. Esta enamoradísima de Kosta. Mira, mamá, Annis no es como yo –añadió divertida–. Si fuera yo la que estuviera en su lugar, entonces sí que deberías estar preocupada.

Lynda se echó a reír. Pero todavía quedaba una sombra entre sus cejas.

–Por lo menos tú sabrías en lo que te estabas metiendo…

–Annis está enamorada –la interrumpió Bella precipitadamente. Suspiró–. Mira, mamá. Si hay dos personas que estén hechas la una

para la otra, esos son ellos dos.

Se oyó un ligero ruido tras ellas. Bella miró por encima del hombro y se quedó completamente blanca.

Acababa de llegar Gil de la Court.

Capítulo 6

TRAS recuperarse de la primera impresión, Bella descubrió que estaba indignada. Le había dicho ya que no quería verlo aquella noche.

Pero Lynda sonrió, radiante, se levantó de un salto y le hizo ver que era el más bienvenido de todos los invitados.

–¡Los gemelos! –exclamó–. He ido a buscarlos en cuanto Kosta nos ha llamado –hizo un gesto con la mano para señalar el asiento que acaba de dejar libre–. Entretén a Bella mientras voy a buscarlos.

–Esa va a ser una tarea difícil –musitó Gil.

Pero tomó el asiento que Lynda le ofrecía y sonrió.

Acababa de llegar. Todavía lo rodeaba el frío de las noches de marzo. La manga de la chaqueta rozó el brazo desnudo de Bella. Esta retrocedió como si acabara de recibir un calambre. Y dijo lo primero que se le ocurrió.

–¡Estás helado! ¿Has venido andando hasta aquí?

–No. Pero tardaban tanto en abrirme la puerta que al final he tenido que dar la vuelta y entrar por la cocina. A Kosta se le han roto los gemelos que tenía que ponerse mañana. Ninguno de los otros le quedaba bien, así que he llamado a Tony para ver si podía prestarnos unos.

Bella lo miró con recelo. Gil se inclinó hacia delante y dijo, tan quedamente que la joven tuvo que esforzarse para entenderlo:

–Si hubiera venido a verte, estaría debajo de tu ventana, dándote la serenata.

–¿De verdad? –preguntó Bella, esforzándose por aceptar el más sarcástico de los tonos.

–Se me había ocurrido. Pero he decidido que probablemente preferirías esperar a que terminara la boda.

–¿Esperar para qué?

–Para convertirnos en amantes.

Bella estuvo a punto de caerse del sillón. Miró rápidamente alrededor de la habitación. Nadie parecía darse cuenta de que estaba acorralada.

–No vamos a convertirnos en amantes.

–¿Y qué te hace pensar eso? –parecía sinceramente interesado.

–Supongo que yo también tendré derecho a voto –dijo entre dientes.

–Por supuesto.

–Pues bien, en ese caso –dijo con aire triunfante–, voto que no.

Gil sonrió.

–Pero si todavía no he empezado mi campaña.

Bella se levantó de un salto.

–Nada de campañas –dijo.

Por un instante, Gil se quedó en completo silencio. Continuaba sonriendo, pero Bella tenía la incómoda sensación de que era una sonrisa completamente superficial. Y, como si deseara confirmar sus sospechas, él contestó quedamente: –Me temo que eso tendré que decidirlo yo.

Bella no fue capaz de disimular su sorpresa. Gil continuó:

–Normalmente, los chicos con los que sales siempre hacen lo que quieres, ¿verdad?

Bella no sabía qué decir.

–Ya veo que una relación con un hombre adulto va a ser una nueva experiencia –añadió con ironía.

Gil no la tocó. No hacía falta que lo hiciera. A Bella le bastaba mirarlo para empezar a temblar.

Lynda llegó en ese momento con una cajita en las manos. Gil se levantó mientras la madre de Bella le tendía los gemelos.

–Gracias –dijo mientras se los guardaba en el bolsillo–. Hasta mañana, señora Carew. Adiós, Bella –y tras un firme asentimiento, se marchó.

A la mañana siguiente, por supuesto, no hubo tiempo para hablar de Gil ni de nada que no fuera la boda.

–Yo pensaba que si nos casábamos en el campo, esto no pasaría –se lamentó Annis.

Estaba sentada en el antiguo cuarto de juegos, con el pelo recogido en un complicado peinado. Un peluquero que ya se había marchado le había colocado el velo y la diadema. Bajo los adornos de novia, Annis iba vestida con unos vaqueros y un jersey de lana. Estaba muy pálida.

–Siempre pasa lo mismo –le aseguró Bella–. Ya sean doscientos o dos mil invitados no hay ninguna diferencia. En todas las bodas hay una novia aterrada, un vestido de princesa y una mujer que está a punto de convertirse en suegra.

Annis negó con la cabeza.

–Lynda está siendo maravillosa.

–Claro que sí. Y te está volviendo loca.

–No seas cínica –contestó riendo.

–Tómate un café y piensa en la luna de miel.

Pero al oírle mencionar el café, Annis hizo una mueca de repugnancia. Bella la miró sorprendida.

–Como quieras, pero yo sí que voy a tomar uno. Iré a ver cómo está mamá y ahora vuelvo.

Tal como era previsible, Lynda la retuvo en la cocina. Dos cocineras locales estaban sacando los taburetes mientras Lynda las seguía al borde de la histeria.

–Siéntate, mamá –le dijo Bella exasperada–. Saben perfectamente lo que tienen que hacer –dio media vuelta y volvió al cuarto de su hermana, musitando–: Cuando yo me case, no quiero que nadie de la familia se me acerque el día de la boda –se interrumpió–. ¿Annis? Cerebrito, ¿estás ahí?

Salió un sonido terrible del baño.

–¿Annie?

Al cabo de unos segundos, apareció un rostro pálido en la puerta. La diadema se inclinaba en su cabeza y el encaje victoriano estaba hecho un nudo por encima de su hombro.

–Oh, Dios mío, estás realmente nerviosa –abrió una botella de agua mineral y le sirvió un vaso a su hermana.

–Gracias –dijo Annis mientras se dejaba caer en una silla.

–De acuerdo –Bella decidió hacerse cargo de la situación–. Ha empezado la cuenta atrás. Calculo que tienes unos setenta y cinco minutos para dormir y todavía podrás llegar a tiempo al altar.

Annis parecía a punto de llorar.

–Pero mi pelo…

–He visto lo que ha hecho el peluquero. Podré arreglarte yo el peinado –repuso, confiada–. Venga, túmbate. Yo me ocuparé de todo, pequeña.

Y así lo hizo. Al cabo de un rato, Bella se puso el vestido azul que Annis había elegido para ella. Su peinado era demasiado sofisticado, pensó. Así que se lo cepilló suavemente y se lo colocó detrás de la oreja con un pasador de diamantes que Tony le había regalado el día de su dieciocho cumpleaños.

–Ya está. Guapa e inocente –le dijo a su reflejo.

El problema era que no se sentía ninguna de las dos cosas. Gil de la Court había conseguido inquietarla. Y si bien se había resignado ya a sufrir durante la boda, jamás habría imaginado que caminaría por el pasillo de la iglesia con el deseo frustrado de haberle dado a

Gil de la Court un codazo en el ojo.

Tomó los ramos de flores que su hermana y ella debían llevar, sacó a Lynda de la cocina y subió a despertar a Annis. Tras ayudarla a ponerse el vestido, le dio un último toque a su peinado.

–¿Ya estás lista?

Los ojos de Annis estaban demasiado brillantes.

–Lista.

Bella la abrazó.

–Estás maravillosa.

–La felicidad es un gran cosmético –respondió Annis, devolviéndole el abrazo–. Tengo tanta suerte…

Como era la única dama de honor, Bella fue sola a la iglesia. Aprovechó la oportunidad para sonarse furiosamente la nariz. No quería arriesgarse a llorar en la iglesia.

Pero no tenía por qué preocuparse. Iba a estar demasiado ocupada. No habían ensayado la boda y estuvo en constante estado de alerta. Enderezando la falda de Annis, recibiendo las flores… Al cabo de un rato, se encontró haciendo malabares con dos ramos de flores y una niña que salió de entre los invitados dispuesta a unirse a la procesión. No tuvo tiempo siquiera de llorar.

Pero hubo otro momento…

Los novios acababan de firmar en el registro y se volvieron juntos hacia el pasillo. Annis miró a su marido. Y eso fue todo.

Kosta tomó la mano de Annis y el órgano comenzó a sonar. Pero, por un instante, fue como si no existieran las flores que llenaban la iglesia, ni los amigos, ni la dama de honor. Kosta y Annis se sonreían el uno al otro mirándose a los ojos. Era un intercambio de absoluta comprensión.

Bella se sintió como si una mano le estuviera desgarrando el corazón. No se había sentido más sola en toda su vida.

Tragó saliva y siguió a los novios por el pasillo de la iglesia con una sonrisa que alguien parecía haber soldado en su rostro. Pero, casi inmediatamente, decidió que ella sería el alma de la fiesta.

Comenzó a reír en cuanto el viento de marzo azotó su pelo al salir de la iglesia. Nadie podría haberse imaginado que por dentro estaba fría, temblando. Que se sentía aterradoramente sola.

–Cada vez está más guapa, ¿verdad? –oyó que comentaba una de las madrinas, cuando estaban ya de vuelta en la casa y había comenzado a circular el champán–. Jamás habría pensado que Annis sería la primera en casarse.

–Oh, no sé. A Bella siempre le ha gustado la variedad.

–En fin –replicó la madrina con entusiasmo–. Ya tendrá tiempo

de sobra para sentar cabeza cuando sepa lo que quiere.

Bella estuvo a punto de lamentarse en voz alta.

Sintió que alguien la estaba mirando y alzó la mirada. Era Gil de la Court. Por un momento, se sintió tan aliviada al advertir que no era ninguna de esas personas que la conocían desde niña, que sonrió radiante. Gil pestañeó.

Y Bella se arrepintió inmediatamente de su sonrisa. Era una locura sentir que Gil era su único aliado en aquella reunión de amigos y parientes.

Se volvió.

Cuidado, se dijo a sí misma. Tenía que andarse con mucho cuidado.

Se colocó al lado de un hombre al que conocía vagamente. Le sonrió. Se dio cuenta de que él la encontraba atractiva y amplió su sonrisa, al tiempo que batía sus largas pestañas y se inclinaba hacia delante para escucharlo con atención. Por el rabillo del ojo, vio a Gil abriéndose paso hacia ella.

No era un camino directo. Había montones de personas que querían hablar con él. Su expresión variaba entre el respeto y el recelo. Se mostraba amable con todo el mundo, pero con nadie intercambiaba más de un par de frases. Y no se desviaba en ningún momento de su camino.

Bella se volvió, de manera que no podía verlo ni siquiera por el rabillo del ojo. Aun así, fue consciente del momento en el que la alcanzó. Gil no la tocó, pero pudo sentirlo. Y lo que era más, estaba prácticamente segura de que él lo sabía.

–Hola –la saludó–. ¿Se me permite decir que eres una dama de honor preciosa?

Sonaba tan cortésmente galante que, por un instante, Bella casi se sintió desilusionada. Pero entonces comprendió que podía utilizar aquello como ventaja. Utilizaría el refugio de los buenos modales para seguirle el juego. Y quizá, solo quizá, de esa manera pudiera olvidar aquella oleada de deseo que Gil había despertado sin ni siquiera mirarla.

Así que se volvió y le dirigió la más insulsa de sus sonrisas.

–Gracias. Eres muy amable.

A su acompañante no le gustó aquella interrupción. Gil lo advirtió, pero le tendió la mano sonriente.

–Gilbert de la Court. Amigo de la novia. Y de la hermana de la novia.

El acompañante de Bella parecía impresionado.

–De la Court. Por supuesto. Lo vi en el telediario la otra noche.

He oído que sus acciones están batiendo un nuevo record.

–Los mercados están siendo muy amables con Watifdotcom –dijo Gil.

Bella lo miró con los ojos entrecerrados. Aquello parecía un diálogo aprendido. Y en cuanto se deshicieron del admirador de Bella, así se lo dijo a Gil.

–Por supuesto –dijo él fríamente.

–¿Traes un guion de tus conversaciones para la fiesta? –le preguntó indignada.

Gil la miró con los ojos entrecerrados.

–¿Y por qué no voy a hacerlo?

–¿Y cuántas de las cosas que me has dicho estaban preparadas?

–Ah. Así que te gusta que tus hombres sean espontáneos.

–Por supuesto que sí… –se interrumpió bruscamente, consciente de la trampa en la que había estado a punto de caer–. Pero tú no eres uno de mis hombres.

–Eso esperaba. Odiaría ser uno entre la multitud.

Estaba bromeando otra vez. Sus ojos parecían reír cuando la miraba. Pero había algo en su expresión que no parecía bromear en absoluto.

–Tú… –lo miró a los ojos y se le olvidó completamente lo que iba a decir–. Yo… Quiero decir…

¡No conseguía articular palabra! Aquello era una locura. Estaba perdiendo la compostura como una adolescente con su primer amor. Pero ella era una mujer, una mujer sofisticada y popular. Y, lo que era más, conocía perfectamente todas las artes del flirteo.

Pero entonces, ¿qué le estaba pasando? Tenía más amigos de los que podía recordar. Y ninguno de ellos la había hecho tartamudear como si fuera una colegiala.

Y eso que ni siquiera estaba interesada en él.

De acuerdo, aquel beso había sido impactante. Pero tampoco era muy difícil en su situación. Se sentía muy sola en Nueva York. Y la inesperada llegada de Annis a la ciudad le había hecho perder el equilibrio. Aquel beso había sido alimentado por un montón de cosas que no tenían nada que ver con Gil de la Court: la excitación de los ritmos latinos, la soledad, el destierro…

Y la lujuria, pensó Bella, lacerándose con la verdad. No podía olvidarse de la lujuria.

Recordó el momento en el que había estado a punto de decirle que subiera a su apartamento. Sintió que se estaba ahogando y dijo en un acto puramente reflejo: –No me hagas esto.

Gil pestañeó.

–¿Qué te ocurre? –ya no bromeaba.

–Yo ya estoy enamorada –le dijo precipitadamente–. Me gustaría no estarlo, pero no puedo hacer nada para evitarlo.

Gil se quedó en silencio. No dijo nada. Bella se preguntaba si lo habría entendido. Se lo diría de otro modo.

–No pierdas el tiempo –le dijo con dolor–. En mi corazón no hay sitio para nadie más.

Gil continuaba sin decir nada. Y, por alguna razón, de pronto Bella sintió ganas de llorar.

–¡Bodas! –dijo furiosa–. Todo el mundo se convierte en una fuente. Perdóname…

Y escapó de su lado a toda velocidad.

A partir de aquel momento, estuvo como un torbellino durante el resto de la fiesta. Iba continuamente de un sitio a otro: besando a una vieja amiga aquí, buscando un vaso limpio allá, riendo, bromeando y sin mirar, ni un solo momento, hacia Gil de la Court. Para cuando llevaron la tarta, estaba ya al borde del agotamiento.

Y al parecer no era la única. Annis estaba terriblemente pálida. Sonrió mientras les hacían la foto cortando la tarta nupcial. Pero mientras hundían el cuchillo en el pastel, Bella tuvo la casi completa seguridad que era solo la mano de Kosta la que impedía que la de Annis temblara. ¿Qué demonios le ocurriría? ¿Estaría enferma?

En cuanto se llevaron la tarta para repartirla entre los invitados, vio que Annis le susurraba a Kosta algo al oído y se apartaba de su lado. Bella no dudó en seguirla y la encontró en su dormitorio. Estaba sentada bajo la ventana, apoyando la mejilla contra el cristal y con los ojos cerrados. Su rostro tenía un tono verduzco.

–¡Annie! –exclamó Bella, preocupada.

Annis no abrió los ojos.

–No pasa nada. No durará. Me pondré bien.

De pronto, Bella comprendió un montón de cosas: el estallido nocturno de Annis, las náuseas matinales…

–No son los nervios, ¿verdad?

Annis sacudió la cabeza, con los ojos todavía cerrados.

–Ya entiendo. ¿Y puedo hacer algo por ti?

Annis le dirigió una sonrisa.

–Quizá quieras ser niñera a tiempo completo –abrió los ojos–. No te preocupes, Bella. Te aseguro que es algo que se supera.

–Eso he oído –Bella intentó sonreír. Aquello era una pesadilla–. ¿Quieres algo?

–Solo descansar. Normalmente funciona.

–Entonces te dejaré sola.

Y así lo hizo.

Se sentía como si estuviera huyendo. Estaba temblando. No se había sentido así desde el día que había descubierto que Annis estaba enamorada de Kosta y este la correspondía.

Encontró refugio en el despacho de su padre. Estaba fuera del alcance de los invitados. Además, en él estaba el enorme sillón de orejas en el que tantas veces se había escondido cuando era niña.

Se dejó caer en él y se acurrucó. Nadie la habría visto aunque hubiera entrado en la habitación.

¿Qué demonios le pasaba?, pensó. ¿Por qué tenía que importarle tanto que Annis y Kosta tuvieran un bebé? Hacía meses que había perdido a Kosta. Diablos, de hecho, nunca lo había tenido. Y el bebé no supondría ninguna diferencia.

Pero aun así… Tenía la sensación de que no podía sentirse más sola.

De pronto, la puerta del despacho se abrió. Bella contuvo la respiración. Sabía que era prácticamente invisible en aquel enorme sillón. Lo único que tenía que hacer era permanecer quieta como un ratón hasta que aquel intruso se marchara.

Pero el intruso no se marchó. Cerró la puerta tras él y se quedó allí, esperando.

Bella permaneció quieta todo lo que pudo. Y de pronto se levantó para enfrentarse a él.

–¿Qué pasa? –le espetó.

–Sabía que estabas aquí –dijo Gil satisfecho.

–De acuerdo, me has encontrado. No creo que sea una gran cosa.

–¿Por qué te escondes?

Bella se encogió de hombros.

–Mira, llevo dos horas haciendo teatro. Necesitaba un descanso.

–Ya me he dado cuenta.

–¿De qué?

–Estoy hablando del show de Bella –contestó secamente.

–¿A qué te refieres?

–Bueno, ¿quién ha sido hoy la estrella del espectáculo?

–¿Y?

–¿No se suponía que tenía que haber una novia en alguna parte?

Bella hizo una mueca.

–Annis no se encuentra bien.

Gil chasqueó los dedos.

–Por supuesto, eso debe ser.

Bella se sintió repentinamente enfadada. Le dirigió una luminosa

sonrisa, cargada en un ciento por ciento de furia.

–No, por supuesto que no es eso –dijo afablemente–. Ya sabes lo que se suele decir de las hermanastras. Bueno, pues aquí estoy yo para demostrarlo. Intentando eclipsar a Annis el día de su propia boda.

Gil frunció el ceño.

Bella recordó entonces lo que Lynda había dicho. Que había estado enamorado de Annis. Y al parecer su madre tenía razón.

–Y has sido muy inteligente al averiguarlo. Debes estar encantado contigo mismo –la maldita flor que llevaba en el pelo resbaló sobre su rostro. Bella la apartó con un brusco movimiento de mano. El capullo cayó, pero Gil lo rescató instintivamente–. Vaya, tienes buenos reflejos.

–Bastante rápidos –dijo él, repentinamente sombrío.

Y, antes de que Bella pudiera ser consciente de lo que estaba haciendo, la abrazó con fuerza y la besó.

Los gritos de indignación de Bella fueron amortiguados por su boca. Aquel no fue como el beso que habían compartido en una fría mañana. Gil no estaba tan contenido como entonces. De hecho, Bella tenía la sensación de que no estaba conteniendo en absoluto. Sus brazos eran como dos garras de hierro, pero podía sentir un ligero temblor en sus manos, como si fuera un volcán a punto de entrar en erupción. Bella tuvo un momento de pánico. Pero, afortunadamente, se impuso la civilización. Gil la soltó.

–Aquí no –dijo de modo cortante.

–No… –Bella lo miraba sin decir nada–. ¿Qué quieres decir con eso?

Gil le dirigió la más irónica de las miradas y a Bella no se le ocurrió fingir que no lo comprendía.

–Olvídalo.

–No creo que pueda. ¿Y tú?

«No», dijo algo dentro de ella. Algo profundo, extraño, algo que no había oído jamás en su vida.

Bello lo miró horrorizada y, antes de que hubiera tenido tiempo de decir nada, fue él el que comentó:

–Ya sé que estás enamorada de otro. Pues bien, ¿dónde está ese hombre? Si se mereciera tu lealtad, estaría hoy aquí, contigo.

Bella sacudió la cabeza, con una risa desesperada.

–No lo entiendes.

–Claro que lo entiendo. He estado observándote todo el día.

Bella sentía la garganta tan atenazada que apenas podía hablar.

–Gil…

–Has sido una dama de honor excelente, Bella, pero yo habría preferido a Tina, la bailarina de tango. ¿Qué has hecho con ella, Bella? –le preguntó mientras acariciaba tentativamente su rostro. Aquello era más de lo que ella podía soportar. Una lágrima se deslizó por su mejilla. Gil debió verla, pero no apartó la mirada.

–Ese fuego, toda esa pasión… –dijo–. Y mírate ahora. ¿Qué tengo que hacer para que vuelva mi Tina?

Las lágrimas comenzaron a fluir.

–Déjalo –le gritó a Gil–. Basta ya. Tú no lo comprendes. Nadie lo comprende.

En aquella ocasión, pasó por delante de él antes de que Gil pudiera detenerla. Le pareció oír que la llamaba, pero no le importó.

Le llevó mucho tiempo tranquilizarse. Y litros y litros de agua fría eliminar las señales dejadas por las lágrimas. Después tuvo que volver a maquillarse. Cuando regresó a la fiesta, sabía que tenía un aspecto perfecto.

Algo muy conveniente, porque la primera persona con la que bailó fue su cuñado.

–Hola, preciosa.

–Hola –contestó ella con una amistosa sonrisa.

–¿Dónde está mi maravillosa esposa?

–Descansando.

–No se encuentra bien, ¿eh? Ha estado pasando una mala racha, la pobre. Y hoy ha estado su muy tensa. Le dije que deberíamos habernos escapado y habernos casado en Tahití. Pero ella no quería desilusionar a Lynda.

Bella sonrió sinceramente, como no lo hacía desde hacía horas.

–Esa es mi Annis.

–Y tú eres una gran hermana y amiga.

–Al menos lo intento –dijo Bella.

–Y sorprendente. Creo que has conseguido noquear al pobre Gil. Estuvo preguntando por ti anoche.

–¿De verdad?

–Sí, le dije que eras una rompecorazones –respondió Kosta alegremente.

–Gracias.

–No pareció importarle.

No, desde luego. Era imposible que eso le importara a un hombre que creía conocerla mejor que nadie.

Y que quizá tuviera razón.

Aquella idea le hizo pararse en seco.

¿Razón? ¿Podría Gil tener razón?

Bella dejó escapar una risa afectada.

–El problema de las bodas es que la gente pretende emparejar a todo el que anda suelto.

–Podrías tener razón –dijo Kosta con ecuanimidad–. ¿Entonces crees que Gil se ha dejado llevar por el espíritu de las bodas?

No, no lo creía. No había habido boda alguna que pudiera afectarlo en aquella fría noche en Nueva York. Pero eso no iba a decírselo a nadie.

–Sí –mintió.

Kosta soltó una carcajada.

–Lo que tu digas –miró el reloj–. Creo que debería subir a cambiarme si tengo que participar en la ceremonia de la despedida. Me gustaría no tener que volver al baile. Cuanto antes saque a Annis de esta casa de locos y pueda darme un baño con ella en el mar, mejor.

–Mmm. Parece que estás hablando del paraíso.

–Entonces quizá deberías prestarle atención a Gil. Tiene una casa en una isla griega. Podrías pasar las vacaciones de tu vida.

–Lo tendré en cuenta –respondió con ironía.

–Hazlo. El pobre Gil se merece un poco de diversión. Annis dice que trabaja demasiado. Y al parecer, una mujer le rompió el corazón.

–¿Eso te lo ha contado Annis? –preguntó Bella con recelo.

–No –no parecía especialmente interesado–. La verdad es que no me acuerdo de quién me lo ha contado. Creo que fue alguien que trabajó para él.

A pesar de sí misma, Bella sintió una cierta solidaridad hacia Gil de la Court.

Aun así, continuó evitándolo durante el resto de la velada. Al parecer, también él estaba intentando evitarla. No volvió a verlo hasta que Annis bajó las escaleras de la mano de Kosta, preparada para montarse en un coche del que colgaban varias ristras de latas. Bella volvió a sentir aquella traicionera mano que le apretaba el corazón. Y mientras los invitados se acercaban hacia el coche, ella retrocedió.

–¿Qué vas a hacer ahora? –le susurró una voz al oído.

Bella no se volvió.

–Despedir a mi hermana.

–¿Y después?

–Me quitaré el vestido de dama de honor y volveré a Londres –dijo con resolución.

–Yo te llevaré.
–Pero el baile…
–Te llevaré y después volveré.
–No es necesario.
–Claro que lo es. Y no sabes cuánto.
–Esa no es la cuestión. No tenemos nada de qué hablar.
–Ya estamos de acuerdo en algo –dijo.

Se oyó entonces la precipitada carrera de una sonriente Annis hacia el coche. Kosta le pasaba el brazo por los hombros, protegiéndola con su cuerpo.

–¡El ramo! –gritó alguien–. ¡Tira el ramo!

Annis, obviamente, había bajado el ramo con ella precisamente para eso. Escrutó los rostros de la multitud, buscado a alguien.

Y Bella tuvo un terrible presentimiento.

–No –dijo en un susurro–. Oh, no, por favor.

Pero Annis la había visto. Pareció momentáneamente desconcertada al verla en la parte de atrás del grupo. Le dijo algo a Kosta. Este inclinó la cabeza y miró hacia Bella. Una enorme sonrisa iluminó su rostro.

Tomó el ramo de Annis e hizo un amago de tirarlo, como si estuviera calculando la trayectoria.

¿Cómo podía hacerle algo así?, se preguntó Bella, comprendiendo lo que estaba a punto de hacer.

Kosta tiró el ramo con fuerza. Este voló sobre la multitud y aterrizó en el rostro de Bella. Ella intentó evitarlo, pero no podía hacer nada. Se tambaleó. Y podría incluso haberse caído si Gil no la hubiera sujetado, al tiempo que se hacía cargo del ramo.

Se levantó una carcajada entre los invitados.

Gil sonrió de oreja a oreja, mostrando el ramo.

–¡Mi suerte ha cambiado!

Bella fingió que las lágrimas que asomaban a sus ojos eran producto del arañazo de una de las espinas de las fresias. Gil le tendió un pañuelo. Ella se secó los ojos y se sonó la nariz, fingiéndose concentrada en aquella herida inexistente.

Los invitados se volvieron hacia Annis y Kosta, y Bella pudo respirar otra vez. Pero continuaba temblando.

Con Kosta al volante, el coche dio su vuelta de honor. Cuando pasaron a su lado, Bella vio que Annis tomaba la mano de Kosta y se la llevaba al vientre. Ambos intercambiaron miradas de afecto, de complicidad. De total confianza y amor.

Por un instante, Bella apenas pudo respirar.

Sola, pensó. Estaba sola y siempre lo estaría.

Se volvió hacia Gil, que permanecía a su lado.

–De acuerdo –le dijo.

–¿Qué?

–Puedes llevarme a Londres –una sonrisa temblaba en sus labios. Le estaba ofreciendo mucho más que un viaje a Londres y era consciente de que él lo sabía.

Capítulo 7

FUE sorprendentemente fácil marcharse. Bella esperaba algunas protestas de Lynda, pero no se produjeron.

–Te comprendemos –dijo Tony Carew–. Va a ser una fuerte desilusión para muchos jóvenes, pero les diremos que tenías que tomar un avión.

Así que Bella se puso rápidamente unos vaqueros y un jersey y fue a despedirse de algunos invitados.

–La próxima serás tú –dijo una de los testigos dándole un abrazo.

–Claro –contestó Bella, sin perder la sonrisa.

–No quiero que te vayas –se quejó una niña con la que había estado jugando durante la comida.

Bella le dio un rápido y agradecido abrazo.

Gil le llevó la bolsa al coche. Bella besó a sus padres. Lynda agarró a Tony y a su hija del brazo y los acompañó hasta el coche. Mientras este se alejaba, Tony y Lynda continuaban despidiéndolos con la mano. A Bella ya le dolía la cara de tanto sonreír.

–Estáis muy unidos –comentó Gil–. Te llevas muy bien con tu padrastro, ¿verdad?

–Siempre me he llevado bien.

–¿Y continúas viendo a tu auténtico padre?

–Tony es mi verdadero padre. El otro solo fue un accidente biológico.

–¿Debo interpretar eso como un no?

Bella se encogió de hombros.

–Fue el típico caso. Un tipo atractivo con una guitarra que quería convertirse en estrella de rock. Mi madre trabajaba de camarera y mi padre se gastaba nuestro dinero en discos.

–¿Te acuerdas de él?

–Algo. Y también de las peleas. Y las fiestas. Micky solía llevar a casa a los tipos de los locales en los que actuaban. Mi madre y yo intentábamos dormir, acurrucadas en una esquina. Mi padre me daba miedo –lo miró de reojo–. ¿He conseguido impresionarte?

–¿Lo pretendías?

Bella hizo un gesto inusualmente torpe.

–No se lo había contado a nadie. Ni siquiera a mi madre.

Gil contuvo la respiración. Pero Bella no lo advirtió.

–¿Qué fue de él?

–Nos abandonó. Cuando Tony quiso casarse con mi madre, les costó mucho encontrarlo para que le concediera el divorcio.

–Pero lo hizo.

–Oh, claro. Micky siempre quiso deshacerse de su esposa y de su hija.

–¿Y ahora?

–Lo último que he oído es que dirige el cabaret de algún hotel de playa. Supongo que es el trabajo adecuado para él. Para Micky la vida es una larga fiesta.

–Hablas como si no lo hubieras perdonado.

–¿Perdonarlo? ¿Por qué tengo que perdonarlo? Al fin y al cabo, yo soy como él.

–¿En qué aspecto exactamente?

–Hablas como un profesor.

–Y fui profesor en otra época de mi vida –dijo Gil, sin mostrarse ofendido–. Pero dime, ¿en qué te pareces a ese diablo con guitarra?

–En que soy una juerguista.

–Ah.

–¿No me crees? Deberías haber escuchado a los invitados. «Dime veinte razones por las que Bella no es una mujer adecuada para el matrimonio» –se echó a reír, pero había aristas afiladas en su risa.

Gil no contestó. Parecía sumido en sus pensamientos. Pero de pronto preguntó:

–¿Y quieres serlo? ¿Te gustaría casarte?

–Quién sabe –replicó Bella, con la mirada fija en los oscuros campos. El viento sonaba como un alma en pena y los árboles se retorcían como si estuvieran siendo torturados–. Hace una noche terrible.

Al lado de la carretera, el agua se había ido acumulando dando lugar a un pequeño estanque. Gil no lo vio y estuvo a punto de meterse dentro. Inmediatamente giró el volante para situarse en el centro de la vía.

–Maldita sea. No consigo concentrarme. Me distraes, Bella Carew.

–Gracias –respondió ella.

Gil le dirigió otra de sus miradas rápidas y astutas. Bella la sintió a pesar de que no lo estaba mirando.

–Era un cumplido –le aclaró Gil.

–Claro.

–Claro que sí, créeme. Cuesta mucho distraerme. Soy famoso por mi capacidad de concentración.

–En ese caso, tendré que sentirme halagada –replicó con incredulidad.

Gil dejó escapar un suspiro de exasperación. Pero en ese momento, apareció frente a ellos un coche que acababa de doblar una curva, deslumbrándolos con sus faros.

–Parece que nos está haciendo señas –comentó Gil mientras disminuía la velocidad.

El coche que se acercaba también aminoró la marcha. Cuando se cruzaron, el conductor detuvo su vehículo y bajó la ventanilla.

–Hay un árbol caído cortando la carretera –les explicó–. La carretera está bloqueada y el río se ha salido del cauce. Lo más prudente es esperar a que la situación se arregle.

–Gracias.

Gil subió la ventanilla y se volvió hacia Bella.

–¿Quieres que volvamos?

–¡No! –contestó Bella, pensando aterrada en el baile.

–Interesante opción, para ser una chica que adora las fiestas.

Gil meditó durante algunos segundos en silencio, volvió a poner el coche en marcha y giró en medio de la carretera.

–He dicho que no quiero volver.

–Tranquilízate. Conozco un pueblo en el que podemos pasar la noche. Estuve jugando al cricket allí en una ocasión. El pub tiene habitaciones. Lo único que tenemos que hacer es encontrarlo.

–Oh.

Gil no volvió a decir nada hasta que se encontraron en un camino bordeado de farolas. Aparecieron frente a ellos algunas casas aisladas, situadas a las afueras del pueblo.

–Es allí –dijo Gil con satisfacción.

La lluvia azotaba el parabrisas, pero aun así, distinguieron sin dificultad las luces intermitentes del pub.

–Esto parece el fin del mundo –musitó Bella, estremecida.

–Tonterías. Este lugar es propio de una novela de Dickens. Pero te sentirás mejor en cuanto estemos a salvo de la tormenta.

Y tenía razón.

En el interior del pub había dos acogedoras chimeneas, un juego de dardos en una esquina y un animado debate en la otra sobre el concurso primaveral de hortalizas. Nadie prestaba atención a la tormenta. Pero le hicieron sitio a Bella frente al fuego mientras Gil negociaba las habitaciones.

–¿Vienen de muy lejos? –le preguntó uno de los parroquianos

amablemente.

Bella cruzó la habitación con la mirada. Gil estaba sumido en una conversación con el propietario. La luz del fuego brillaba en su pelo. Parecía tan intemporal y tan fuerte como el cobre y la madera que lo rodeaban. Un sentimiento durante mucho tiempo dormido pareció despertar en su interior.

El parroquiano repitió la pregunta.

–¿De muy lejos? –repitió Bella.

Bajo la luz del fuego, vio su perfil iluminado: aquella nariz aguileña, autocrática. Ojos oscuros, profundos, una boca apasionada.

Gil debió sentir que lo estaba observando, porque alzó la mirada. Bella sintió que el mundo se tambaleaba. Gil desvió la mirada. El propietario dijo algo. Gil se inclinó hacia delante, intentando concentrarse.

–Oh, sí –contestó suavemente–. Venimos de muy lejos.

Gil se acercó a ella y se sumó relajadamente a la conversación. Pero Bella había visto aquella pequeña llama en su mirada. Y sabía que, bajo su frío control, estaba temblando.

–Tienen habitación para nosotros, pero tienen que prepararla.

Bella le escuchaba atentamente. No había dicho que tuvieran que compartir habitación. Pero tampoco que no tuvieran que hacerlo. Quizá pudiera elegir. ¿Podría hacerlo?

Tragó saliva.

–Sí. Está bien –a ella misma le resultaba extraña su voz.

Gil dijo su nombre. En una voz tan baja que seguramente nadie más pudo oírla. Bella rio, excitada y aterrada al mismo tiempo. Pero jamás lo admitiría. Las chicas como ella nunca tenían miedo.

–¿Te has enterado de si hay alguna posibilidad de comer en este lugar? –preguntó ella.

–Sabía que lo preguntarías.

–¿De verdad? –lo miró a los ojos y los vio oscurecerse por el deseo–. ¿Por qué?

–Porque no has comido prácticamente nada durante el almuerzo.

–Así que me has estado observando…

–Continuamente. Y he estado a punto de matar a esa niña con la que estabas jugando.

–¿Por qué?

–Porque estaba contigo y yo quería estar a tu lado.

–Podías haberte unido a nosotras… –susurró.

–No, no podía. Te quería solo para mí.

Bella tragó saliva. Gil lo vio y sonrió. Pero continuó hablando como si no hubiera pasado nada.

–Pueden hacernos algo sencillo, como una sopa casera y algo a la plancha –le dijo, mientras la acariciaba con la mirada.

–Estupendo –contestó, haciendo un gran esfuerzo.

–¿Qué te gustaría comer?

Bella ya no estaba pensando en la comida. De hecho, no podía pensar.

–Elige tú.

–¿Confías en mí?

–¿Todavía estamos hablando de comida?

–¿De qué si no? –preguntó Gil con fingida inocencia.

Bella lo miró indignada.

–Solo quiero sopa. No tengo mucha hambre.

Gil no insistió. Pero Bella comprendía que no la iba a dejar descansar.

Les sirvieron la comida en el comedor. Tras encenderles las velas y servirles la sopa y el pan crujiente, el propietario volvió a la zona del bar y les cerró las puertas.

Una vez solos, se miraron el uno al otro.

–Tienes los ojos azules –dijo Gil suavemente–. No conseguía acordarme.

Bella se sentía inexplicablemente tímida.

–¿Les has dicho que nos dejaran solos?

–No.

–¿Entonces…?

–Supongo que no esperaban huéspedes y tienen un par de habitaciones que preparar.

–¿Un par? Pero…

Gil se inclinó hacia adelante.

–Bella, escúchame…

Ella no lo podía creer.

–No me deseas –susurró.

–Por supuesto que te deseo.

Bella sacudió la cabeza.

–Continúas jugando –dijo, casi para sí.

Gil le estrechó la mano con fuerza.

–No, escucha. Esto es importante.

Luchando para mantener la expresión bajo control, Bella alzó la mirada.

–Te deseo, Bella. Claro que te deseo. Quiero dormir contigo. Pero has pasado un día infernal y no estoy seguro de que sepas lo

que quieres.

Bella lo miró fijamente. Gil alzó la mano. Sin dejar de mirarla a los ojos, le acarició suavemente los labios.

–Lo único que quiero es que quede claro que puedes elegir.

Gil tomó la cuchara y empezó a comer como si nada hubiera pasado, aunque continuaba sosteniéndole la mano con firmeza. Al cabo de unos minutos, Bella fue capaz de decir: –Debes pensar que soy tonta.

–No, ¿por qué? –preguntó Gil sorprendido.

–Bueno, no creo que haga falta explicarlo.

–¿De verdad? –por un instante, la miró sin comprender. Pero de pronto sonrió–. Oh, lo dices por las habitaciones. Eso lo he hecho por mí, no por ti. Estoy seguro de que tú no necesitas que te expliquen ese tipo de cosas. El problema soy yo. No tengo mucha experiencia en ese terreno.

Bella olvidó su vergüenza, presa de una absoluta fascinación.

–¿Me estás diciendo que no sueles salir con chicas?

–Bueno, esa es una forma de decirlo.

–¿Cómo lo dirías tú entonces?

–Yo diría que no tengo muy bueno ojo en lo que se refiere a la naturaleza humana.

Bella se inclinó hacia delante y lo escrutó con la mirada. Tenía la impresión de que, a pesar de su tono indiferente, aquel era un tema que realmente le importaba.

–¿Quieres hablarme de ello?

–No creo que haya mucho que contar. Cuando tenía diez años, me calificaron como genio y empezaron a educarme como a tal. Pero esa educación no incluía el tipo de señales que la gente normal da por sentadas.

–¿Señales? ¿Qué señales?

–Bueno, cosas como la luz de las velas y el romanticismo. Para cuando se llega a la adolescencia, la mayoría de la gente ya sabe que hay alguna relación entre ellas. A mí tuvieron que explicármelo –como Bella continuaba mirándolo fijamente, dijo exasperado–: Supongo que me refiero a los indicadores no verbales.

–¿Qué diablos es un indicador no verbal?

–Bailar, besar… El sexo.

–¿Sexo? ¿Te faltan conocimientos sobre el sexo? –preguntó Bella con incredulidad.

–Como herramienta de comunicación, sí –hablaba con el desapasionado tono del profesor que en otro tiempo había sido.

–No te creo. Además, se supone que el sexo no tiene que ser una

herramienta para nada, sino que tiene que ser algo divertido.

–¿De verdad?

–Eh, atiende –inclinó la cabeza hacia un lado y batió las pestañas exageradamente–. ¿Lo ves?

Gil la miró atentamente y después suspiró disgustado.

–No hace falta que actúes para mí –dijo secamente–. Yo respondo a los estímulos habituales, como todo el mundo. El problema es que no se me da bien darme cuenta de lo que significa. De lo que significan realmente.

Bella se llevó las manos a las sonrojadas mejillas. ¿Cómo podía hacerle sentirse tan pequeña? Y sin siquiera intentarlo.

–Mírame, Bella.

Y ella lo hizo. El rubor no desaparecía de su rostro. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que se había sonrojado de aquella manera? Seguramente no había vuelto a hacerlo desde que era adolescente.

–Todo el mundo cree que soy un tipo brillante –continuó explicándole–. Y, de alguna manera, es verdad. Pero mis conocimientos no me sirven para comprender la naturaleza humana.

Bella escudriñó su rostro. Obviamente, aquello era importante para él, pero…

–No lo comprendo –le dijo con sinceridad.

–Entonces déjame ponerte un ejemplo. Tengo un equipo de personas que depende de mí para sacar adelante mi negocio. La mayor parte de ellas son amigos. Y he estado a punto de echarlo todo a perder por no ser capaz de darme cuenta de lo que estaba pasando delante de mis propias narices.

–¿Has tenido una aventura con alguna de las personas con las que trabajas?

–No, en este caso no me refiero a señales sexuales, sino a otro tipo de comportamiento. Pero estaba allí, cualquiera podía darse cuenta de lo que estaba pasando. Pero yo no.

Bella lo miró fijamente.

–Oigo lo que la gente dice –añadió Gil–. Pero no sé realmente lo que quiere decir. Supongo que necesito un traductor. Alguien como tú.

–¿Como yo? Estás bromeando, ¿verdad?

–Claro que no.

–Pero si yo soy un desastre.

Gil soltó una carcajada.

–No me lo creo.

–Oh, es verdad que puedo ir a una fiesta y deslumbrar al mundo. Pero eso no impide que pueda llegar a comportarme como una auténtica idiota.

Gil la miró con los ojos entrecerrados.

–Estás hablando de algo concreto, ¿verdad? ¿Quieres contármelo?

Bella tragó saliva y sacudió la cabeza. Todavía le dolía recordar aquella vergonzosa escena. Cada vez que acudía a su mente, intentaba reprimirla horrorizada.

–Yo… no puedo.

–No puede ser tan malo, Bella.

–Claro que lo es. Ya sé que tú crees que soy una chica a la que le gusta vivir al límite, pero…

–¿Estás intentando decirme que me equivoco? –la interrumpió.

–Oh, no, tienes razón –replicó con amargura–. Pero, viviendo al límite, a veces se corre el peligro de caer por el precipicio.

–No parece que tú te hayas caído nunca.

–Miento muy bien.

Gil dio entonces un puñetazo en la mesa, sobresaltando a Bella.

–A eso es exactamente a lo que me refiero.

–No te comprendo.

–Soy capaz de comprender a los hombres –dijo con impaciencia–. O al menos a la mayor parte de ellos. Pero las mujeres se esconden y dicen medias verdades. Con ellas me equivoco casi siempre.

Parecía como si realmente se despreciara por ello y Bella no fue capaz de soportarlo.

–No, conmigo no te has equivocado.

–¿Qué?

–«No estoy seguro de que sepas lo que quieres. Has pasado un día infernal». ¿Cuántas personas crees que habrán notado que he pasado un día terrible? Ni siquiera mi madre se ha dado cuenta de que estaba desesperada por escapar.

Gil la miró con los ojos abiertos como platos. De pronto, ya no estaba mirándose a sí mismo, castigándose, estaba mirándola a ella. Mirándola de verdad. Bella vio que se suavizaba su mirada, tornándose cálida, accesible.

–Pero tú te has dado cuenta –se hizo un completo silencio. En aquella ocasión fue ella la que le tomó la mano–. Gracias por la segunda habitación. Pero no vamos a necesitarla.

En cuanto se quedaron solos, después de que el patrón les hubiera mostrado las habitaciones y les hubiera informado de que la tormenta los había dejado sin calefacción y sin luz, se miraron el uno al otro. Gil tomó la vela que Bella llevaba en la mano y la dejó junto a la suya cuidadosamente en el suelo.

Bella rio, excitada y avergonzada al mismo tiempo. Lo único que en aquel momento deseaba era estar en sus brazos y no sabía cómo llegar hasta ellos.

Era una locura. Lo único que tenía que hacer era dar un paso adelante, tomar su rostro entre las manos y besarlo. Pero algo le decía que aquello era demasiado importante como para arriesgarse a cometer un error.

Afortunadamente, Gil acudió en su rescate.

–Parece que vamos a tener que seguir juntos para no pasar frío.

El supuestamente sofisticado y mundano corazón de Bella, tembló.

Más tarde, cuando las velas ya se habían consumido, Bella descansaba en sus brazos, observando la danza de las sombras que proyectaba el fuego. Se sentía como si hubieran estado así miles de veces.

–¿Estás contento? –le preguntó, aunque conocía de antemano la respuesta.

Gil se estiró perezosamente, sin apartar la mano que posaba posesivamente sobre su pecho. Sonrió y dibujó su boca con el dedo.

–Parece hecha para ser besada.

Y, sin más, la estrechó contra él al tiempo que cubría con las sábanas sus hombros desnudos. Aquel gesto tan protector la conmovió.

–¿Cómo te sientes?

–Bien –susurró Gil–. Como si de pronto todo encajara y el problema hubiera sido resuelto.

–Vaya –respondió Bella, admirada.

Quería decirle que ella sentía lo mismo. Que nunca se había sentido tan completa. O tan feliz.

Pero el día tocaba a su fin. Sus párpados caían lentamente. Intentó mantenerse despierta, pero el sueño la venció.

Gil la abrazó con fuerza. Sintió cómo se relajaban sus piernas y cómo aumentaba el peso de su cabeza sobre su pecho. Bella dormía mientras él clavaba la mirada en las sombras.

Frunció el ceño. Su apasionada bailarina de tango tenía un

secreto que todavía la hacía sufrir. Él quería que se diera cuenta de que, fuera lo que fuera, ya había pasado. Que el futuro les pertenecía. Y que iba a ser maravilloso.

Al despertarse en una cama extraña, Bella no supo dónde estaba. Pero sí que tenía frío. Debería haber encontrado unos brazos a su alrededor. Estaba segura de que se suponía que aquella mañana no tenía que haberse despertado sola.

Entonces, escuchó la voz de la memoria: «hemos intercambiado feromonas».

Bella se sentó de un salto. No, por supuesto que no debería estar sola. ¿Dónde estaba Gil? No se habría arrepentido de lo ocurrido, ¿verdad?

No, pensó, abrazándose a sí misma. No podía haberse arrepentido después de lo de la noche anterior. Aun así, debería estar a su lado para poder decírselo personalmente. Así que renunció a intentar dormirse otra vez y salió a buscarlo.

Encontró fuera una escena devastadora. El pueblo estaba cubierto de ramas caídas, tejas sueltas y todo tipo de objetos arrastrados por el viento. Un árbol caído cortaba la carretera. Había cinco o seis personas en la calle, caminando en silencio. Parecían estupefactas.

Todas excepto Gil, que parecía estar haciéndose cargo de la situación.

Bella lo miró atónita. ¿Cómo podía haber dejado la cama sin decir una sola palabra para ponerse a organizar aquella operación cívica? Y lo estaba haciendo perfectamente, sin levantar siquiera la voz.

Bella se quedó completamente helada. Gil parecía haberla sacado por completo de su mente.

Entonces él la vio. Bella supo que la había visto porque alzó la mano y le sonrió. Pero no era aquella la sonrisa que esperaba. Era una sonrisa amistosa, pero en absoluto íntima.

–Hola –la saludó sin acercarse siquiera. Por supuesto, no la besó. Después de toda la pasión que habían compartido, ni siquiera la besó–. Me alegro de que te hayas levantado. Nos vendrá bien otro par de manos.

Bella sintió que se helaba por dentro. Era una sensación que ya conocía.

–Iré a buscar mi abrigo –dijo con voz queda.

Capítulo 8

BELLA trabajó tan duramente que terminó con todas las uñas rotas. Pero apenas lo notó. Estaba demasiado ocupada observando a Gil. Y dándose cuenta de que, a pesar de las íntimas revelaciones de la noche anterior, no lo conocía en absoluto.

Cuando la carretera estuvo despejada, se sentó por primera vez. Le temblaban las piernas.

Gil caminó a grandes zancadas hacia ella. Estaba riéndose.

–Estás muy seria, ¿te pasa algo?

Bella lo fulminó con la mirada. De todas formas, no iba a dejar que se diera cuenta de cómo se sentía. Y tampoco se iba a permitir a sí misma pensar siquiera que su rechazo la afectaba. Así que dijo lo primero que se le ocurrió: –Me he roto las uñas.

–¿Y eso es un problema?

–Trabajo en una revista de moda –improvisó Bella–. Tendré que ir a la manicura antes de volver al trabajo.

Gil la miró sonriente. Tenía una mancha de barro en la mejilla y los ojos brillantes. Tenía un aspecto increíblemente sexy.

–Entonces no vayas.

Bella alzó la mirada. Por un instante, pensó que le estaba pidiendo que se quedara con él. Pero entonces reparó en la diversión, en el desafío de su mirada. No, no le estaba pidiendo que se quedara. La deseaba. Quería que estuviera disponible. No con él.

Y tampoco podía culparlo por ello. Al fin y al cabo, en ningún momento había dicho que las cosas fuera a ser de otra manera. Era estúpido esperarlo. Eran polos opuestos. Él era prácticamente un profesor y ella poco menos que una juerguista.

–No creo que fuera sensato.

–No, supongo que no –el brillo desapareció de su mirada. De pronto, parecía terriblemente cansado.

Bella apenas probó el desayuno les sirvieron. Gil la miraba preocupado.

–¿Qué te pasa? –le preguntó.

–Nada.

–En realidad no estás preocupada por ese estúpido trabajo, ¿verdad?

–No es estúpido. Es mi primer trabajo y me encanta.

–Entonces, si te pidiera que te quedaras, ¿la respuesta sería no?

–Yo no contesto a preguntas hipotéticas.

Gil la miró con firmeza.

–De acuerdo. Olvida las hipótesis. Quédate conmigo.

Pero Bella estaba demasiado triste para escucharlo. O quizá demasiado asustada. Jamás se había sentido así. Estaba desesperada por quedarse a solas y recuperar sus fuerzas. De modo que dijo: –Tengo que volver al trabajo mañana mismo. Lo prometí.

Al final, Gil hizo lo que Bella le pedía y la llevó directamente al aeropuerto. Una vez allí, la obligó a volverse hacia él.

–Bella, ¿qué te pasa? ¿Qué ha pasado?

La multitud los empujaba. Gil le agarró las manos y la sostuvo con firmeza, pero ella ya se sentía a miles de kilómetros de distancia.

–Bella –la sacudió delicadamente, sonaba exasperado, pero tan distante… Incluso su voz parecía diferente.

–No ha ocurrido nada.

–¡Bella!

–Gracias por haberme traído aquí.

–Entonces… es eso, ¿verdad?

Su mirada se había tornado peligrosa. Aquello consiguió sacar a Bella de su cápsula de fatalismo, al menos por un instante.

–¿Qué?

–Un pequeño escarceo después de la fiesta y después, gracias y adiós.

Bella pestañeó. ¿Qué demonios le pasaba? Eso era lo que él quería, ¿no?

–No sé por qué me sorprende –continuaba diciendo Gil–. Tú misma me dijiste que no eras una mujer hecha para los compromisos. Annis y Kosta pueden comprometerse, pero tú no, claro.

Bella se sintió como si acabaran de tirarle un jarro de agua helada.

–¿Quieres saber lo que ha pasado? –preguntó furiosa–. Pues muy bien, te lo diré –apartó las manos y retrocedió–. Estaba enamorada de Kosta… Él apenas conocía a Annis entonces. Jamás se me ocurrió que… Bueno, eso ahora no importa. En aquel momento, yo creía que me había descartado por ser demasiado joven. Así que pensé que tenía que demostrarle que era una mujer moderna para la que

no tenía sentido andarse con rodeos –se encogió de hombros, con gesto burlón, intentando ocultar su dolor.

Gil tenía la mirada fija en ella. Su rostro permanecía impasible. Solo sus ojos ardían.

–Así que decidí presentarme en la puerta de su casa a medianoche. Con una botella de champán y sin ropa interior.

Gil hizo un sonido extraño.

–Él no lo supo nunca, por supuesto. Nunca tuvo el menor interés en averiguarlo –tragó saliva y le dirigió una dolorosa sonrisa–. Llamó a un taxi para que me llevara a mi casa. Fue muy amable.

–No te creo –repuso Gil.

Bella alzó la mirada hacia el panel de vuelos. Tomó su bolsa de viaje y se la colocó al hombro.

–Lo siento –se disculpó, y comenzó a caminar.

–No te creo –insistió Gil, con voz más fuerte.

Bella se volvió y lo miró a los ojos.

–No me extraña. Tú mismo me dijiste que tenías dificultades para entender a las mujeres, ¿verdad?

Gil se quedó completamente helado.

Y Bella continuó caminando.

El mes siguiente fue como una pesadilla. Bella se entregó por completo a su trabajo, pero en el fondo de su mente, aparecía siempre el rostro de Gil.

Cada vez que pensaba en lo ocurrido, Bella daba un respingo. En una ocasión, saltó literalmente en su asiento de trabajo. Estaba intentado concentrarse en un artículo cuando sufrió uno de aquellos ataques de la memoria. Fue tal el impacto que se llevó las manos a las mejillas y exclamó en voz alta: –¡Oh, no!

–¿Es una mujer con un terrible secreto lo que he oído? –preguntó Sally, mientras se acercaba hacia la fotocopiadora.

–¿Un secreto? Ya no me queda un solo secreto.

–Eso suena fatal.

–Y no me extraña. Los derroché todos con el último hombre… –se interrumpió–. Bueno, no importa.

Sally la miró con astucia.

–No estamos hablando de ese tipo del departamento de contabilidad, ¿verdad?

–¿Qué tipo?

–Ya sabía yo que no –dijo Sally con satisfacción–. De hecho, creo que no has vuelto a mirarlo desde que regresaste de la boda de tu

hermana. ¿Qué ocurrió allí?

–Nada –contestó con tanta fiereza que hasta Sally pestañeó.

Pero Bella no estaba hablando con Sally. Estaba hablando consigo misma.

Al principio, cada vez que llegaba a casa encontraba algún mensaje de Gil en el contestador. El tono variaba desde el más dulce y razonable hasta la fría exasperación, pero el mensaje era básicamente el mismo: «Llámame».

Al cabo de un tiempo, los mensajes cesaron. Bella se dijo a sí misma que era un alivio. Pero eso no impedía que llamara cada hora a su propia casa para comprobar si tenía mensajes en el contestador. Pero Gil parecía haber desaparecido.

Y no tardó en descubrir por qué, gracias a Annis.

Una mañana de mayo, Bella encendió el ordenador y descubrió que tenía un mensaje esperándola en el registro central de Elegance Magazine. Se titulaba «Mi primer millonario». Las palabras de Annis le resultaban tan cercanas como si estuviera en aquella misma habitación.

He pensado que te encantaría leer esto. Yo estoy contentísima. Kosta no para de decirme que no debería estar tan emocionada, que es malo para el bebé. Pero creo que mi hijo debe compartir mis triunfos. Teniendo en cuenta el desastre que voy a ser como madre, pienso asegurarme de que sepa que soy una excelente asesora de dirección, para que pueda guardarme algún respeto.

Bella sonrió. Aquello era muy propio de Annis. Pero la sonrisa desapareció de sus labios al leer la siguiente frase.

Así que olvídate de Bugs Bunny. Mi hijo y heredero va a tener un póster de Gil de la Court en su habitación.

Posdata: Es una foto genial. Es tan inteligente que a veces una se olvida de lo guapo que es.

A Bella se le hundió el corazón mientras abría el archivo adjunto que le enviaba. Era un artículo corto, al parecer procedente de un periódico de Sídney, en el que se daba cuenta de la entrada de Gil en el club de los millonarios de la informática. Hacía una breve semblanza de los rápidos progresos de la empresa y al final reproducía una fotografía que, tal como Annis anunciaba, era

maravillosa. Horrible y memorablemente maravillosa.

Por alguna razón, lo habían fotografiado al borde de un yate. Parecía una fotografía tomada durante unas vacaciones. La imagen digital de la pantalla mostraba con crueldad cada detalle de sus músculos. Sus ojos oscuros parecían desafiar al sol. Parecía alerta, intensa, y energéticamente vivo.

Bella sintió que el corazón se le caía a los pies.

–Bonita foto –comentó Sally por encima de su hombro.

Bella dio un bote en la silla.

–¿Tú crees?

–¿Quién es?

–Un cliente de mi hermana.

–Tu hermana es una mujer afortunada.

–A mi hermana no creo que le importe. Acaba de casarse con el amor de su vida.

–Si yo fuera tú, le pediría que me pasara el teléfono.

–Ya lo tengo –replicó Bella.

–En ese caso, la afortunada eres tú.

Bella le arrojó una bola de papel y Sally se echó a reír.

–Será mejor que seas amable conmigo si no quieres que le hable a Gary de su rival.

Pero no fue a Gary a quien se lo dijo. Sino a Rita Caruso. Delante de todo el departamento.

–Tenemos que mejorar la sección de «Millonario del mes» –comentó Caruso–. El artículo de abril era un desastre.

–Tenía ochenta años y vivía a las afueras de Florida –se quejó el responsable del artículo–. Encuéntrame algún millonario sin descubrir que tenga una vida más emocionante.

–Bueno –dijo Caruso–. Es posible que ya lo haya hecho alguien. Bella, ¿quieres hablarnos de «Mi primer Millonario»?

Bella estaba garabateando en su cuaderno. Al oír su nombre se sobresaltó:

–¿Qué?

–El correo electrónico que has recibido esta mañana. ¿Quién era el tipo?

Cuando ya era demasiado tarde, Bella recordó que todos los correos que se recibían iban directamente al ordenador central, de modo que cualquiera podía consultar el índice de los correos recibidos.

–Era un mensaje de mi hermana –replicó al instante.

–¿Y?

–Sobre un… amigo.

–¿Entonces tú conoces a ese millonario? –preguntó Caruso–. ¿Y cómo es?

Fue entonces cuando intervino Sally.

–Guapísimo. Y Bella tiene su número de teléfono.

–Magnífico –los ojos de Caruso resplandecían–. Quiero detalles.

–Pero yo no conozco ningún detalle –respondió Bella, alarmada.

–Entonces investiga. Eres periodista, ¿verdad? –y continuó con el siguiente tema.

Así que Bella regresó a su ordenador y comenzó una búsqueda por Internet sobre el antiguo profesor y, al parecer, reciente millonario. Cuando tuvo preparado el informe se lo llevó a Caruso.

–De la Court –comentó su jefa–. Creo que alguien estuvo hablando con él la otra noche. Es el nuevo millonario cibernético. Supongo que aquí tendremos una buena historia.

–Solo es otro obseso de los ordenadores.

–Un obseso –exclamó Caruso entre risas–. Me encanta cuando te pones tan británica.

Bella frunció el ceño. Sabía cuándo se estaban burlando de ella.

–Pero los obsesos no son sexys.

–En eso te equivocas. De la Court es un hombre soltero que acaba de hacerse rico. Eso es mucho más que sexy. Es un auténtico cuento de hadas –la miró muy seria–. Y ahora, Bella, quiero que lo llames y le hagas una entrevista ¿comprendido?

–Sí –contestó ella con un hilo de voz.

–Estupendo. Tengo muchas esperanzas puestas en ti –arrastró su silla hacia atrás y miró a Bella con una enorme sonrisa–. Para serte sincera, no me hizo mucha gracia que empezaras a trabajar para nosotros. No me gustan los aficionados, y mucho menos las niñas ricas. Pero ahora me gusta tu trabajo.

–Gracias –contestó Bella, entre complacida e indignada.

–Tienes intuición. Sabías que no tenías experiencia, pero has conseguido labrártela tú sola. Tus primeros artículos eran fríos. Pero trabajas duro y has conseguido estar al tanto de todo lo que ocurre en la ciudad.

–En ese caso –dijo Bella fríamente–, ¿por qué perder el tiempo con una sección como el «Millonario de Mes»? Eso podría hacerlo cualquiera.

–No tientes a la suerte. ¿Quieres un trabajo fijo o no? El mes que viene acaba tu contrato, ¿verdad?

Bella se puso inmediatamente alerta.

–Un trabajo fijo. ¿Aquí?

–Probablemente en Londres.

–¿Eso quiere decir que o hago esa entrevista o perderé la oportunidad de conseguir ese trabajo? –interpretó Bella.

–Lo que quiere decir es que, o haces bien esa entrevista o te quedas sin trabajo.

Bella no llamó a Gil. Ni siquiera le envió un correo electrónico. Llamó a Annis explicándole la idea de Caruso. La hizo sonar lo más cursi y amarillista que pudo. Nadie, pensó, le aconsejaría a su cliente que concediera una entrevista como aquella. Y mucho menos Annis, que valoraba la dignidad tanto como la intimidad.

Pero su hermana no cumplió con su deber.

–Estupendo –contestó–. Hablaré con él.

Bella se habría puesto a saltar de frustración. Pero eso no fue nada comparado con lo que sintió cuando, al llegar al día siguiente al trabajo, se encontró un mensaje del departamento de dirección de Watifdotcom.

El señor de la Court estará en Nueva York la semana que viene. Llamará a Elegance Magazine el martes o el miércoles.

Bella estaba furiosa. Aquella imprecisión significaba que no podría separarse ni un minuto de su teléfono móvil. Pero, se prometió a sí misma, no pensaba permitir que la próxima llegada de Gil interfiriese en su vida privada. No iba a quedarse en casa sentada, esperando su llamada. Pensaba salir y divertirse. Y, pasara lo que pasara, conseguiría llegar al martes con su cordura intacta.

En algún momento, en la madrugada del domingo, se encontró a sí misma en Hombre y Mujer. No estaba buscando a Gil, por supuesto. Pero cuando comprobó que los únicos rostros que reconocía eran de residentes en Nueva York, se lanzó a uno de sus bailes salvajes, llamando la atención incluso de un representante de artistas. Bella aceptó su tarjeta sin mostrar el menor interés y se acercó a la barra a pedir una botella de agua mineral.

El camarero estaba impresionado.

–Eh, Paco –llamó a su jefe–. Acabamos de descubrir una estrella.

Paco se acercó y arqueó las cejas con extrañeza al ver a Bella.

–Vaya, vaya. Bienvenida. Te llamabas Bella, ¿verdad? Y eres la actual obsesión de mi viejo amigo Gil de la Court.

Probablemente la oscuridad le impediría ver su sonrojo, se

aseguró Bella a sí misma.

–Me siento halagada. Pero creo que lo de «obsesión» es un poco exagerado.

–Bueno, ya conoces a Gil. No para de llamar para ver si has venido por aquí. Y para saber con quién.

–Oh… –Bella se recuperó rápidamente del impacto inicial–. Apuesto a que no es la primera vez que pregunta por una mujer.

–Al menos es la primera vez que yo lo veo hacerlo –de hecho, Paco estaba absolutamente sorprendido por aquella búsqueda sin precedentes–. La faceta de cazador de Gil es un nuevo fenómeno. Él se toma las relaciones muy en serio.

–Bueno, pues lo siento. ¿Acaso tengo yo la culpa de que haya decidido echar una cana al aire ahora que es millonario?

Y mientras lo preguntaba, comprendió que aquel era precisamente el quid de la cuestión. ¡Eso era todo!

Gil era un hombre que siempre se había tomado en serio sus relaciones. Y de pronto conocía a una chica como ella y había descubierto que era posible tomarse las cosas a la ligera.

Ella misma lo había alentado al decirle que el sexo podía ser algo divertido… Por eso no era sorprendente que a la mañana siguiente de haber hecho el amor, no lo hubiera encontrado en su cama. Ella misma le había dado permiso con sus estúpidas palabras.

Paco se inclinó hacia ella, apoyando un codo en la barra.

–Entonces, ¿qué le digo?

Bella no contestó inmediatamente. Se sentía tan avergonzada y perdida que lo único que le apetecía era tirarle el agua en la cara y marcharse. Pero, por supuesto, no lo hizo.

Miró a Paco con los ojos entrecerrados y dijo lo que realmente pensaba, sin fingimientos, sin subterfugios.

–¿Qué le dices? Dile que lo pregunte él mismo.

Y se volvió sin decir una sola palabra.

Bella no durmió mucho el lunes por la noche. Y el martes se sobresaltaba cada vez que sonaba el teléfono. Para el final del día, tenía los nervios destrozados, los archivos del ordenador completamente desorganizados y la papelera llena. Y Gil no había llamado. El martes por la noche, no durmió nada en absoluto.

El miércoles, la despiadada luz del baño le mostró su rostro. Bella miró furiosa lo que aquella cruel iluminación mostraba y dio gracias a Dios por la existencia de los cosméticos.

En cuanto llegó al trabajo, se sentó detrás de su ordenador. La

máquina le indicó que había recibido veinte mensajes electrónicos, pero ninguno era de Gil.

Bella suspiró y dio un sorbo a su revitalizante café.

–¿Qué pasa? –le preguntó Sally–. ¿Estás nerviosa por tu millonario?

Bella apartó el ratón del ordenador con gesto furioso.

–Llevo más de doscientos dólares de maquillaje encima y la gente continúa preguntándome que qué me pasa. Debo tener un aspecto mortal.

–Tienes el aspecto de un ángel de Botticelli, como siempre. Pero si estás tomando café, es que debe haber ocurrido algo especialmente malo.

Justo en ese momento sonó el teléfono.

–El señor de la Court quiere ver a la señorita Carew –dijo la recepcionista utilizando su voz más grave y sensual. Evidentemente, la cercanía de Gil estaba teniendo su efecto.

Bella emitió un pequeño grito, soltó el teléfono, lo recogió y sintió que el corazón le latía de tal manera que apenas podía respirar…

Y bajó a verlo.

La recepcionista estaba de pie, inclinada hacia él, señalándole algo en un mapa. Dejaba que su pelo rozara la chaqueta de Gil y este, advirtió Bella, no se apartaba.

–Hola –los saludó.

Inmediatamente lamentó su tono. Parecía la profesora de un parvulario intentando demostrar que ella tenía el control de la situación.

Le tendió a Gil la mano como una autómata y se la sacudió con vigor.

–Encantada de volver a verte –apartó su mano y señaló hacia una pequeña habitación–. ¿Podemos empezar a hablar?

–Para eso he venido –dijo Gil con voz suave y divertida.

Bella hizo un esfuerzo sobrehumano por permanecer fría.

–Sí. Bien. Quiero que sepas que nos entusiasma que hayas aceptado esta entrevista.

–¿De verdad? –preguntó Gil, arqueando una ceja.

Bella tragó saliva. ¿Cómo era posible que pareciera tan sexy cuando iba vestido exactamente como se vestía su padre para ir a trabajar toda las mañanas? ¡Aquello era injusto!

–¿O quizá preferirías que hubiéramos hecho la entrevista por teléfono? Sé que has tenido que venir entre reunión y reunión.

Pero cada una de las palabras de Gil desmentía la afirmación de

Bella. Aceptó el café, aceptó abrirse paso entre las plantas para sentarse en el sofá de la habitación e incluso aceptó leer el reportaje de Bella de la edición de abril.

Bella lo miraba preguntándose cómo podría soportar mantener una conversación con una mujer con la que había hecho el amor hasta la locura. O cómo podía esperar que ella hablara tranquilamente con él. No sabía si sentirse asombrada u ofendida. Y lo más alarmante del caso era que, en realidad, se sentía herida.

Fijó la mirada en su lista de preguntas y le hizo una al azar.

–¿Te sorprendiste al ver que las acciones de Watifdotcom atraían tanto interés?

–No. ¿Por qué te alejaste de mí en el aeropuerto?

–¿Cuándo empezaste a interesarte por la informática?

–A los seis años. ¿Por qué no has contestado a mis llamadas?

–Porque no quería –respondió desafiante–. ¿Por qué debería haberlo hecho?

Gil apretó los labios. ¿Estaba reprimiendo una sonrisa?

–¿Por qué dejaste la universidad? ¿No ganabas dinero suficiente?

–¿Has salido mucho? ¿Has disfrutado de tu vida en Nueva York?

–Nueva York es una ciudad fabulosa.

Gil miró a su alrededor.

–Desde luego. ¿Te gusta todo este glamour? –le preguntó con curiosidad.

Bella siguió el curso de su mirada. Si bien el resto de Elegance Magazine había sido redecorado, la entrada y el vestíbulo conservaban el mismo diseño desde mil novecientos veintidós. Armarios lacados en negro, decoración con motivos egipcios… Un tipo de diseño que a Bella le producía indigestión visual.

–Parece el decorado de una película muda –dijo con desprecio.

En aquella ocasión, Gil no disimuló su risa. La miró a los ojos con aire desafiante.

–De acuerdo. Tengo suerte de poder estar aquí. Es una gran oportunidad que no todo el mundo tiene. Lo sé. Pero eso no significa que tenga que gustarme todo. Esto es horroroso, y nadie va a conseguir que lo vea de otra forma.

–¿Y ya se lo has comentado a tus jefes?

–No, eso me lo reservo para cuando me despidan… Después de hacerte esta entrevista.

–Para ti es muy importante esta entrevista, ¿verdad?

–Solo está en juego mi reputación profesional –contestó Bella–. Es una especie de prueba. Si no la paso, me despedirán.

–Ya entiendo. En ese caso, tendrás que hacer tu entrevista. Pero no aquí. Ni ahora.

–Si estás pidiéndome que salgamos, olvídalo.

–¿No sales? Bueno, Paco me había comentado algo parecido, pero me resultaba difícil de creer. Una juerguista como tú…

–Salgo con quien me apetece.

Pero no era cierto. De hecho, había estado rechazando regularmente las propuestas de Gary. Y el día anterior se había ido a casa sola después de una solitaria cena. Y se pasaba las noches en casa, sentada en una mecedora y recordando…

Oh, a quien recordaba ella no era a aquel frío hombre de negocios, con aquella risa secreta y esa fría mirada. No, ella recordaba al otro. A aquel del que se había enamorado. Al hombre que bailaba y la seguía de madrugada, al apasionado amante… Bella interrumpió bruscamente el curso de sus pensamientos.

¿Se había enamorado?

Aquel pensamiento fue como un golpe traicionero. Se quedó mirándolo fijamente.

Por supuesto que estaba enamorada de él. Había estado enamorada de él desde hacía siglos… Pero él no la amaba. Oh, él había disfrutado con Tina, la bailarina de tango, con su vitalidad y su sofisticación urbana. Pero no la amaba. Si la amara, no le habría dejado despertarse sola.

–Y hay algo más de lo que deberíamos hablar –estaba diciendo en aquel momento Gil.

–¿Y qué es?

–De las citas, el baile, y de lo que le dijiste a mi amigo Paco.

¿Cómo podía haber sido tan estúpida? Al fin y al cabo, no sabía nada de él. Excepto que bailaba como un endemoniado y su madre pensaba que estaba enamorado de Annis.

Las lágrimas se agolparon en sus ojos. Y los abrió como platos, luchando contra ellas. Qué idiota era.

–¿Qué es lo que le dije a tu amigo Paco?

Gil la miró con firmeza. Al instante suavizó su mirada.

–Le dijiste que te lo preguntara yo personalmente –dijo suavemente–. Así que aquí estoy. Preguntándotelo.

–No creo que mis citas sean asunto tuyo.

–Así que quieres hacerte la difícil –diagnosticó Gil.

–No me estoy haciendo la difícil.

–No te preocupes por eso. Me gustan las mujeres difíciles.

–Nadie me ha dicho nunca que lo sea.

–Probablemente porque no has tenido en cuenta sus

sentimientos, pobrecillos. Una chica tan maravillosa. Bueno, pues no vas a hacer eso conmigo. Y será mejor que te vayas acostumbrando a la idea.

Bella pestañeó. Era suficientemente cierto como para silenciarla, entre otras cosas porque no tenía ni idea de cómo lo había descubierto.

–¿Qué es lo que quieres? –preguntó precipitadamente.

Gil sonrió.

–Eres tú la que quieres entrevistarme. Y yo quiero ayudarte a conseguir lo que ambicionas. Entre otras cosas –admitió–. Así que he pensado que podríamos matar varios pájaros de un tiro. Mañana mismo salgo para Grecia. Ven conmigo.

–No puedo –contestó Bella instintivamente.

–¿Por qué no? Tienes pasaporte y ningún compromiso.

–Tengo mi propia vida. Mi trabajo.

–Yo creía que esto formaba parte de tu trabajo. ¿Quieres que hable con tu jefa?

–No –contestó al instante. Caruso era capaz de hacerle ella misma la maleta.

–Y tampoco estás saliendo con nadie. De modo que en ese sentido no habrá ningún problema.

Se miraron a los ojos. Bella vio una pequeña llama en las profundidades de los de Gil, que la hizo urgente y estremecedoramente consciente de que bajo aquel conservador traje gris, se escondía un cuerpo que ella conocía tan bien como el suyo.

–Esto no es justo –dijo casi sin respiración.

–Entonces estamos en paz.

–¿Qué? –le preguntó con incredulidad.

–¿Crees que es justo dejar caer una bomba, como hiciste en el aeropuerto, y después marcharte?

–No te comprendo…

–Entonces te le explicaré. Pero no aquí, sino en Grecia.

Bella no tenía manera de defenderse ante tamaña determinación. Al fin y al cabo, la mitad de su mente estaba ya de parte de Gil. Y absolutamente todo su corazón.

Capítulo 9

TAL COMO Gil había predicho, Rita Caruso se mostró encantada de dejarla marchar a Grecia. Le proporcionó una cámara de fotos, una tarjeta de crédito a cargo de Elegance Magazine y algunos consejos bastante dudosos.

–No lo olvides, busca los secretos. Los secretos son los que lo hacen humano.

–Magnífico –musitó Bella.

Metió en la maleta la ropa que le parecía más apropiada para una isla griega. En realidad, no tenía mucha ropa de verano. Era invierno cuando había llegado a Nueva York y todavía continuaba haciendo frío. Tampoco tenía bañador. Ni, desde luego, protector solar.

–¿Hace mucho calor en Grecia en esta época del año? –le preguntó a Gil, mientras se dirigían al aeropuerto.

–Suficiente para poner algo de color en tus mejillas. Tienes un aspecto terrible.

–Creo que tendré que demandar a la compañía de cosméticos –replicó Bella con energía.

Pero para cuando llegaron a Atenas, estaba demasiado cansada para pensar siquiera en una frase inteligente.

Gil lo comprendió. Desde el aeropuerto, fueron al puerto de Pireo. Y una vez allí, como por arte de magia, apareció un yate en el muelle con su equipaje abordo.

–Te has acostumbrado muy rápidamente a la vida de millonario –farfulló Bella, pero estaba prácticamente dormida.

–Siempre me he caracterizado por mi capacidad de adaptación.

Bella no contestó, pero se tropezó con la pasarela. Gil la levantó en brazos y la llevó a cubierta.

Bella no recordaba prácticamente nada del viaje. Ya era tarde cuando el sonido del motor del barco había cambiado. Subió a cubierta y vio que estaban adentrándose en una pequeña cala. Al

principio, pensó que estaba desierta. Pero no tardó en ver el embarcadero de piedra.

–Bienvenida a mi isla –dijo Gil, saliendo tras ella.

Había cambiado. Y no solo de ropa, pensó Bella. Había sustituido su traje por unos coloridos pantalones cortos y una camiseta con la letra π del alfabeto griego. Su pelo brillaba como madera pulida bajo el sol.

Tragó saliva, su corazón comenzaba a latir de forma traicionera. Intentando olvidarlo, dijo lo primero que se le ocurrió:

–¿Esta isla es tuya? Así que tenía razón cuando decía que te habías adaptado al estilo de vida de los millonarios.

–La llamo mi isla porque tengo aquí una casa. Lo único que me pertenece de ella es esa casa que ves allí –y señaló una casa situada sobre un acantilado.

–Parece que va a haber que trepar para llegar hasta allí.

–Desde luego. Pero una bailarina como tú no tendrá ningún problema.

Bella dejó escapar un suspiro exasperado. Magnífico. Así que la historia volvía a repetirse. Quería divertirse con Tina antes de volver a la vida real.

¿Pero se habría tomado tantas molestias si se tratara solamente de un entretenimiento? Miró hacia el impresionante acantilado.

–Haré lo que pueda –dijo sombría. Y no se refería solamente a la caminata.

Pero, para cuando llegaron a lo alto del acantilado, ya no era capaz de pensar en nada que no fuera en cómo dar otro paso. Algunas partes del camino eran prácticamente verticales. Cuando Gil le tendió la mano y tiró de ella para ayudarla a recorrer los últimos metros, Bella apenas podía respirar. Sin embargo, Gil respiraba tan tranquilamente como si hubiera estado dando un paseo al atardecer.

Bella sentía que se revolvía su orgullo. De modo que, aunque le permitió ayudarla, se liberó de su mano en cuanto volvió a pisar en llano.

–Gracias –le dijo.

–No sufras. Esta será la última vez que tengas que hacerlo.

Durante un instante de locura, Bella pensó que la estaba amenazando con dejarla encerrada en aquel acantilado.

–¿Qué?

–Ahora que ya estamos aquí, puedo utilizar el cabrestante.

Continuó caminando hasta un pequeño cobertizo y sacó un tosco elevador que colocó al borde del precipicio. Estaba tan concentrado

en lo que hacía que era completamente inconsciente del minucioso escrutinio al que lo estaba sometiendo Bella.

Era incluso más que atractivo, comprendió Bella. Estaba en completa armonía con el paisaje. Cuando levantó el brazo en respuesta a una señal que alguien le hacía desde la playa, se asemejó a la estatua de un dios griego. Tranquilo. Poderoso. Glorioso.

Mientras lo observaba poner en funcionamiento el cabrestante, Bella pensó que, sucediera lo que sucediera en aquel lugar, con Gil estaría a salvo.

Y, sin embargo, no era a salvo como se sentía. Tampoco podía decir que estuviera insegura. Pero sabía que podía ocurrir cualquier cosa. Y no estaba muy segura de cómo iba a poder afrontar la mayoría de ellas.

Se acercó hasta él y le preguntó:

–¿Puedo hacer algo?

Gil la miró sin detenerse. Al verse a su lado, Bella cobró repentina conciencia de lo alto que era. ¿Por qué no se habría dado cuenta antes? Cuando habían bailado o… cuando habían hecho el amor.

¿Pero por qué habría pensado en eso? Aquel no era momento para acordarse de lo que era hacer el amor con Gil de la Court.

Tragó saliva y dijo en voz alta:

–Supongo que podré hacer algo útil.

–Normalmente llevamos las provisiones hasta la casa en una carretilla. Debería estar en la puerta de la cocina –señaló con un gesto de cabeza hacia la casa.

Por primera vez, Bella se fijó en la propiedad. Se trataba de una casa de un solo piso, de paredes blancas y tejas rojas. Las contraventanas azules estaban cerradas, dándole el aspecto de un ser dormido. Bajo las ventanas de la fachada que daba al mar, descubrió las macetas más grandes que había visto en su vida. Estaban llenas de enormes pelargonios, oscuros como la propia sangre.

–Más flores rojas –dijo Bella, involuntariamente–. Es un color que realmente te gusta, ¿verdad?

–Es el color de la pasión –respondió Gil, sin dejar de tirar de la cuerda–. No hay suficiente pasión en mi vida.

–¿Por eso la buscas en las pistas de baile cuando te aburres?

–¿Eso es lo que tú crees? –le preguntó Gil lentamente.

–Es evidente, ¿no? –preguntó Bella, desviando la mirada.

–¿Que era eso lo que quería cuando te vi? Sí, supongo que es

bastante obvio. Pero estarás acostumbrada, ¿no?

Bella se llevó las manos a las mejillas, que le ardían de indignación.

–¿Cómo puedes decir eso? La gente no dice ese tipo de cosas –protestó, extrañamente alarmada.

–¿Por qué no si son ciertas?

–Porque no, y eso es todo.

Gil asintió, como si estuviera recibiendo una útil y nueva información.

–¿Te refieres al mismo tipo de gente que piensa que el sexo es algo divertido? –preguntó educadamente.

–Sí –contestó Bella con voz sofocada, sin mirarlo siquiera.

–¿Y qué me dices de ti? ¿Dónde está la pasión en tu vida? –añadió, como si estuvieran hablando de sus pasatiempos favoritos. Bella se quedó helada. Podía sentir que Gil la estaba mirando. Pero evitaba sus ojos.

Allí estaba, pensó. Aquel era el primer movimiento de un juego en el que podía suceder cualquier cosa. Y ella no estaba todavía preparada.

–Iré a buscar la carretilla –dijo, precipitadamente.

Y consiguió escapar. Al menos de momento.

La casa tenía la fachada más espartana de cara al mar. El otro lado parecía propio del palacio de un sultán que estuviera esperando la llegada de su dueño.

Era una sensación desconcertante. Porque también ella se sentía como si estuviera esperando.

Lo cual era por fuerza una locura. Las mujeres modernas no se pasaban la vida esperando la llegada de un héroe mítico. Las mujeres modernas tomaban la iniciativa. Y, desde luego, no convertían a los hombres en dioses.

Aquel era el efecto del viaje en avión, se dijo a sí misma. Y de una imaginación exagerada.

Fue a buscar la carretilla, que descubrió en el porche, al lado de una puerta menos impresionante que el pórtico de la entrada. La llevó hasta donde estaba Gil.

A su lado, descansaba una sorprendente cantidad de equipaje.

–Suministros –dijo Gil, brevemente–. Este año todavía no había venido. Tendré que hacer algunas reparaciones. Y también necesitamos provisiones.

Llenó la carretilla y la llevó de vuelta a la cocina.

Bella estaba sorprendida.

–¿Tú mismo haces las reparaciones?

–¿Es que los millonarios no pueden jugar con herramientas? –preguntó Gil, divertido.

–No, no es eso. Simplemente, pensaba que tendrías mejores cosas que hacer. Bueno, se supone que eres un genio…

–Pero también necesito comer. Y me gusta dormir con un tejado sobre mi cabeza.

Comenzó a descargar las bolsas con eficiencia y cierto aire de enfado.

Bella lo siguió al interior de la casa.

Con movimientos rápidos, Gil abrió las ventanas, dejando que entraran las fragancias del mar y del jardín. Después volvió a la cocina y comenzó a rebuscar en la caja de herramientas.

Mientras lo observaba, Bella descubrió algo que debería haber comprendido antes.

–Esta casa no es uno de tus privilegios de millonario, ¿verdad? La tienes desde hace mucho tiempo.

Gil sacó una llave inglesa de la caja.

–La heredé. Esta casa la construyó mi abuelo.

–¿Tu abuelo?

–Sí. Era un estudiante romántico que vino aquí y se enamoró de la hija de un filósofo local. Decidió que no se marcharía hasta que la familia le permitiera casarse con ella –la miró con un brillo travieso en la mirada–. En asuntos amorosos, mi familia tiende a cometer algunos excesos.

Bella tragó saliva. La sonrisa de Gil se ensanchó.

Pero él no la tocó. Y desapareció en la despensa. De pronto se oyó una exclamación de triunfo.

–Ya está. Acabo de conectar la luz.

Salió con una polvorienta telaraña en el pelo. Sin pensarlo, Bella se inclinó hacia delante para quitársela.

Gil se detuvo en seco.

Se miraron a los ojos.

Él alargó la mano y tomó cuidadosamente la de Bella. Ella parecía incapaz de moverse. Incluso contenía la respiración sin saber exactamente por qué.

–Bella, lo siento, pero no soy uno de esos hombres para los que el sexo es solamente diversión. Y no puedo comportarme como si lo fuera.

Bella no sabía qué decir. Gil le soltó la mano, retrocedió y se fue con la llave inglesa como si nada hubiera ocurrido.

Pero respiraba como si acabara de subir un terrible acantilado.

Bella no estaba segura de si lo que pudiera ocurrir a

continuación sería una opción suya o de Gil.

Era una situación excitante. Y aterradora.

Y no tenía la menor idea de lo que podía hacer.

Así que no hizo nada. O, mejor dicho, hizo lo que habría hecho cualquier invitada respetuosa. Lo siguió por la casa, tomando nota de los dormitorios, los baños, las estanterías, admirando los cuadros y examinando sus libros. No lo tocó, por supuesto. Y tampoco hizo ninguna pregunta de la que quizá no quisiera oír la respuesta.

Así que cuando Gil dijo:

–Quizá te apetezca descansar en tu habitación después del viaje –dijo Gil, y ella sintió un inmenso alivio.

Su habitación daba a un grupo de limoneros. Las sombras de la tarde se proyectaban sobre las baldosas cerámicas del suelo y la enorme cama. Gil se quedó en el marco de la puerta, sin entrar.

–Tienes una ducha en la habitación, pero si quieres darte un baño, ya sabes dónde está. ¿Te acuerdas de cómo funciona el jacuzzi?

Su tono era cordial. Era la propia Bella la que tenía la culpa de que su imaginación hubiera empezado a recrear imágenes de ellos dos en una bañera llena de burbujas.

–Sí –dijo, luchando contra su imaginación.

–Si quieres cualquier cosa, llámame. Estaré en el jardín.

–De acuerdo.

–A menos que esté nadando. Me gusta nadar antes de la cena. El mar es maravilloso. Si quieres, puedes reunirte conmigo.

–No tengo bañador –respondió Bella, no sin alivio.

Gil señaló hacia una maleta que era el doble de la modesta bolsa que había llevado Bella.

–¿Es mía?

Gil se encogió de hombros.

–Eso es lo que me encargaron que trajera.

Bella sabía a quién tenía que darle las gracias: «¡Sally!», pensó.

–Más tarde le echaré un vistazo. Ahora estoy cansada. Así que, si no te importa…

–Por supuesto –dijo Gil, con tono educado y casi indiferente. Aunque todavía no tenía la respiración bajo control–. Que descanses –le dijo. Y salió.

Cuando Bella se despertó, ya había anochecido. Se duchó rápidamente, se puso unos vaqueros y una camiseta y siguió la dirección de la música que llegaba hasta su cuarto.

Procedía de la terraza. El sol se había puesto, pero todavía no había oscurecido del todo. Gil estaba sentado bajo una parra, con un vaso de vino en la mano y los pies apoyados sobre una mesa de mármol, escuchando la dulce melodía que salía de los altavoces que había sobre la parra.

–¿Qué es eso? –dijo Bella, hechizada por la belleza de aquella música.

Gil dejó su vaso lentamente y se levantó.

–Es un contratenor estadounidense. Es maravilloso, ¿verdad? Este es su último disco.

–No sé mucho de música clásica –dijo Bella. Annis la adoraba. ¿Pero por qué tendría que pensar siempre en todas las cosas que Gil y Annis tenían en común?

Gil le sirvió un vaso de vino de una botella sin etiquetar.

–Espero que te guste. Es retsina. Quizá lo haya hecho alguno de mis parientes.

Bella aceptó el vaso y bebió. El vino resultaba frío al paladar y cálido al deslizarse por la garganta. Olía a orégano y tomillo, y a todas las vacaciones que había pasado en el Mediterráneo. Y así se lo dijo a Gil.

–Tienes un paladar excelente. Para mí, sabe simplemente al brebaje que prepara Yorgo.

Bella se relajó sobre los mullidos cojines del sofá de la terraza.

–¿Quién es Yorgo?

–El marido de la hija del hijo de mi tío abuelo –dijo Gil fluidamente, como si fuera algo que hubiera repetido montones de veces.

Bella pestañeó.

–Las relaciones familiares son muy importantes en este lugar. De hecho, a mi abuelo le permitieron comprar esta casa por su relación con mi abuela. Ella nació en el molino, en medio de la colina.

–¿La conociste?

–No, murió cuando nació mi padre –se interrumpió y añadió–. Nuestra casa fue un hogar sin mujeres. Mi madre murió en un accidente de coche cuando yo tenía tres años. De modo que tuve una educación muy masculina. Quizá por eso no entienda muy bien a las mujeres.

Bella lo miró atentamente y dijo con voz queda:

–¿Estás dispuesto a contarme algo?

–Cualquier cosa –parecía muy serio.

–Esa mujer a la que no supiste entender… ¿era muy importante para ti?

Se produjo un corto silencio antes de que Gil contestara.

–Vaya, has sido muy astuta al darte cuenta de que se trataba de una mujer en particular.

Por supuesto, Bella debería haber preguntado entonces si se trataba de Annis, pero no se atrevió a decirlo en voz alta.

–¿Y bien?

–Era más importante de lo que yo quería admitir. Para serte sincero, me tenía hecho un lío. Tenía todas esas ideas que se suponía yo debería saber sin que me lo dijera. Y de pronto cambiaba de parecer.

Aquello no parecía propio de Annis.

–Al final renuncié, por supuesto. Pero no suficientemente pronto. Así que estuve golpeándome contra un muro hasta que ella me dijo que estaba enamorada de otro. De alguien que la comprendía.

Pero entonces sí podía ser Annis. Y, por el tono de su voz, la herida parecía reciente.

–Ya entiendo…

Gil alzó la mirada rápidamente.

–Entonces ¿estamos en paz?

–¿Cómo?

–Tú me contaste que tenías miedo de tu padre –le recordó suavemente–. Y dijiste que nunca se lo habías contado a nadie. Pues bien, esta es mi contribución al bote de los secretos. Yo tampoco se lo había contado nunca a nadie.

Bella sintió que se le desgarraba el corazón.

–Lo siento –dijo, con la voz amortiguada.

Gil no contestó. La voz lánguida y angelical del contratenor continuaba sonando. Bajo ellos, el mar susurraba contra las rocas.

Después de unos segundos de silencio, Gil dijo con voz extraña:

–Te creo. Creo que lo sientes, quiero decir.

A Bella se le llenaron los ojos de lágrimas. Y no tenía la menor idea de por qué.

–Normalmente, suelo asar en la barbacoa la pesca del día para cenar –comentó Gil al cabo de un rato–. Pero como hoy no he podido pescar, tendremos que conformarnos con una cena vegetariana.

–Estupendo –contestó Bella, preguntándose cómo podría acabar con el nudo que tenía en la garganta.

–Y después hablaremos de cómo quieres llevar a cabo tu trabajo –se levantó–. Disfruta del vino y de la música. Traeré la cena en cuanto esté lista.

Se marchó, dejándola sola en la oscuridad y más angustiada de lo que había estado en toda su vida.

Tenía que habérselo preguntado, le decía el aspecto más valiente y decidido de su personalidad. No habría perdido nada, insistía. Salvo la esperanza, contestaba su faceta más vulnerable.

Todavía estaba debatiéndose entre aquellos argumentos, cuando apareció Gil con unas velas y la vajilla.

–¿Qué puedo hacer yo? –le preguntó Bella.

–Enciende las velas –le tendió una caja de cerillas.

Las llamas de la velas ondeaban suavemente en la brisa. Bella se estremeció. Hacía una noche perfecta. Y no se había sentido más viva en toda su vida.

Gil regresó con una fuente de ensalada y queso fundido. Se sentó a la mesa y le ofreció a Bella un plato y un tenedor.

De alguna manera, Bella esperaba que su conversación volviera a temas educados e intrascendentes. Pero la primera pregunta que le hizo Gil en cuanto terminaron la comida fue: –Háblame de ese asunto con Kosta. ¿De verdad te presentaste en su puerta con intención de seducirlo?

–Desde luego –dijo Bella.

Gil sacudió la cabeza con un gesto sorprendentemente elocuente.

–Ese Kosta es un tipo con suerte.

–Él no lo vio así –replicó Bella secamente–. Ponte en su lugar.

–¡Ya me gustaría!

–Pero si tú dijiste que no eras la clase de persona que pensara en el sexo como una simple diversión –respondió ella con mordacidad–. Así que ¿por qué ibas a apreciarlo tú más de lo que lo apreció Kosta?

–¿Por qué crees tú?

Bella lo fulminó con la mirada, incrédula y deseosa al mismo tiempo. Pero Gil no la tocó.

Y aquel fue el patrón de su relación durante los días siguientes.

Durante el día, Gil se dedicaba a pescar, a nadar o a trabajar en la tierra, siempre fuera de la vista de Bella. Y por la noche, le servía una copa y hablaban de lo que él llamaba «su tarea», animándola a tomar notas y a hacer fotografías. Después preparaba la cena y Bella se esforzaba en comérsela.

Gil le hablaba de su trabajo, de su padre, de sus amigos, de libros, de música. Bella se enteró así de que le gustaba escalar y que no había escuchado música latina hasta que había conocido a Paco.

Apenas iba al cine y no veía vídeos.

A cambio, y no sin recelo, Bella le habló de su pasión por las películas infantiles, pero tenía la sensación de que estaba continuamente fuera de su terreno. Gil quería saber cosas sobre ella. Pero aun así, nunca se aproximaba a la única cosa que Bella sabía que tenían en común.

Cada noche, se decían buenas noches y se iban cada uno a su habitación.

Bella no sabía cómo podía soportarlo. Pero no tenía opción.

Cuando Gil estaba en la playa, ella se dedicaba a pasear por el jardín y tomaba notas para su artículo. E hizo un rápido curso en música clásica con los compactos que Gil tenía en sus estanterías.

Un día, decidida a no quedarse en casa, buscó uno de los biquinis que Sally le había metido en la maleta y se lo puso. Con una camisa encima, bajó a la playa.

Una vez allí, se llevó una mano a los ojos para protegerse del sol y miró hacia el mar. La arena estaba caliente. Gil estaba a una gran distancia de ella, convertido en un punto que se alejaba a grandes brazadas hacia el horizonte.

Bella no sabía si sentirse desilusionada o aliviada, pero cuando se quitó la camiseta y se metió en el agua, se alegró de que Gil no pudiera verla.

La verdad era que ni ella misma se entendía. Había bailado y posado bajo el sol de las formas más provocativas durante toda su vida de adulta. Y jamás había sentido aquel misterioso estremecimiento al pensar que alguien la mirara. Pero la posibilidad de que Gil pudiera verla con aquel biquini, le provocaba escalofríos y le hacía desear volver a la colina.

O quizá, quedarse para ver lo que sucedía.

Debía estar loca, pensó mientras nadaba.

Cuando al cabo de un rato abrió los ojos, descubrió que Gil estaba a menos de dos metros de ella. Y sonreía con malicia.

–Sabía que al final no podrías resistirte –le dijo Gil. Y la besó.

Fue como ahogarse. Y como volar. Una sensación total que iba mucho más allá de cualquier pensamiento. Mucho más allá de cualquier movimiento en un hipotético juego.

Y, de pronto, Bella comprendió que aquello era para siempre.

–Te quiero –le dijo, estremecida.

Pero fue casi un susurro y Gil tenía los ojos cerrados. No la oyó.

Y quizá fuera lo mejor, se dijo Bella, aunque su cuerpo continuaba temblando en sus brazos. El mar los empujaba como si fuera un animal juguetón. Gil soltó una ronca carcajada y abrió los

ojos.

–Si nos quedamos aquí, terminaremos ahogándonos –susurró.

Bella dejó que la condujera hasta la playa, pero una vez allí, se separó de él, se secó con tanta firmeza que estuvo a punto de arrancarse la piel y se puso la camisa.

–¿El cabrestante funciona o tenemos que subir andando otra vez?

Gil la miró con los ojos entrecerrados.

–Funciona. Déjame enseñártelo.

La ayudó a subirse sobre una pequeña plataforma, le mostró cuál era la palanca que tenía que empujar y retrocedió.

–Yo subiré andando. Así tendremos tiempo para respirar. Ambos lo necesitamos.

Tenía razón. Por supuesto que tenía razón.

Cuando llegó arriba, Bella corrió a buscar la cámara de fotos. Era una especie de protección. Si pudiera recordarlo, y recordarse a sí misma, que estaba allí por un motivo profesional, quizá pudiera aliviar la peligrosa tensión que los embargaba.

Pero no pudo, por supuesto. No era fácil engañar a su cuerpo. De hecho, temblaba de tal manera que apenas podía sostener la cámara cuando se acercó al borde del acantilado para encontrarse con Gil.

Este subía lentamente. Parecía increíblemente cansado. Casi derrotado. Bella no pudo soportarlo.

Susurró su nombre suavemente. Gil alzó la cabeza y la miró a los ojos con expresión incrédula.

Bella tomó una fotografía en un acto reflejo. Después, muy lentamente, dejó la cámara en el suelo y caminó hacia él.

Gil se detuvo en seco, mirándola muy serio. Bella tragó saliva. Y comenzó a desabrocharse la camisa.

Capítulo 10

DESPUÉS, por supuesto, no todo fue romanticismo. La realidad de sus cuerpos sudorosos y cubiertos de polvo no era nada comparada con la vergüenza que experimentaba Bella. ¡Prácticamente se había abalanzado sobre él! ¡Después de que Gil le hubiera dicho que él no se tomaba el sexo a la ligera! Y lo peor era que él la miraba como si quisiera decirle algo. Pero ¿qué? ¿Una disculpa, quizá?

En cuanto tuvo ocasión, Bella se metió en su dormitorio y cerró la puerta con firmeza. Sabía que Gil no invadiría su privacidad. Y se alegraba de ello.

Pero tampoco estaba en la terraza aquella noche. La música estaba sonando, como siempre, y la barbacoa preparada. Había vasos en la mesa de mármol. Pero Gil no estaba.

Bella lo llamó. Pero no obtuvo respuesta. Volvió a llamarlo.

Creyó oír algo al final del jardín. Seguro que estaba jugando con ella, se dijo. Los sentimientos de Bella fluctuaban de forma espectacular. Y decidió que el más seguro de ellos era el enfado. De manera que, con los labios apretados, fue a buscarlo.

Descubrió una puerta en la pared que hasta entonces no había visto. La abrió y preguntó:

–¿Gil? –pero no parecía tan enfadada y confiada como pretendía.

Titiló una luz. Bella entrecerró los ojos. Cuando Gil salió hacia ella en medio de la oscuridad, Bella contuvo la respiración.

–¿Te he asustado? Lo siento. El gas está más bajo de lo que pensaba y Yorgo no ha dejado otra bombona, como le pedí. Pensé que a lo mejor la había dejado en el garaje, pero no está. Me temo que esta noche nos quedaremos sin electricidad. Aunque el tocadiscos y la radio funcionan con pilas, la luz y el agua caliente lo hacen con gas.

–Estupendo –dijo Bella, con una voz más ronca de lo que pretendía.

Mientras se acercaban a la terraza, vieron que las luces temblaban.

–Ya se ha ido –comentó Gil resignado.

Le pasó el brazo por los hombros. En la oscuridad, Bella sentía su cuerpo como una roca sólida.

Y tuvo entonces una visión repentina. Aquel era el hombre que Gil debería haber sido. El hombre que realmente era. No el millonario al que ella tenía que entrevistar. Y tampoco el genio que probablemente se había enamorado de Annis. Aquel era un hombre que conocía las cuestiones más básicas de la supervivencia. Fuerte como uno de sus propios olivos. Y sin suficiente pasión en su vida.

Quizá ella pudiera brindársela. Quizá, a pesar de todas las diferencias que había entre ellos, la pasión pudiera acercarlos. Estaba enamorada de él. Lo sabía. Y el amor también contaba. De modo que dijo: –Me gustaría hacer el amor contigo, Gil.

Él se quedó paralizado.

–Oh, Bella –musitó, como si a él mismo le doliera–. Sé que te parecerá una tontería, pero para mí el sexo es algo importante. Y mientras haya otra persona en el horizonte, no puedo.

Bella pensó que iba a morir de dolor. De pronto, ya no importó que fuera Annis o cualquier otra. Había una mujer en su corazón, en su memoria, a la que Bella jamás podría desterrar. Todo su amor no servía para luchar contra una rival como aquella.

A partir de ese momento, y durante el resto del tiempo que pasaron en la isla, Gil no volvió a tocarla.

Cada una de sus palabras era como una puñalada para Bella, pero alzaba la barbilla y fingía que no le importaba.

Solo en una ocasión él intentó volver a sacar el tema.

Fue durante la última noche. Gil alzó la mirada de la copa de vino que tenía frente a él y dijo con dificultad:

–Bella…, tenemos un problema. Quiero ser sincero contigo. No hay futuro para nosotros hasta que ese otro amor… pertenezca definitivamente al pasado. ¿Lo comprendes?

Bella se encogió de hombros.

–No hacía falta que me lo dijeras –Bella se levantó–. Y supongo que, en consecuencia, eso significa que no tenemos ningún futuro en absoluto. Y probablemente sea lo mejor. Al fin y al cabo, no puede decirse que seamos almas gemelas, ¿verdad? Creo que me voy a la cama. Mañana nos espera un largo viaje.

Fue un alivio volver al trabajo. En cuestión de tres días, tuvo su reportaje sobre la mesa de la redactora jefe.

Rita Caruso estaba encantada con la historia de la isla del millonario y con las fotografías. Pero mucho menos satisfecha con

el contenido del artículo.

–¿Dónde están los secretos? –le exigió–. Estuviste allí durante más de una semana. Así que tiene que haberte contado algo.

–No.

Caruso la miró con los ojos entrecerrados.

–¿Tuviste una aventura con él?

–Por supuesto que no.

–Claro que sí. Y es magnífico. Eso es precisamente lo que necesitábamos.

–¡No! –gritó Bella, levantándose.

Caruso se mostró repentinamente acerada.

–¿Quieres conseguir ese trabajo cuando termine este contrato?

–Sí, pero no a ese precio –respondió Bella, tranquilamente.

–Entonces vete. Estás despedida.

Bella asintió. Bajo la estupefacta mirada de las otras personas que había en la reunión, tomo su cuaderno y salió.

–Perdonadme –dijo Sally, saliendo tras ella–. No le hagas caso a Caruso –le dijo en cuanto estuvo a su lado–. Despide a todo el mundo por lo menos tres veces al día. ¿Pero no podrías llegar a un acuerdo? ¿A una solución de compromiso?

–No –contestó Bella con resolución.

Sally reprimió una sonrisa.

–De acuerdo. Me temo que entonces estás despedida.

Bella estaba recogiendo sus cosas cuando oyó que alguien entraba en su despacho.

Caruso había vuelto para atacar por segunda vez, pensó, mientras se volvía.

–Ya estoy recogiendo mis… –y se interrumpió.

Era Gil de la Court. Y parecía muy serio.

Se acercó al escritorio y le tomó las manos con fuerza.

–Bella, eres una mujer complicada, loca y engañosa. Y no creo que continúes pensando que estás enamorada de otro hombre. De hecho, sé que no. Y lo que pasa entre nosotros es suficientemente bueno como para que no podamos dejarlo marchar por culpa de una fantasía cualquiera. ¿Te casarás conmigo?

Era un argumento bien razonado. Llevaba días puliéndolo. Desgraciadamente, lo parecía. Por fluido y convincente que fuera, no estaba poniendo su corazón en él.

Pero el dramatismo de la situación era insuperable. Todos los que había en la habitación contuvieron la respiración.

Bella se sentía como si estuviera en un sueño. Un sueño cruel en el que el amor de su vida estaba ofreciéndole su corazón justo antes de que alguien la despertara para decirle que todo era una ilusión.

–No digas tonterías –le espetó bruscamente.

–No son tonterías. Esto es lo más importante que he dicho en toda mi vida.

Bella intentó apartar las manos, pero Gil se lo impidió.

–Ya basta –siseó ella.

–Cásate conmigo –insistió Gil, imperturbable.

Por un momento, Bella casi lo odió.

–Mira, enamorarme de ti ya fue suficientemente malo. ¿Cuánto más necesito sufrir? He hecho el ridículo, he cometido toda clase de estupideces. Me he enamorado de hombres que quieren a mujeres como mi hermana.

Gil estaba tan sorprendido que dejó caer las manos.

–Gracias –le dijo Bella, y comenzó a apartarse.

–Bella, esta es la tercera vez que te apartas de mí. Si me das la espalda, no volveré a buscarte. Si me quieres, tendrás que ser tú la que vengas por mí.

Aquello ya era demasiado. Bella no se sentía capaz de soportarlo.

–Vete –le ordenó.

Y salió corriendo.

–Estás loca –le comentaba Sally en el tocador–. Es guapísimo y te quiere tanto que ha sido capaz de hacer el ridículo delante de media docena de periodistas. ¿Qué más quieres?

–Quiero que me ame.

–¿Y qué demonios te hace pensar que no te ama? Dios mío, si ha dejado todo para venir aquí en cuanto lo he llamado.

–¿Lo has llamado?

–Por supuesto que lo he llamado.

–Pero…

–Alguien tenía que asegurarse de que no echaras a perder lo mejor que te ha pasado en tu vida –dijo Sally brutalmente.

–¿Qué quieres decir con eso de que es lo mejor que me ha pasado en mi vida? Lo único que he hecho ha sido un trabajo…

–¿Ah, sí? ¿Un trabajo del que llevas la fotografía en el bolso?

–¿Qué?

–Y la tienes arrugada y todo. La miras mucho, ¿verdad?

En aquel momento, a Bella la abandonaron todas sus fuerzas.

–No se lo he dicho –la tranquilizó Sally–. Pero serías estúpida si no se lo dijeras tú.

–No puedo. Él está enamorado de otra persona.

–Oh, claro. Por eso ha venido aquí a pedirte que te cases con él. Si quieres saber mi opinión, yo diría que es él el que piensa que estás enamorada de otro.

Bella la miró fijamente. ¿Sería posible que Sally tuviera razón?

–¿Tú crees? –preguntó, sin atreverse a albergar demasiadas esperanzas.

–Si yo fuera tú, me montaría en el primer avión que vaya a Inglaterra. Ve a buscarlo. Encuéntralo –se interrumpió–. ¿Sabes dónde vive?

Bella se sentía como si acabara de saltar un precipicio: sorprendida, pero increíblemente viva.

–Eh... en Cambridge. Puedo enterarme de dónde. Seguro que mi hermana lo sabe.

–Magnífico –dijo Sally, metiéndole en el bolsillo un pedazo de papel en el que Gil, sensatamente, había escrito su dirección–. ¡Ve a buscarlo!

La casa estaba detrás de una cerca de arbustos que necesitaba una buena poda. Una vez allí, Bella aparcó el coche y se quedó un buen rato tras el volante, intentando reunir el valor que necesitaba. Veía luz en las ventanas, lo que significaba que Gil estaba en casa.

Pero ella ya no se sentía tan segura. Él podía pensar que aquello era una invasión de su intimidad. O quizá estuviera con alguien, o quizá...

Pero no tenía sentido seguir allí sentada. De modo que salió precipitadamente del coche y cuadró los hombros. Cuando llegó a la entrada tragó saliva. Llamó a la puerta y esperó.

Gil no tardó en abrir. Tenía un aspecto terrible. Bella advirtió entonces que nunca lo había visto sin afeitar. Llevaba la camisa desabrochada y tenía los ojos inyectados en sangre. Se la quedó mirando sin decir nada, muy serio.

–¿Puedo pasar? –preguntó Bella, con un hilo de voz.

Por un instante, no contestó. Después se encogió de hombros y se apartó.

Había periódicos por el suelo. Y una botella de whisky entre ellos. No había copas. Al parecer, Gil había estado bebiendo directamente de la botella. ¿El inteligente y controlado Gil bebiendo de una botella? Bella no se lo podía creer. Se aclaró la garganta.

–Creo que te debo una disculpa.

Gil se encogió de hombros y se volvió.

–No te preocupes por eso. No quieres casarte conmigo. No es culpa tuya. No se puede amar a dos personas al mismo tiempo.

–Exactamente. Eso era precisamente lo que me asustaba.

Gil pestañeó. Bella podía advertir su incredulidad.

–¿Qué?

–Pensaba que estabas enamorado de Annis.

–¿Qué?

–Mi madre comentó algo. Y bueno… me parecía bastante probable. Tú me dijiste que te había enseñado el lenguaje del cuerpo. Y ella es tan inteligente… Yo no soy nada inteligente y…

–¿Estás diciéndome que nos has hecho pasar por todo esto porque estabas celosa de Annis?

–Mi hermana es maravillosa.

–Claro que es maravillosa –respondió Gil, impaciente–. Pero mírate a ti. Tú eres capaz de parar el tráfico.

–Pero no conseguí detenerte a ti –respondió Bella, con amargura.

–¿De qué estás hablando?

–Me dejaste. Aquella mañana… Habíamos hecho el amor, pero tú te fuiste y no volviste.

Gil se llevó las manos a la cabeza.

–Oh, Dios mío, ayúdame.

–¿Por qué hiciste eso? Me hiciste sentirme muy sola –dijo Bella, obligándose a ser sincera.

Gil dejó caer las manos. Por un instante, parecía que se había vuelto loco.

–No debería haberte dejado sola. ¿Cómo pude ser tan estúpido? Bella, mi amor, ya te dije que no entendía a las mujeres. No te habría hecho daño por nada del mundo. Pero pensé que quizá necesitaras tener tu espacio…

–¿Por qué?

–Porque eso era lo que me habían enseñado. Ya te dije que hubo una mujer hace tiempo… Yo era un estudiante ejemplar y ella había abandonado los estudios. Cada vez que la abrazaba, intentaba deshacerse de mí y me decía que estaba intentando meterme en su vida. De modo que aprendí a guardar las distancias después de hacer el amor.

–Ah –dijo Bella–. ¿Cuando eras estudiante?

Entonces no era Annis. Pero tampoco eso importaba, teniendo en cuenta cómo la estaba mirando.

–Sí. Mis amigos te dirían que Rosemary era una manipuladora. Yo era muy joven y pensaba que ella necesitaba que la cuidaran. Y lo único que conseguí fue terminar con un montón de ideas estúpidas –parecía arrepentido–. ¿Podrás perdonarme?

Bella vaciló.

–¿Alguna vez querrás cuidarme a mí? –murmuró esperanzada.

–Por supuesto que sí. Cuando te quedaste dormida aquella noche, mientras te abrazaba, me prometí que jamás permitiría que te hicieran ningún daño. Levantarme y dejarte sola a la mañana siguiente fue una de las cosas más difíciles que he hecho en mi vida. Pero no quería agobiarte.

–Bueno, tú ya deberías saber mejor que nadie que no es fácil agobiarme.

–Sí, lo sé –se acercó a ella–. Eres maravillosa.

Bella se quedó muy quieta. Gil dio otro paso hacia ella. Casi se tocaban.

–Bailas como un demonio. Te encuentras de frente con la vida. Y haces el amor con todo tu corazón. Jamás había visto tanta pasión.

Bella permanecía en silencio.

–Lo necesitaba –dijo Gil con voz queda–. Te necesitaba. Sé que soy un matemático aburrido, pero tú puedes hacerme cambiar.

Bella comenzó a sonreír. No pudo evitarlo.

–¿De verdad?

–De verdad. Cada vez que me hablabas de Kosta me entraban ganas de destrozarlo. Me alegro de que te rechazara. Pero sé que te ha hecho recelosa a los riesgos. Y realmente necesito que corras un riesgo conmigo. ¿Crees que podrías llegar a hacerlo?

Bella le tomó la mano y lo ayudó a deslizar uno de los tirantes de su vestido.

–Ya que lo mencionas…

Gil abrió los ojos como platos y la agarró por los hombros. Bella sentía que le temblaban las manos. La ayudó a desprenderse del vestido con un incontrolado movimiento.

–Bella, mi amor…

Ella se arrojó a sus brazos, confiada y sonriente, sin miedo al riesgo.

–¿Un tipo con suerte? –preguntó Bella.

Se reía contra sus labios mientras Gil se tumbaba con ella en el suelo.

–Ah, por cierto –comentó Gil, mucho tiempo después–. Ha

llegado un fax para ti.

Bella, que descansaba con la cabeza apoyada en su hombro, se irguió al oírlo.

–¿Para mí? Pero si nadie sabe dónde estoy…

–Al parecer, alguien llamado Caruso sí lo sabía. No le gusta el final del artículo que has escrito. Quiere que lo cambies.

–Pero si me ha despedido.

–Eso no es lo que dice aquí –Gil alargó el brazo para tomar el fax que había dejado sobre su escritorio y se lo pasó.

Bella lo leyó rápidamente.

–Parece que todavía no he puesto fin a mi carrera –dijo, jubilosa.

–Magnífico –susurró Gil contra su pelo.

–Sí, pero tengo que encontrar un buen final…

–Entonces déjame inspirarte –dijo Gil con calma–. ¿De qué trataba ese artículo?

–De ti.

–Oh –sonrió–. ¿Has leído Jane Eyre?

–Sí –contestó Bella, perpleja.

–¿Y te acuerdas del final?

–No, no he vuelto a leerlo desde que estaba en el colegio. ¿Pero adónde quieres ir a parar?

–Ven conmigo –le dijo, y la llevó a su dormitorio, lleno de estanterías y libros.

Pero no solo había libros, Bella miró a su alrededor y vio, además de una cama enorme, una televisión que parecía recién comprada y un montón de películas de vídeo que conservaban todavía la envoltura de celofán. Bella lo miró con expresión interrogante.

–Son las películas que recomiendan para niños en la tienda de vídeos –le explicó un poco avergonzado–. Pensé que estaría bien tener algo que te hiciera sentirte como en casa si alguna vez volvía a buscarte.

–Entonces, a pesar de lo que me dijiste, ¿estabas dispuesto a buscarme otra vez?

Gil le pasó el brazo por los hombros y la estrechó contra él.

–No podría haberlo evitado.

Capítulo 11

ERA LA última reunión para preparar la edición de julio de Elegance Magazine y la cosa no iba muy bien. Rita Caruso había llegado con un último intento para colocar un artículo de tres mil palabras y estaba luchando por él como una pantera.

–No puedo cortarlo. Es un artículo digno de un premio.

–¿Desde cuándo ha habido un premio para la sensiblería? –dijo la redactora a la que pretendían reducir el volumen de su columna.

–¿Y qué tiene de malo la sensiblería? –dijo Caruso.

–A mí me gusta –admitió el agente literario y, cuando todos los demás lo miraron con incredulidad, dijo a la defensiva–: Sí, me gustan los finales felices, ¿qué pasa?

–¡Y qué final! –exclamó Caruso sonriente–. Mirad.

Algunos de los presentes se inclinaron hacia adelante.

El agente literario, que ya lo había leído, la miró con curiosidad.

–Lo ha escrito esa chica inglesa, ¿verdad? Yo pensaba que no estabas segura sobre ella.

–Ahora estoy segura. Tiene buen oído y sabe utilizar las palabras. Lleva meses trabajando en Londres, gracias a mi recomendación –comentó, y miró el artículo de Bella con expresión maternal.

Bella se despertó sobresaltada.

–El plazo de entrega. ¿Dónde está? ¿Qué has hecho con ese trozo de papel?

Gil la acurrucó contra su pecho.

–No puedo levantarme –dijo con voz somnolienta–. Te sentirías rechazada.

–No te burles de mí. Estoy hablando en serio. Quizá no pierda mi trabajo si entrego el artículo a tiempo.

Gil se estiró en la cama y se echó a reír. Bella no fue capaz de contener un pequeño estremecimiento.

–Eso no es justo –continuó ella–. Nunca había tenido un trabajo como este. Quiero hacer las cosas bien –pero se volvió hacia él y lo besó largamente antes de levantarse de la cama.

Complacido, Gil vio la ropa esparcida por el suelo y sonrió al recordar cómo habían llegado hasta allí.

–Ya veo que voy a ser un marido negligente –comentó él provocativamente.

Bella regresó con una hoja arrugada y el ordenador portátil de Gil.

–Vas a ser un marido que me apoye en mi trabajo –dijo con firmeza. Le colocó el ordenador en el pecho–. Tendrás que conectarme esto.

Gil soltó una carcajada y puso el ordenador en funcionamiento.

–Solo me quieres por mis habilidades como informático –se quejó.

Bella lo miró con los ojos desbordantes de amor.

–Te quiero por absolutamente todas las razones. Pero obviamente, tus habilidades informáticas son un plus –lo miró a los ojos–. Te amo.

Gil cerró su mano sobre la de ella.

–Yo también te quiero. Haremos esto juntos, ¿verdad? –estaba hablando de algo más que de su trabajo y ambos lo sabían.

–Sí –dijo Bella, confiadamente.

Pero también estaba hablando de su trabajo, puesto que la contribución final había sido idea de él. De modo que permanecieron sentados agarrados de la mano, con el ordenador balanceándose precariamente sobre sus rodillas, tecleando el mensaje alternativamente.

Tuvieron algunas discusiones sobre los signos de puntuación. Pero la dirimieron con un largo beso. La pantalla se había oscurecido, esperando a la última frase, cuando Bella volvió a mirar al ordenador.

–Piensa en tu carrera –le dijo Gil–. Piensa en tu trabajo.

Bella soltó una carcajada.

–Lo terminaré y tú enviarás el mensaje, ¿de acuerdo?

–De acuerdo.

Bella completó el párrafo final y lo leyó.

Dos días después, todo el equipo editorial leía la última frase del párrafo final y se mostraba de acuerdo en aceptar la propuesta de Caruso.

Decía así: *Lectoras, lectores: me casé con él.*